



LEONARDO
RUIZ PINEDA

Ventanas al mundo

Autobiografía, discurso
y artículos periodísticos

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

COLECCIÓN

alfredo maneiro

Serie

Pensamiento Social



LEONARDO
RUIZ PINEDA



Ventanas al mundo

Autobiografía, discurso
y artículos periodísticos

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Pensamiento Social

© Leonardo Ruiz Pineda
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela / 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada

Jenny Blanco

Edición

Alejandro Madero

Corrección

Vanessa Chapman

Diagramación

Juan Carlos Espinoza

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018000290
ISBN: 978-980-14-3462-7

La Colección Alfredo Maneiro, Política y sociedad, publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Pensamiento Social: es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño.

Igualmente sirve para la exposición y profundización del espíritu emancipador de nuestro continente.

NOTA EDITORIAL

Leonardo Ruiz Pineda (1916-1952) no dejó libros publicados. En orden cronológico es autor de un discurso sobre Simón Bolívar, pronunciado en San Cristóbal en 1942, con ocasión de conmemorar el centenario de haberse trasladado los restos del Libertador de Santa Marta a Caracas; de artículos periodísticos publicados en los diarios de San Cristóbal *El Centinela* y *Fronteras*, en una sección titulada "Ventanas al mundo" (a partir del año 1943); de una interpelación transcrita que realizó ante la Cámara de Diputados cuando era ministro de Comunicaciones, para explicar una circular enviada a los propietarios de las radiodifusoras sobre la Ley de Radiodifusión en 1948; de una autobiografía inconclusa, escrita mientras estuvo en prisión en 1948, y de la presentación al libro *Venezuela, bajo el signo del terror*, de Ramón J. Velásquez, Simón Alberto Consalvi y otros autores, en 1952, meses antes de su muerte. Todo este material fue reunido y publicado con el título *Ventanas al mundo*, por la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses (1.^a ed. 1961; 2.^a ed. 1977), dirigida por el doctor Ramón J. Velásquez, como homenaje póstumo al llamado "mártir de la democracia". Para esta edición hemos excluido la presentación al libro *Venezuela, bajo el signo del terror*, especie de manifiesto político del partido Acción Democrática (AD) y un abre boca al libro, que es una crónica de la situación política del país luego de que el partido fuera derrocado del poder, y la sección "En el parlamento", que es la interpelación anteriormente mencionada.

De la sección “Ventanas al mundo” (artículos periodísticos) hemos hecho una selección entre ochenta y dos artículos de aquellos cuyos temas presentan mayor trascendencia en el acontecer social, económico y político de Venezuela y el mundo. Esta nueva edición viene acompañada de notas explicativas que permitirán al lector una mejor comprensión del contexto histórico-social en que dichos textos fueron escritos.

Autobiografía

Empiezo a escribir estos apuntes bajo el anhelo de contribuir a la elaboración de la historia del Partido. Lo anecdótico tendrá culto de interés en el episodio vivo de nuestras existencias. Aquí los dejo, reconstruidos a retazos, deshilvanados. Forman parte de mi existencia y me encarnan en el suceso superado y vivido.

Mi partida de nacimiento afirma que nací el 28 de septiembre de 1916 a las 7:30 de la noche en Rubio.

Recuerdo el piso, el techo y las paredes. Era una vieja casona empujada en el tope de una calle alta, sembrada en la esquina, de frente a la vía principal del pueblo y de costado hacia la quebrada de aguas turbias que lamen las faldas de los cerros. Cuando empecé a encontrarme conmigo mismo, en la noción vaga de los cuatro, cinco y seis años, esta casa fue mi ancho mundo de correrías por cuyo corredor di los locos saltos de una niñez con bolsillos atestados de piedras, golosinas, botones de colores y el trompo mágico y rumbero. Mis excursiones al solar de la casa fueron siempre escapatorias urdidas entre el acecho al rostro de mi madre y la vigilancia a la visita de oportunidad allí instalada. Amé aquel solar con fruición apasionada y recorrí sus anchos linderos con orgullosa autoridad de capitán de la tierra, cruzándolo a grandes pasos, en trote menudo y agobiante hasta doblarme de cansancio la piernas frágiles. Atisbaba los pájaros en su meditación del árbol, armado de piedras, para arreciar luego sobre ellos mi carga brutal, afanoso de víctimas. Me trepaba a sus paredes y desde allí alzaba mis gritos sobre los tejados vecinos convocando a

los chicos de mi edad, pendenciero y armado de falso valor, para que repitieran la osada aventura de escalar las paredes de sus casas. Allí fue mi primera vida propia, en aquel solar, por cuyos rumbos invisibles transité desolado curioseando sobre los nidos de los pájaros, el arbusto de algodón y las plantas de tártago cuyos frutos crepitan henchidos de fragor bajo el castigo de un sol que los triturbaba.

Me custodiaba la sombra fresca de mi madre. Recuerdo la caricia honda que me cruzaba el rostro embebido y retorció cargada de cariño la oscura maraña de mis cabellos salpicados de arena recogida en mis siestas del solar. Mi madre cumplía esa misión ambigua de acariciadora y castigadora. De una de sus manos destilaba el tibio ademán para acogerme en el regazo; y de la otra surtía el brusco gesto castigador que abrumaba a golpes mi cabeza sorprendida. Así se me repartía mi madre en la diaria faena de cariño y reprimendas. Aún la recuerdo en sus horas de alegría cuando solazaba con su risa que descubría la dentadura alba mis años de afable ternura; mi memoria la evoca en sus tormentas de borrascosa sacudida, poseída de severo desagrado maternal, regañadora y agria, con su ceño oscurecido de tempestuosas amenazas. Entonces ocurrían mis escapadas sigilosas, hacia el doblar de la esquina, silencioso hasta la hora de la oscuridad cuando retornaba cabizbajo y en espera de la castigadora mano. Mis recuerdos de mamá se alternan con la evocación de una figura menuda, ágil, que se paseaba entre los menesteres de la faena pesada y agobiadora. No podía entender en aquellos días el ambiente de oscura dificultad material que me rodeaba. Mi mundo era el del diario corretear descalzo a lo largo de aquel solar cuya tierra quería hacer vibrar bajo el peso presuntuoso de mis débiles talones. Ahora puedo reconstruir los bocetos del recuerdo y rematarlos con mi concepto posterior de la vida.

Mi padre comerciaba ya instalado en aquel establecimiento de la esquina de la plaza principal del pueblo. Era un infatigable luchador por la vida, sacudido de ambiciosa nobleza, asalariado de su propio trabajo. Lo recuerdo entre la bruma de una espesa tarde de ideas vagas cuando lo vi instalado despachando detrás del mostrador, en solícita atención a una clientela heterogénea y abigarrada. Venía

de vivir su hora de prueba, recién salido de la zona de fuego de una quiebra sorpresiva que destruyó el esfuerzo cotidiano de largos años de labor. Sobre los escombros ruinosos del tremendo fracaso estaba reconstruyendo su vida y resguardando su mundo, y el mundo de los suyos, de toda acometida voraz. Con manos de experto timonero sorteó el vendaval que amenazaba destrozarlo. Fueron años de jornadas ininterrumpidas, de sudorosa faena apretada de labor, retadora frente a una vida difícil que negaba la oportunidad salvadora. De aquel padre de entonces tengo la memoria de tardes pensadoras, envuelto en meditaciones sombrías, pero tendiéndome siempre su mano compañera para mitigarme la soledad de mis contados años.

Mamá acompañaba en su faena el esfuerzo puntual de mi padre. No fue ella una mujer de vida regalada y cómoda, conocedora de la tranquila frivolidad pueblerina. No supo de las veleidades de la niña bien que acaricia el fruto de la fortuna cosechada. Ella, surgida del humano y anónimo material popular, solo practicó esa virtud secular de nuestras clases depauperadas que hacen del trabajo filón de recónditos recursos, manadero inagotable para alimentar largas vidas. Fue así por lo que su existencia transcurrió en la diaria tarea del afán angustiante para cooperar con la edificación de aquel hogar alzado sobre débiles basamentos. Mi madre hizo de su cocina diario taller para laborar con constancia aleccionadora dulces, confituras, tortas, combinaciones diversas de jaleas y obras de repostería que surgían de sus manos mientras yo asistía complacido a curiosear con mis dedos que recorrían aquella gama de variedades. Los sábados era el desfile, en horas tempranas, hacia el mercado público donde mamá se instalaba en venta improvisada a despachar su mercadería entre una clientela rural que descendía semanalmente por los altos cerros que atraviesan los caminos hacia Capacho, de donde venían en romería campesina cargados de coles, repollos, coliflores y productos diversos de una labor de cerámica tosca e incipiente. Hago un esfuerzo de memoria, recorro el escenario de mi niñez y logro asir los recuerdos borrosos de esos sábados de mercado abierto, bajo un sol alegre que descubría la escena multicolor de la plaza abigarrada y gitana. Era la feria desnuda, mitad indígena y bárbara y mitad cosmopolita

y aldeana. Los ventorrillos descubiertos abrían su exhibición de pésimo gusto, donde una mercancía multiforme y variada se ofrecía a la apresurada demanda de la clientela de sirvientas, amas de casa, chiquillería y campesinos. Los niños nos agrupábamos en largas pandillas que recorrían el mercado, la ancha plaza, al grito acompañado de: “Viene el loco, viene el loco...”.

Saltábamos de venta en venta, preguntábamos precios para hacer rabiar a los vendedores, hurtábamos golosinas, buscábamos pelea con los hijos de los campesinos. Yo no era aún muchacho de escuela y mis compañías las solicitaba entre esa parvada casi sin orientación que deambulaba por las calles empujada por el pleamar de su intensa alegría, ansiosa de distracciones y aventuras. Me enrolaba en esos grupos y con ellos recorría la plaza, gustando de todas las golosinas, hurtando aquí y pidiendo más adelante, hartándonos a diestra y siniestra. Entre la plaza y el pequeño negocio de mi padre transcurría mi sábado en marchas y contramarchas guarnecidas de gritos. Mamá, agitada, atendía por breve tiempo aquel ventorrillo, cargado de repostería, oloroso a aire dulce y viento de frutas. Luego regresaba con ella a nuestra casa, a través de calles que yo admiraba por sus piedras menudas, alineadas, simétricamente sembradas. Me regocijaba deteniéndome a observar las tiendas y establecimientos enfilados a lo largo de la vía por donde regresábamos a nuestro mundo doméstico.

Mi hermano Luis Enrique –tres o menos años mayor que yo– no era propiamente un compañero de mis juegos. Él estaba ganado por las prédicas de mi padre que quería responsabilizarlo como un pequeño hombre, al cual le sermoneaba hablándole del buen juicio y la buena conducta. Se comportaba a veces como tal, vanidoso e hinchado de orgullo. Rehuía mi compañía y se mezclaba con una promoción de muchachos de su edad, con los cuales recorría el barrio en incursiones aventureras y de pendencia. Yo los miraba partir con envidia desde el portal de casa hacia la parte más alta del barrio, la calle empinada que iba a confundirse con el camino amarillo hacia Cuquí. Oía sus charlas y les escuchaba hablar de sus incursiones por la quebrada, cauce arriba, persiguiendo patos y disparando gruesas

piedras para desbandar los pájaros ribereños. Regresaban jadeantes, orgullosos, hablando con seriedad estudiada ante mí. Yo los escuchaba en silencio y les envidiaba atrozmente. Quería conocer aquella quebrada, matar patos, comportarme como un pequeño hombre que se abría paso a puñetazos hacia el recio camino de su mayoría de edad. Eran mis primeros sueños, los que más duelen y punzan en el recuerdo atormentado de una infancia pueblerina.

Nuestros juegos eran de actividad. No nos educamos bajo la plácida sombra hogareña disfrutando de juguetes caros o atractivos. No los había entonces. O, si los había, estaban prohibidos para nosotros, para las limitadas posibilidades económicas de un hogar donde papá y mamá eran laboriosos trabajadores que reunían en el esfuerzo común el anhelo de librarnos de la miseria. Pero gastábamos nuestros años preescolares en el rumbeo incierto por entre el barrio, en la pandilla guapeadora que se quiebra a puños entre “policías” y “bandidos” o que improvisan las batallas campales con pedruscos y guijarros. De esos campos de batalla regresé más de una vez con la cabeza abierta de heridas o los hombros zarandeados de golpes que me descargaban los contrincantes. Las tardes tenían su punto de reunión, preciso, cronométrico. Nos agrupábamos en el recodo de aquella calle para atisbar desde alguna pulpería de puertas entrea-biertas el desfile del novillo que marchaba en rápida carrera hacia el matadero, al diario sacrificio.

— ¡Ahí viene el novillo!

Era el grito de anuncio que encendía a la gente desde la parte alta de aquellas casas. El grito rodaba hacia abajo, empujado por las gargantas de los espectadores:

— ¡Ahí viene el novillo!

Desde el rincón de la pulpería yo veía el desfile impetuoso de aquellos cascos que se quebraban entre el resoplido violento de un toro que a veces se doblaba de impotencia y de hondos mugidos bajo la presión atenazante de dos mozos de brega que agitaban largas sogas. Fue allí, en una de esas tardes de espectáculo, cuando mi hermano sintió rozarle sus menudas espaldas las astas mortales de un toro que amenazaban convertirlo en guiñapo. Juvenal, el brioso mocetón de

manos duras y músculos fuertes, se contuvo sobre sí mismo e hizo doblar al toro, justo, preciso, cuando ya alzaba el testuz para recoger del suelo a mi hermano Luis Enrique. En casa comentaron, con opiniones divididas:

—Lo salvó Juvenal...

—Lo salvó la Virgen del Carmen...

De aquella misma calle tengo su visión diaria, recogida desde la balaustrada de una ventana menuda y frágil que se asomaba azul en la pared de la casa. Allí se instalaba mamá, después de habernos bañado y cambiado de ropas, mientras la tarde rondaba presurosa hacia su destino. Era la vieja costumbre de una sociedad doméstica, lugareña, encerrada en sí misma, que abría sus ventanas a la hora del receso de faenas para darse las “buenas tardes” y saludarse en el breve diálogo de información local:

—¿Cómo están por allá?

—¿Ya mejoró la comadre?

—¿Cómo han seguido esos vecinos?

Y yo, con mis cinco años, disparando el aguijón punzante de mis preguntas:

—¿Quién es esa, mamá?

—¿Quién es ese, mamá?

Así me familiaricé con el barrio y a su vez el barrio me abrió sus brazos para cogerme y moldearme a su antojo, a su imagen, construido con su material imponderable que es sagrada arcilla del pueblo y agua sincera de su bondad venezolana.

Siempre conducido por mi madre fui atravesando aquella senda vaga de mis primeros años. Eran mujeres jóvenes, como mi madre, que llegaban a nuestra casa y allí se instalaban en el largo diálogo mientras zurcían una charla que para mí resultaba tediosa y agotadora. Yo era el centro de comentarios y sobre mí caían los golpes de mano que acostumbramos para los pequeños a la par que se acompañan con la exclamación:

—Es tu retrato...

—Tiene tus mismos ojos...

Cada una de esas visitas fue una nueva amistad que yo anotaba en mi pequeño mundo del vecindario. Mamá me autorizaba después a visitar sus casas y allí iba yo a instalarme, indiferente a las preocupaciones humanas, a los pequeños dolores de aquella gente que era legión de combate por una vida ganada tras afanosas contiendas y rudas jornadas. De este modo los pobladores del barrio me fueron conociendo; mi figura breve, menuda, se hizo familiar e íntima para aquella gente que me veía desfilar más de una vez llevando en mi mano una cesta con tabletas de chocolate que vendía a domicilio, en mi colaboración por obtener nuestro diario alimento. Siempre en compañía de mi hermano recorríamos aquellas calles con nuestras pequeñas cestas de mercaderías al brazo. Golpeábamos con nuestros nudillos las puertas de los vecinos:

—Que si compran cacao...

Así empezábamos, ignorantes y desconocedores, a asomarnos a un mundo escabroso, sembrado de dificultades, en el cual deberíamos tomar parte en la contienda por el diario pan hogareño. La vida nos sería más grata años después.

En aquellos recorridos llegábamos hasta el “puente azul” y nos aventurábamos hasta las calles siguientes. Allí empieza el “pueblo nuevo” que para nosotros era sinónimo de gente rica, de muchachos bien vestidos, con zapatos caros y trajes nuevos. Desde aquella calle yo miraba con ojos de ambición hacia aquel mundo que se extendía más allá de esas calles que yo presentía como caminos tendidos hacia lo desconocido. Desde sus barandas amasé oscuros pensamientos y codicié triunfos para trepar a alturas desconocidas. Fue allí, en ese puente azul, sacudido por mis seis o siete años, en una tarde de sol brillante, en que los cobres roncós de una banda pueblerina recorrían la calle principal, cuando oí el grito de recóndita tristeza:

—Derrotaron a Peñaloza¹...

1 Se refiere a Juan Pablo Peñaloza (1855-1932), célebre caudillo militar afiliado al partido Liberal del Táchira. Fue diputado a la Asamblea Legislativa del Gran Estado Los Andes por la sección Táchira (1898-1899) y gobernador militar de la misma sección (1899). Durante la Revolución Libertadora, a raíz de la muerte de Domingo Monagas (septiembre de 1902), es designado jefe de Estado Mayor de los Ejércitos de la Revolución.

Aquella expresión se me quedó grabada, honda, en la mente infantil. De regreso a casa, encontré a mamá en un portal vecino, en charla animada con un grupo de amigas. Allí volví a escuchar la frase:

—La música es porque derrotaron a Peñalosa...

Calle arriba, hacia casa, mamá me explicó lo que no podía entender yo. Aquel nombre fue mi canto de emoción durante una semana y con los muchachos del barrio jugábamos a Peñalosa preso, mientras nosotros improvisábamos un escandalo de gritos para repetir el alborozo de aquella banda oficial que atravesó el pueblo con la noticia dolorosa.

En mis días de inquieta travesura infantil se abrían paréntesis de bruscas alternativas. Algunas veces mamá me ceñía mi mejor traje, de colores alegres, con una vistosa corbata que me cubría el cuello, y me acordonaba mi brillante par de zapatos negros cuyas suelas eran claras. Me rociaba la cara de polvo e instintivamente me la limpiaba porque había aprendido a considerar aquello como signo de feminidad. Aún el tiempo no me ha borrado ese complejo que elaboró mi inquieta mente de muchacho. Ya conocía yo que todos esos preparativos significaban mi visita a la casa de mi padre, donde era asediado con cariños por mi abuela y mi tía paterna. Recorría, orgulloso de mi traje y mis zapatos, la vía principal del pueblo, llevado de la mano de alguna amiga que cumplía solícita esa misión. Tan pronto llegaba a la casa paterna me trepaba a las piernas de mi abuela, que me esperaba con largos e interminables cuentos sobre temas de fantasía caprichosa; o me obsequiaba con dulces que ella misma me seleccionaba, o

Con la llegada al poder de Juan Vicente Gómez es nombrado miembro del Consejo de Gobierno (1908-1913). No obstante, al ser implicado en la conspiración de Román Delgado Chalbaud (1913), huye a Curazao y de allí a Colombia. Desde ese país, específicamente desde Cúcuta, dirige varios alzamientos contra el gobierno de Juan Vicente Gómez en 1918. Su tenacidad en la oposición al régimen de Gómez le vale una enconada persecución por parte de este, promoviéndose varios intentos para conseguir su expulsión de Colombia. Durante su última invasión, en 1931, es apresado y enviado al castillo Libertador de Puerto Cabello donde muere, a los 77 años de edad, con los pies cargados con grillos de casi treinta kilos (<http://www.venezuelatuya.com>) (N. del E.).

me sentaban en una silla a hablarme y preguntarme sobre cosas que yo nunca entendía.

Aquellas visitas me ponían en contacto con un mundo que yo ambicionaba. Me instalaba en el negocio de papá y desde allí observaba el desfile de clientes y amigos que hacían largas tertulias con mi padre. En silencio oía aquellas charlas que me resultaban ininteligibles, oscuras, monótonas. Desde la puerta observaba los grupos de muchachos mayores que jugaban diversidad de deportes mientras papá respondía a cuantas preguntas le descargaba yo. Las pláticas con mi padre siempre fueron desventajosas para él. Trato de reconstruirlas y me siento derrotado en el duro esfuerzo de la memoria. Pero recuerdo a mi padre sentado en la puerta de su establecimiento, teniéndome a mí entre sus piernas, mientras yo pregunto el destino de las cosas que hay allí e indago la razón de todo. Había momentos de fastidio para mi padre, cuando mi asedio resultaba cerrado, nutrido. Así fui aprendiendo a respetarlo desde aquellos años, a admirarlo en su paciente condición de enseñador que no quería desperdiciar para mí un minuto de aprendizaje y de lecciones. Tomaba al azar algún libro y leía en voz alta para mí; leía cosas extrañas, oscuras, que no acierto a reconstruir. A veces eran cuentos, anécdotas, historias, leyendas de aventuras que yo escuchaba embebido hasta el momento en que el sueño me agarraba con sus duros brazos.

De aquellas permanencias en la casa paterna regresaba al lado de mi madre con melancolía y trastornos espirituales. Era la influencia de aquel otro mundo que anhelaba y ambicionaba, tan distinto a ese otro donde mi madre se movía. De nuevo en el barrio me entregaba a las correrías con las pandillas de juego que cruzaban de gritos las calles de la vecindad. Pero en mí bullía y se agitaba el ansia por ese otro mundo que estaba instalado en el establecimiento de mi padre, en sus libros de cuentos y en las conversaciones de aquellos señores que de tarde llegaban allí a sostener charlas interminables. Envidiaba a mi hermano que estaba instalado en aquella casa y visitaba la escuela con libros y pizarra y lápices.

Mis años de infancia no fueron de vida regalada. No conocí los juguetes mecánicos ni los muñecos de lindas gorras. Tengo

una vaga visión de algún carro mecánico que se deslizaba sobre el accidentado piso de la casa, accionado por la mano de mi madre. Mis juguetes eran cajas de cartón a las que amarraba carretes de madera para luego tirarlas con una cuerda mientras con mi boca hacía el ruido de corneta que había escuchado de aquel único automóvil que en mi pueblo era objeto de curiosidad y asombro para los habitantes del lugar. Cada vez que pensaba en la casa paterna me sacudía la visión de juguetes caros que había visto en mi desfile por ante aquellas vidrieras abigarradas de diversa mercancía. Mi pensamiento iba hacia la casa paterna con esforzada ambición por un mundo confuso y atractivo, en el que se mezclaban nuevas perspectivas infantiles, emociones hasta entonces desconocidas, ancho ámbito para mis sueños mezclados de fantasía y desorden mental. En mis juegos evocaba la casa paterna y el mundo que se agrupaba en torno a ella, la que pensaba como centro de una vida activa, ágil, distinta a la que hasta entonces desfilaba por mi mano de muchacho enrolado a las pandillas de barrio.

Fue en una forma brusca, inesperada, como se operó la transición entre esos dos mundos. Mi madre anunció una vez, entre confundida y tierna, que viajaría fuera del pueblo, sin nosotros. No podía descifrar entonces aquel enigma que tan dolorosamente caía sobre nosotros en un momento de apego materno, de honda adhesión afectiva y amorosa a la sombra fresca de la madre. Recuerdo que yo estuve presente en los preparativos del viaje, en el negocio de mi padre convertido en centro de operaciones para organizar la triste partida. Entre papá y mamá alineaban tazas, platos, cubiertos, pocillos, todo lo que constituye ese mensaje profuso y variado que es arsenal de trabajo para las faenas hoteleras. Entendí en el diálogo allí vivido que mamá salía hacia un pueblo vecino –después supe que era Capacho– donde fijaría su residencia frente a un hotel de su propiedad. No podía ahondar en la trama apretada de aquel suceso que me separaba de mi madre a los cinco o seis años de edad. Mis recuerdos de esa noche se borran, pierden firmeza de acontecimiento, bajo la sacudida convulsiva de las lágrimas que brotaban de mis ojos.

Mi madre nos apretó sobre su regazo cuando se despedía. Era una noche ordinaria de pueblo, tranquila, silenciosa. Yo ignoraba que aquella separación duraría diecinueve años, hasta mi graduación de abogado. Regreso con mi memoria a aquella hora y siento el cálido beso de mi madre y su silueta atravesando la calle, rumbo a la oscura perspectiva de su vida.

* * *

Estoy ahora en la casa paterna. Aprendo a admirar a mi padre como hombre incansable, rudo en el trabajo y terco para la empresa diaria. Con él recorro la vida cotidiana que se extiende desde mi despertar hasta el anochecer frente a la plaza cargada de paseantes. Lo observo despachar a clientes, discutir precios, enredarse en largas conversaciones que no logro penetrar mentalmente y sentarse a leer con tenue voz acentuada de entonación. Bajo su protección empiezo a penetrar aquel mundo extraño que antes me sobrecogía el ánimo y perturbaba mi timidez infantil. Él me enseña el significado de las cosas; es un pedagogo virtuoso para explicarme la razón de cuanto interrogo; nada quiere ocultarme en su deseo de ilustración; hace de sus horas de libertad vivo tiempo para la enseñanza. Así voy ganando firmeza personal y adaptándome a un ambiente que antes se ofrecía a mis ojos como territorio extraño e imposible, fruto de imágenes concebidas en mi torturada fantasía.

Mi abuela y mi tía me asedian a cariños. Yo comprendo que allí soy un personaje adulado por el afecto tierno de aquellas dos mujeres que en sí sustituyen la piedad de la madre ausente y el calor de su regazo. Soy el centro de sus preocupaciones. En mí se reúnen la complejidad casi perversa del muchacho que se sabe centro del amoroso afán y la reticencia velada para la caricia que no viene de la madre. Es una lucha lenta, viva y heroica en sus comienzos, pero que al morir de los días pierde consistencia y se apaga bajo el asedio permanente del desvelo de aquellas dos mujeres. Ellas me ganan definitivamente para su custodia y yo me rindo, entregándome bajo

sus manos que custodiarían mi vida largos años, amparadoras y solícitas, sin un solo gesto de amargura para el reclamo castigador.

Mi abuela y mi tía consumían largas horas frente a mí, en el ruego constante para que tomase el alimento. Tengo una noción fresca y luminosa, como si transitase en las corrientes más altas de mi sangre, de aquellas escenas: mi abuela sentada en una silla pequeña, frente a mí; yo trepado en una silla alta, a la defensiva. Era allí la lucha para tomar aquella mazamorra dulce que constituía mi plato favorito, pero ante el cual yo me insubordinaba por oscuras razones que no acierto a explicarme. Luego me instalaba cerca de una de ellas, en la cocina, o en los corredores anchos de aquella casona, a seguir, admirado, su labor mientras tejían con sus palabras extraños cuentos, anécdotas salpicadas de encanto, misteriosas leyendas. Allí me sorprendía el sueño que caía sobre mí inesperadamente.

Dormía en una camacuna. Tenía barandas rojas sobre las cuales me trepaba a cruzarme con golpes de almohada con mi hermano. Era un combate nocturno o tempranero, cuando aún no aparecían por nuestra habitación ni nuestra abuela ni la tía. Mi hermano era para mí ya símbolo de otra actitud humana. Él iba a la escuela y tenía su orgullo escolar vanidoso con el que pretendía deslumbrarme por sus lápices, su pizarra y sus libros de colores. No éramos propiamente compañeros. Nuestra diferencia de años le daba a él supremacía protectora sobre mí y no permitía mi intervención en las pandillas de las cuales él era miembro. Yo no penetraba en su mundo, pero le envidiaba cruelmente su escuela y sus libros, su gorra, sus lápices. Alguna vez dije todo esto a mi padre, con gesto fiero. Al día siguiente papá me instalaba cerca de su escritorio, en las horas libres, y dedicaba su serena fuerza espiritual a esa labor honda de la enseñanza. Me fue llevando lentamente a través de aquella senda de signos y símbolos. Tenía un aire alegre y díscolo para la enseñanza. A cada letra le hallaba semejanza con seres reales, personas, cosas. La A era una señora que nos visitaba; la B, un candado; la C, un dulce. ¿Que cómo puedo reconstruir aquellas escenas? Quizás la entrega mental que yo hacía a esos ratos impresionaron indeleblemente mi sistema nervioso, donde quedaron sembrados los recuerdos. Mi padre no

vacilaba. Ganaba las pequeñas batallas contra mi mal humor y dominaba mi impaciencia. Los números eran motivo de disgustos agrios, de rebeldías agotadoras. Pero aquel hombre tenía una voluntad de claro dominio y nunca abandonó el esfuerzo tras del cansancio que yo le producía en aquellas refriegas de la enseñanza. Fue así como un día me di cuenta de que leía. Lo hacía alegremente, con entusiasmo casi explosivo. Cuanto periódico caía en mis manos lo devoraba. Palabras que no entendía o no conocía eran objeto de preguntas a mi padre. Él algunas veces acertaba en las explicaciones; otras veces yo notaba su desconcierto, su inseguridad para responderme. A mi abuela y a mi tía las acosaba ahora yo con mi afán de nuevo lector. Quería deslumbrarlas con mi sabiduría y sobre ellas caía yo con mis aires de gran señor para apabullarlas. Pero ellas supieron aprovecharme y se sirvieron de mí para que actuase en sus horas nocturnas de oración, frente a una mesa cargada de imágenes y estampas. Yo, de rodillas, leía en voz alta los párrafos de una novena a un santo de la devoción hogareña, mientras mi tía me apuntaba:

—Los versos no los lea...

—Cuando llegues al final, no sigas leyendo, pues eso es para mañana...

Y en la calle actuaba con una vanidad que me henchía el pecho. Yo hacía alarde ante mis demás compañeros de juegos porque era el único de mi edad que ya leía. Me burlaba de los que asistían a la escuela y no conocían el sentido de las letras. Hacía jactancia divertida y heroica de mi capacidad. Leía en voz alta los avisos de la propaganda, los nombres de las calles, los carteles del cine, los trozos de periódico que tropezaba en la calle. En mí bullía una tormentosa inquietud hacia lo escrito. Mi hermano Luis Enrique no ocultaba su preocupación por el hecho de que yo hubiese aprendido a leer. A papá le expuso sus quejas, pero aquel fue consolador:

—Tú le llevas ventaja, mucha ventaja...

Un día cualquiera papá anunció que yo iría a la escuela. Aquello cubrió todas mis ambiciones. Hubo preparativos y arreglos previos, tal como si me fuese hacia un largo viaje. Me dieron consejos mi abuela y mi tía. Los amigos de papá me felicitaban y discurrían sobre

el tema, mientras yo me escapaba bajo sus piernas. Cuando llegó el día anunciado tomé mi desayuno más temprano y preguntaba cuándo serían las siete, la hora señalada.

Junto a mi padre subí aquellas dos cuadras que distaban nuestra casa del local de la escuela. Nos condujeron al salón del primer grado y allí estuve mirando el numeroso grupo de muchachos que clavaron sus ojos sobre mí, los unos con amistad, otros con desprecio. Luego de conversar mi padre con el maestro, quedé allí, en aquel salón, de pie, en presencia de toda la clase. Me indicó el maestro que tomara asiento. De las primeras filas me llamaba uno de los escolares y me indicaba que fuera a sentarme a su lado. Así lo hice. Aquel recuerdo es otra escena nítida. Mi vecino me instaló como si yo fuese una criatura que no podía hacerlo con mis propias capacidades y desde aquel momento se convirtió en mi defensor y protector ante la actitud pendenciera de algunos compañeros.

La escuela fue para mí centro de todas las experiencias. Al principio la curiosidad me llevaba con celeridad a ser de los primeros en torno a aquella puerta. Llegaba antes que el maestro. Este era un hombre menudo, magro, delgado. Comprendí que yo era motivo de su atención preferente. Me distinguía con su predilección. No entendía entonces que la mayoría de mis compañeros eran muchachos de los barrios, pobres, anónimos, sin padres conocidos. Yo tenía la fortuna de ser hijo de un comerciante conocido cuyo nombre aparecía escrito al frente de la plaza, en un aviso de mal gusto. Fue un año de juegos, de nuevas aventuras, de amistades recién adquiridas. Con mis nuevas relaciones empecé a moverme con más ligereza. Ahora iba a la plaza a compartir los juegos de las pandillas que allí se reunían, sin temor hacia los muchachos mayores, infundido de ánimo por el grupo de mi clase que tenía conciencia de promoción y defendía a los suyos con fiereza. Empecé a conocer el pueblo y recorrí los barrios por cuyas calles no me había atrevido a transitar antes. Empecé a conocer a personas adultas: padres y madres, hermanos y familiares de mis compañeros de escuela. Penetraba en sus casas con desenfado y les buscaba para enrolos en mis juegos. Yo era centro de atracción para esas diversiones porque del negocio de mi

padre cargaba con trozos de hierro, viejos tornillos, fragmentos de láminas de zinc, tizas de colores, que distribuía entre mis amigos escolares para realizar las más extrañas y absurdas invenciones. Siempre cargaba algo en mis bolsillos para desafiar la curiosidad de mis amigos escolares.

Un día nos anunciaron que harían exámenes. No acertaba a explicarme de qué se trataba, pero mis compañeros me contagiaron con su nerviosidad y pánico, al extremo de que estuve cerca de una crisis de cobardía frente a la escuela. Mi padre me animó y me explicó lo del examen, adiestrándome para que cubriera con éxito la primera prueba escolar. Llegó el anhelado día del examen. Fue en horas de la tarde y versaba sobre la demostración principal en lectura. El maestro nos explicó que serían promovidos al *Libro segundo de lectura* los mejores lectores de la clase. Para mí aquello fue casi diversión. Cuando me nombraron acudí al centro del salón y allí me entregaron el *Libro segundo* de Alejandro Fuenmayor, del cual leí algunos trozos que me escogía el maestro. Creo que fui el encabezador de la lista de calificaciones altas. Mi regreso a la casa fue orgulloso y papá así lo esperaba. No comentamos mucho aquel primer triunfo y al siguiente día penetraba yo en la escuela con mi libro segundo, cubierto con forro elaborado por papá, con mi nombre en hermosa letra en su primera página.

Aquella escuela vivía bajo el método del castigo permanente. En la pared, cerca del brazo del maestro, colgaban varias férulas de distintos tamaños y colores. Estaban clasificadas de acuerdo con las sanciones que aplicaban a los escolares. Tuve la suerte de estar siempre fuera del grupo que provocaba tormentas de castigos. Pero presenciábamos todas las sanciones y nos sobrecogíamos. En algunas oportunidades conducían a la víctima hasta el centro del salón y lo arrodillaban largas, interminables, horas, mientras el grupo le hacía gestos, muecas. Algunos rompían en llanto, otros redoblaban su resistencia y callaban. Una mañana descubrimos a uno de los alumnos del cuarto grado de rodillas en el centro de nuestro salón de clases, en cada mano un ladrillo, los brazos extendidos. El

maestro de segundo grado lo castigaba con golpes de férula sobre la cabeza, a los gritos de:

—¡Chisguete!

Cuando la falta era de categoría especial el maestro visitaba al padre del muchacho para dejar constancia de la conducta. También yo fui víctima de este estilo de amonestación, en trance que constituyó para mí largo escarmiento. Escribí en una pizarra una frase de pésimo gusto y los muchachos me amenazaron con llevarla a papá para que la leyera. Aquello me exacerbó. Les caí a golpes a los que cargaban la pizarra y la destruí. Para corregir la falta les insinué que fuéramos hasta donde mi padre para que él reparara el daño. Así lo hizo mi padre. Pero parece que el maestro visitó a papá para dejar constancia de mi conducta, de lo cual nada llegó él a decirme.

Fui escalonando mi travesía por la escuela. Trepé al segundo grado rápidamente, con nostalgia, porque atrás quedaron muchos compañeros de juegos, relegados en los bancos del primer grado. Mi hermano rabiaba porque yo le pisaba los talones. Discutíamos terca-mente y utilizábamos a papá como juez escolar. Competíamos en forma de escritura, en rapidez para leer, en facilidad para redactar nombres extraños, palabras de ortografía complicada. Insensiblemente mi vida transcurría entre los juegos, la escuela y mi casa. Ningún acontecimiento extraño conmovía aquella tranquila y monó-tona existencia. Los días se sucedían iguales, invariables. Algunos pequeños sucesos marcaban etapas en aquella existencia callada y sosegada que era mi vida. Uno de esos hechos fue la aparición de mi tío, un raro personaje, de colorido emotivo, con una vida surcada de hazañas y de acciones audaces. Aparecía súbitamente y desaparecía de igual modo. También mi madre llegó una noche a casa, sin avisarnos previamente. Yo rehuía su contacto, me comporté hosca-mente con ella y hubo necesidad de que transcurrieran algunas horas para acunarme entre sus brazos. Lo propio hizo mi hermano. Yo la deslumbré leyéndole una página de historia, de Arismendi², entre

2 Se refiere a Juan Bautista Arismendi (1775-1841). Militar y oficial (general en jefe) del Ejército durante la Guerra de Independencia. Esposo de la heroína Luisa Cáceres de Arismendi (N. del E.).

la admiración de mi abuela y mi tía. En ese viaje mamá nos llenó los bolsillos de raros juguetes, lápices con encendedor, metras de colores subidos, boxeadores sobre su propia cuerda, automóviles veloces. Demasiado tarde para mis años llegaban aquellos juguetes. Pero coloqué el lapicero en mi bolsillo de pecho y allí lo ostentaba como símbolo de vanidosa opulencia. En aquel viaje mi madre preguntaba si estudiábamos y cuál era nuestra conducta al lado de papá. Nos colocaba sobre sus rodillas y nos contemplaba en silencio, a veces sus ojos empañados por el agua amarga de las lágrimas. Regresó ella y me dediqué a escribirle. Eran cartas aderezadas de tonterías, todas girando alrededor de los temas de mis juegos o mis picardías en la escuela. Papá me orientaba en la redacción.

La llegada de mi tío me sacudió. Aquel era un personaje de leyenda, cautivador. Hablaba en un tono de valentía frente a todas las cosas y tenía un sentido despreciativo de los hombres. Mi abuela se había casado por segunda vez y allí convivía con nosotros su esposo, al lado de la madre suya, una anciana que contribuyó a formarme. Mi tío se instaló en casa y me tomó a su cuidado. Decía que quería hacerme un hombre completo, capaz de todas las aventuras, como él.

—¡Gran cosa! —rezongaba mi abuela reprochadora desde su silla mecedora.

—Van a perder al muchacho —insinuaba la anciana que allí convivía. Pero contra los reproches de todos yo admiraba a mi tío porque lo consideraba un hombre aureolado de valentías, forjado a golpes de aventura, audaz y ganador de la vida. Me tomó a su lado y con él me di a la loca diversión que a la vez era peligro y lección de hombría.

Construía escopetas con viejos tubos de hierro y trozos de madera que él moldeaba con sus navajas cortantes. Yo presenciaba la faena para que el aprendizaje fuera completo. Llegué a construir aquellos aparatos mortales con mis propias manos, a los nueve años. Me enseñó su mecanismo y su funcionamiento. Me familiaricé con su manejo. De tarde nos íbamos hacia el monte, río arriba, acechando pequeñas garzas solitarias que construían sus nidos en la playa. Disparábamos contra patos y otras aves. Cuando no había piezas para

cazar entonces era la pesca nuestra labor de largos días. Con anzuelos, cal viva, bombas, nos internábamos en los recodos hondos del río y allí nos instalábamos a cumplir nuestra destructora misión. Desnudos, totalmente desnudos, cumplíamos la faena. Al principio el miedo me producía extrañas sacudidas en la sangre y me frenaba el ánimo para la aventura. Pero en aquella lección de diaria rudeza también me comporté como un escolar diestro y deseoso de penetrar en la nueva vida de pequeñas heroicidades que ofrecían las incursiones de mi tío. No solo desafiaba a su lado las amenazas mortales que se ofrecen en ríos y montes, sino que también aprendía a ser hombre bajo el aliento empujador de su palabra que me estremecía de entusiasmo cuando refería violentos episodios de su vida. Él quería que trepara con mis puños a altos sitios y me acariciaba como un proyecto de hombre que se adiestra para faenas de fiereza. Rudo, enérgico, audaz y altivo, tenía el claro sentido de inteligencia que alumbra en el espíritu sagaz de nuestros hombres de pueblo, desprovistos de la cultura académica del liceo o la universidad, pero curtidos de técnica frente a una vida de asperezas hostiles. Él quería verse reproducido en mí y se aferraba a sus métodos de hombría para convertirme en muchacho de garra, emancipado de cobardías, aureolado de audacia, dispuesto a las “paradas machas” que se juegan los hombres de presa en las horas de encrucijada.

Aquel hombre tuvo con sus manos rudas y violentas una gran influencia sobre esos años de mi vida. Con él atravesé ríos, trepé cerros, salté cercas, desafié tormentas y experimenté el ambiguo sentimiento del terror y la valentía. Aprendí a disparar, lanzarme de noche al fondo de los pozos para desenredar el anzuelo, aplastar serpientes, hacer largos recorridos nocturnos en despoblado y descubrirme varonilmente. Mi tío era un hombre de inconstancias para esa labor. Repentinamente abandonaba sus escopetas y anzuelos para irse de recorrida parrandera por botiquines y expendios de licores. La misma rudeza para tomar alcohol le hacía atractivo frente a mí. Regresaba locuaz, iluminado el rostro, dicharachero, con el lenguaje de la pendencia a flor de labios. Buscaba su víctima en cualquier detalle y lanzaba su grito de guerra:

— ¡Galileo!

Ignoro lo que él quería ocultar en esa palabra simbólica que utilizaba para rematar después:

— ¡Fariseos!

Yo me embebía en sus discursos incoherentes, aguerridos, modelados en lenguaje de pelea y desafío. Mi padre lo acosaba entre filípicas acusadoras y amenazas verbales que mi tío recibía con una olímpica majestad que redoblada la indignación de papá.

Así era mi tío. Así fue aquel hombre que atravesó mi vida de muchacho como una bandera de guerra, soñador y atrevido. Con él aprendí nuevos capítulos de la vida y empecé a tremolar audacias para el futuro. Su recuerdo no puede escapar a mi memoria porque me ganó definitivamente para sus consejos. Después se ausentó. Viajó entre los pliegues del misterio, acosado por la policía, perseguido, prófugo de la justicia política de la época. No era otro su delito. Y una noche, cuando finalizábamos la tertulia sagrada frente al altar de mi abuela, sentí cuando esta corría a cerrar las ventanas de casa. Era mi tío que llegaba, misterioso, entre la oscuridad, el rostro cruzado de las heridas del monte, sus pies destrozados de las largas jornadas, la voz ronca y caldeada. Sentándose ante los ademanes alarmantes de la abuela, nos dijo:

—Vengo de Colombia. Salí anoche de Pamplona...

Recuerdo que papá fue solicitado en el club. Vino de allá y dialogó con mi tío, largamente, en tono rumoroso, en forma tal que no logré captar la conversación. Papá entregó dinero a mi tío. Este no quiso pernoctar en casa y volvió a tomar el rumbo misterioso por donde llegó. En compañía de mi abuela y tía fui al fondo de la casa, por donde se escurrió mi tío hacia el monte, bordeando el río. Iba en la oscuridad, alumbrándose con una opaca linterna, rumbeando en la noche hacia Colombia. Mi abuela se santiguaba y alzaba la voz:

—Que la Virgen me lo acompañe...

Yo, en el umbral de aquella puerta trasera de la casa, envidiaba a mi tío que avanzaba en la noche cerrada de grillos y luciérnagas. Quería irme tras él, acompañándolo. La aventura temblaba en mi corazón y me invitaba con su tentación inefable.

* * *

Volví a la vida de mi escuela. Ascendía por esa calle tortuosa que va entre los nueve y los once años, recorriendo la travesía de las nociones rurales y humanas que dan colorido impresionista a la existencia infantil. Mi cuarto grado era un orgullo que exhibía con vanidad de capitán victorioso, alardeando de mis triunfos escolares. Papá contribuía a mi formación y mantenía su terca constancia para alumbrarme mejor el camino, en esforzada labor de lectura y explicaciones, prédicas y consejos. Me llevaba al cine y me pedía opiniones sobre cuanto allí veía. Escudriñaba sagazmente en mi interior. No podía yo entender la gestión en mí. Él quería buscar mi verdadera orientación, descubrirme, hallarme en mi diafanidad espiritual y saber hacia qué rumbo viajaba.

En esta materia no hubo disposición dominante por parte de mi padre. O por lo menos no la sentí. Yo empezaba a ser atraído vagamente por mis inclinaciones de lecturas y curiosidades. Llegó un vendedor de libros al pueblo y solicité de papá dinero para adquirir un ejemplar. Fui donde el librero y adquirí *Bertoldo*, *Bertoldino* y *Cacaseno*³. Papá quiso discutirme porque consideró que aquel libro no era lo que mejor me convenía. Lo leí. Y de allí en adelante empecé mi deseo de recorrer ese mundo maravilloso de las lecturas. Una tarde estaba yo sentado en la puerta del establecimiento cuando llegó mi padre y me sorprendió en la lectura de *Han de Islandia*, de Victor Hugo; elevó sus cejas y frunció el ceño. Él no conocía aquel libro y no le agradaba que me aventurara entre lecturas de textos y libros por él desconocidos. De allí en adelante tomé esa iniciativa. Días después compraba una colección de cuentos miniatura de una editorial española, cuya venta realicé sirviéndome del establecimiento de papá. Aquella colección me produjo alguna pequeña ganancia. Con el dinero obtenido compré dos nuevas colecciones y emprendí su venta entre los compañeros de escuela. Era mi oportunidad para leer esos

3 Tres cuentos populares italianos escritos por Julio César Croce (los dos primeros) y Adriano Banchieri (el último), publicados en 1620 (N. del E.).

trescientos cuentos que conocí hasta en sus detalles. Cuando estaba dedicado y embebido en esas labores me sorprendieron los exámenes de cuarto grado, los primeros de índole formal. Fueron largos días de preparativos y dedicación a las faenas escolares. Papá quería que esos exámenes definieran mi vocación y constancia para el estudio, ya que constituían la primera prueba de severidad escolar. Ese examen era para optar al certificado de instrucción primaria. Fui al examen y obtuve la más alta calificación del grupo. Se comentó que ese resultado era debido a la presencia de papá en el jurado. Recuerdo que a papá lo deslumbré en su condición de examinador de aritmética hablándole del sistema métrico decimal y otras cuantas cosas, con lenguaje ufano, pedante y exhibicionista. De regreso a casa papá no quiso hacer ninguna referencia al examen ni a su resultado. Deliberadamente quiso pasar por alto ese triunfo. Ignoro por qué.

Viajamos mi hermano y yo a Capacho, a compartir con mamá las vacaciones. Fue mi primera salida más allá del pueblo natal. La travesía era lógicamente a pie, a lo largo de un camino alto y fangoso, a través de aldeas húmedas y brillantes que se abrían entre la lluvia y el sol. La jornada fue agotadora. Al final del día, cuando nos aproximábamos al pueblo, la lluvia cerró su ofensiva y el camino se hizo intran-sitable, pesado. Acampamos hasta que el agua amainó en su ofensiva y nos fuimos hacia el pueblo. Fue mi desilusión al encontrarme ante aquellas casas descoloridas, pintadas en tonos tristes, hundidas en unas calles desoladas y húmedas, bajo la luz vacilante de las bombillas que abrían su tímida manifestación luminosa. Llegamos a un portal ancho que descendía en camino de fango hacia el fondo de la casa. Allí estaban los brazos y los labios de mamá que nos recorrieron y saludaron con la tibia y recóndita acogida que tienen los cariños maternos.

Largos días estuvimos en compañía de mamá. Fueron días de alegría sencilla y doméstica. Mi hermano se dedicó a construir un camino de piedra para sustituir aquel descenso fangoso que conducía desde el portal hasta las habitaciones. Diariamente nos instalábamos en aquella labor divertida: yo acarreaba la piedra, mi hermano la fragmentaba y colocaba. Él actuó con mucha seriedad durante todo

aquel tiempo y se comportaba como un hombre de empresa en dirección de obra importante. Me regañaba, trataba con rudeza y pretendió golpearme. Nos cruzamos a puños. Mamá intervino y mi hermano se vio obligado a abandonar la labor para treparse a un árbol donde se instaló durante largas horas mientras mamá y yo montábamos guardia, en espera de que descendiera. Yo actué seriamente dispuesto a cobrar la ofensa. Pero posiblemente mamá lo hizo en tono de diversión, pues recuerdo haberla sorprendido riéndose a solas.

Con mamá fuimos hasta Táriba. Ese recorrido lo hicimos en camioneta. Por primera vez yo hacía un viaje de distancia sobre un vehículo motorizado, pues hasta entonces me había limitado a pasear furtivamente en la parte trasera de alguno de los camiones en mi pueblo. De allí que mi emoción fuese sorprendente, pues me sentía disfrutando de una segunda vida, allí instalado en esa butaca, junto a mamá y mi hermano.

Nuestra llegada a Táriba me resultó alegre y divertida. Eran días de las acostumbradas concentraciones humanas del lugar, para asistir a las llamadas “ferias y fiestas”. El pueblo estaba rebotante de gentes que habían acudido de todos los lugares. En la iglesia de la ciudad está la efigie de Nuestra Señora de la Consolación, la Virgen de Táriba, de origen milagroso al decir de la leyenda que narra su aparición en una astilla de madera allí consagrada. La Virgen de Táriba convoca anualmente a todos los habitantes de los lugares vecinos que se trasladan a pagar la promesa o a rendirle la limpia pleitesía de sus devociones. También mamá era una de esas personas en aquella oportunidad. Y allí estábamos nosotros, ignorantes de la existencia de la Virgen, desconocedores del milagro, dispuestos a gozar de las fiestas a nuestra manera, en correrías que prometían ser ricas en aventuras. Pero mis planes fracasaron la primera tarde de corrida de toros. Mamá me envió con una amiga suya a recorrer el pueblo, en gira de conocimiento. Aquella recorrida la hice bajo la angustiada opresión de un dolor de muelas que me sacudía rabiosamente. No pude contener las lágrimas y anduve tras aquella extraña compañía por casas, calles e iglesia. Cuando llegué a la pensión donde estábamos hospedados me tiré en mi cama a dar escape al

dolor que me doblaba de desespero. Pero aun así asistí a la corrida de toros. Poco me agradó el espectáculo y en cambio me emocionó aquel estrépito de cornetas en las calles de la plaza, alrededor de la cual estaban estacionados los vehículos que venían de San Cristóbal. Yo admiraba atónito los autobuses de la capital, leía las placas que ostentaban y me regocijaba en su contemplación. Pasaba revista a las distintas marcas de vehículos y me paraba frente a aquellos que reflejaban en su carrocería mi figura, complacido por el efecto que producía mi imagen. Fuimos a San Cristóbal. Fue una rápida visita, hecha en un vehículo del cual no descendimos. Ninguna impresión clara obtuve en ese recorrido por aquella ciudad que contribuiría años más adelante a empujarme en mi vida. Regresamos de aquella breve permanencia otra vez a Capacho.

Pronto terminaron los días de la permanencia al lado de nuestra madre y hubimos de prepararnos para el regreso, en una mañana oscurecida de neblina, bajo el llanto de mamá que nos bendecía y oprimía bajo sus besos desconsolados. Era una nueva despedida. Yo me fui envuelto entre la bruma mañanera, rumiando mi dolor, golpeado bajo el llanto de mamá que me sonaba a escándalo de angustia sobre mi oído.

De nuevo fue mi retorno a la escuela, ahora en el forcejeo de un mundo más ancho y extenso. Frente a mi padre adquiría tono e impresión de seriedad bien fuera por mi dedicación a los estudios o por la moderada tranquilidad de mi inquietud. A veces me escapaba de la custodia compañera de papá y realizaba mis andanzas interminables con las nuevas amistades logradas al calor de los bancos escolares. Fueron los años de actividad desenfrenada y de correrías. Papá se asoció en su negocio con un veterano amigo de tertulias, Luis Francisco Niño, empleado de una casa alemana con largos años de ejercicio en el pueblo. El establecimiento fue ampliado y ahora nuevos renglones de ventas le fueron incorporados. Empezó a despertarse en mí la curiosidad por una máquina de escribir, vieja compañera de mi padre, alta, adusta y de impresión severa. Tomaba una silla y me instalaba ante ella, observador y atento, a indagar su mecanismo y funcionamiento. Lentamente fui avanzando en

la localización de las letras y un día me aventuré a pedirle a papá que me enseñara la colocación del papel para escribir. Con una mano emocionada empecé a hundir sus teclas, casi con sobreco-gimiento. Fue mi inclinación por ese arte del ejercicio mecano-gráfico, sin presentir entonces que andando el tiempo la máquina de escribir constituiría mi inseparable herramienta de trabajo, el más codiciado de los instrumentos. Hoy, cuando recuerdo aquella máquina de papá, no puedo ocultar el cálido sentimiento de afecto que me lleva a recordarla, todavía en activo servicio, compañera de mi padre en sus jornadas de treinta años. En esa máquina veía absorber mis horas lentamente, sin preocuparme. Mis compañeros de juegos desembocaban en la calle y se instalaban en la puerta del establecimiento invitándome a participar. Solo así era posible que fuese arrancado de aquella silla.

En la escuela fui un apegado curioso de todas las mate-rias. Me atraía la historia, pero como una apasionada peripecia de aventuras y de luchas. Las páginas de la Independencia me conmovían y despertaban en mí un recóndito anhelo de tímida admiración hacia los próceres que desfilaban tumultuosos por mi asombrada imaginación. La geografía me olía a tierra y agua, fresca de ríos hondos, de picachos, selvas y montañas. Recorría con la voz de mi maestro la romería a través de Venezuela, atrave-sando ríos, cruzando bosques, saltando estados. La geografía fue para mí un sentido de viaje mental, fórmula mágica, mediante la cual me ausentaba de mi banco escolar para recorrer el país en el fragor de una jornada.

El dibujo fue otra de mis pasiones. Me servía del lápiz como de un juguete y con él distraía mi imaginación ociosa en la copia de estampas y compañeros. No voy a ocultar que fui fácil para esos estudios. Las matemáticas perturbaban mi inclinación de soñador y sentía hacia los números una secreta animadversión, casi enemistad personal. Siempre era papá quien me reconciliaba con las multiplicaciones y divisiones, en sus pláticas nocturnas, cuando yo le confesaba mis dificultades para entender todo aquel enrevesado jeroglífico de guarismos y cantidades.

Mi maestro acogedor y predilecto fue Marcos Eugenio. Ciertamente que mis primeras letras las aprendí con papá y que de sus manos fui a las de mi primer maestro, Rafael Pineda. En segundo grado fue Eudoxio Pedraza, colombiano, quien tuvo la rara virtud de dormirme en largas y monótonas tardes con su seseante incurción a través del mapa de Venezuela. Para cuando llegué a cuarto grado, bajo la dirección de Marcos Eugenio, sentí que había arribado a mi anhelada tierra solicitada. Era aquel un hombre paternal en su misión educadora. Fresco de humor y de cariño, desprendía una afabilidad casi tierna y tenía la destreza espiritual de cavar hondo y penetrar en la pequeña y oscura conciencia de sus escolares. Yo caí cautivado bajo su zona de influencia y aprendí a venerarla en la admiración respetuosa que aún hoy le conservo en la lealtad de mi recuerdo. Su voz me entusiasmaba cuando describía las grandes batallas de la Independencia, vibrante y sacudido de emoción, el rostro intensamente iluminado, grandilocuente, con cálidos acentos de pasión en la palabra encendida de patriotismo. Lo propio hacía cuando tomaba bajo su voz la explicación de ese mundo extraño, misterioso y complicado de los reinos vegetal, animal y mineral. Se entusiasmaba oyéndose a sí mismo aquel viejo maestro y se dejaba arrastrar por el torrente de sus propias palabras, camino adentro de ese campo por donde su fantasía nos llevaba a galope, abiertos nuestros espíritus para la carrera de largas jornadas. Hablaba con énfasis vibrante sobre la trayectoria complicada y oscura del universo, en su gama infinita de transformaciones y fenómenos, describiéndonos a un tiempo la palpitación de vida, la huella del vegetal y la quietud estática de los minerales. Aquel lenguaje empenachado y encendido de mi viejo maestro despertaba en mí las ambiciones agazapadas del orador que me golpeaba el pecho, en mi sangre, durante las tardes de amena delectación que vivíamos bajo el son mágico de su palabra. Nunca le vimos caer en el tormento de la amargura o dejarse arrebatar por el sacudimiento de la ira; solo una tarde, de borrascas en su espíritu, le vi levantar su mano para alzarla castigadora sobre la espalda de su hijo que era compañero en nuestra clase.

Sus métodos fueron otros: acariciaba con aquella voz de contornos ondulantes, acogedora y paternal. Tenía del chiste sano y hermoso un concepto de elegante sobriedad y lo distribuía con distinción, en las clases, y fuera de ellas, siempre en paréntesis de amenidad que caían sobre nosotros como frescas gotas de agua en la calurosa soledad de las tardes.

Mi mente empezaba a curiosear en dirección a otro aspecto del mundo exterior. Insensiblemente me rodeaba también el mundo de los acontecimientos políticos, a la manera como esos hechos pueden influir la mente de un muchacho de ocho, diez, once años. Son retazos dispersos de sucesos aislados, anécdotas desarticuladas unas de otras, pero todos girando alrededor de ese hecho complejo y variante que es la política. Una vez capté en el círculo de amistades más íntimas de papá una conversación rumorosa, cerrada, discreta. No logré entender nada, absolutamente nada; solo me llegó al oído lo referente a unos hombres que habían sido colgados con garfios, públicamente, en San Cristóbal, donde habían estado expuestos a la contemplación de los transeúntes, hasta que los zamuros empezaron a destrozarlos. Tiempo después alguien me aclaró aquella conversación. No puedo precisar si fue mi propio padre quien lo hizo. Así empecé a conocer, en la oscuridad de mi espíritu infantil, el terror de una época. Aquello me perturbó la conciencia y trastornó mi pensamiento. No acertaba a explicarme por qué habían colgado a aquellos hombres. Fue después, en las conversaciones con mi hermano, cuando tuve la noción exacta y bárbara. Era Eustoquio Gómez⁴ quien lo había ordenado, a raíz de un atentado contra su vida. Esa anécdota la conocí, ampliada después cuando en el pueblo vino a fijar residencia política Fernando Gómez, familiar lejano del entonces presidente de la República, Juan Vicente Gómez. Se refería que entre los guardaespaldas de Fernando Gómez

4 Eustoquio Gómez (1868-1935). Político y militar venezolano, primo hermano de Juan Vicente Gómez, que actuó como elemento represivo durante el régimen dictatorial de este. Fue comandante de armas del estado Táchira (1909-1914), además de gobernador entre 1914 y 1925, y gobernador del estado Lara de 1929 a 1935. Ejerció una feroz represión que causó la emigración a Colombia de más de veinte mil personas. Fue asesinado en 1935 (www.venezuelatuya.com) (N. del E.).

figuraba un policía de apellido Perdomo a quien señalaban como uno de los autores del asesinato de los tres ciudadanos que en San Cristóbal fueron públicamente exhibidos colgando de los garfios. Se comentaba que Perdomo era presa de alucinaciones y que veía cerca de él los cuerpos animados de las víctimas que le perseguían y le obligaban a lanzar desesperados gritos de cobardía. Durante la permanencia de aquel Fernando Gómez en el pueblo empezó a formarse en mí un claro sentimiento de rechazo contra ese apellido y su significación política. Tomó Gómez a su cargo la tarea de canalizar las aguas de la quebrada La Capacha, que atraviesa el pueblo. A esos trabajos eran enviados los presos comunes, a quienes se les obligaba a cumplir jornadas humillantes dentro del agua, hasta avanzadas horas de la noche. Mariano Villamizar, un joven de la época, hijo de un honorable anciano que tenía un taller de talabartería en la calle principal, pasó alguna vez cerca de Gómez y no lo saludó. Eso motivó su detención y su destino a los trabajos del canal, en la quebrada. Aquello fue motivo de odio colectivo contra Fernando Gómez. También yo aprendí a odiarlo. Una tarde fui testigo de otro hecho en la calle de nuestra casa. Allí jugábamos con metras algunos compañeros de escuela. Fernando Gómez, vestido de liquiliqui blanco y jinete de un caballo blanco, estaba en la Oficina Central de Teléfonos, en conversación con alguna persona de San Cristóbal. Ya en su caballo, el animal se mostraba nervioso, agitado, bajo las manos dominadoras de aquel hombre que posiblemente no acertaba a explicarse por qué el bruto no obedecía ciegamente su autoridad. Acertó a estar allí estacionado uno de los pocos vehículos automotores del pueblo, conducido por Pedro Poveda; este maniobraba en retroceso para dirigirse a la plaza, lo que motivó que el caballo montado por Gómez se encabritara amenazando con derribar al jinete. Yo presencié la reacción de Gómez cuando se llevó la mano en intento de utilizar su revólver contra Poveda. Todo sucedió rápidamente, en breves segundos. Gómez hundió las espuelas a su caballo y partió veloz.

También pasó por aquel pueblo un jefe civil –Pacheco o Colmenares Pacheco– que tuvo uno o dos incidentes con papá. La casa que ocupábamos entonces tenía varios baños, en total seis o siete.

Era llamada “la casa de los baños”, y allí iban numerosas personas a bañarse a cambio de pagarle a mi abuela una locha o medio que ella guardaba en un pequeño cofre instalado en la cocina, y del cual yo siempre tomaba furtivamente pequeñas partes para mis metras o dulces. El jefe civil de mi anécdota fue a bañarse al mejor baño de la casa –el llamado n.º 4–, ya que en el hotel donde estaba instalado carecía de tal servicio. Luego de bañarse, en vez de dejar en manos de mi abuela la llave del candado y pagar el servicio, se llevó consigo aquella y atravesó el corredor de la casa sin dar las gracias. Desde entonces dispuso para sí de aquel baño, arbitrariamente, sin explicaciones. Papá rumiaba su descontento en casa. Fue una nueva lección que yo aprendí contra los gobernantes de la época. Posiblemente fue ese mismo jefe civil el que se apoderó de una gran cantidad de cuchillos para usos agrícolas que tenía papá en su establecimiento. Recuerdo que varios agentes de policía fueron personalmente a cargar con aquellos cajones por orden del ciudadano jefe civil. Nuevo desagrado de papá y nueva lección para mí. Pero hubo otros sucesos que me dieron nueva impresión de la lucha bárbara que vivía el país. Una tarde oí comentar en la tertulia de papá que estaban “haciendo presos”. Había terror en el pueblo. Eustoquio Gómez acababa de ordenar una redada general, en todo el estado, contra “los enemigos del Benemérito”, según la frase de entonces. Nadie salía a la calle de noche y había una inquietud colectiva. Fueron detenidos, entre otros, según lo recuerdo: Francisco Ovalles, Antonio Maldonado, Paulino Pernía (quien fue mi compañero de partido desde 1941, en Acción Democrática, hasta su muerte). Los condujeron entre la indignación de todo el pueblo que les acompañó a la salida hacia San Cristóbal. También yo estaba allí, curioso, atrevido, con algunos muchachos más, presenciando aquella partida que no podíamos explicarnos. Supe que esa detención coincidía con una de las acostumbradas incursiones de Juan Pablo Peñaloza por la frontera.

Todos esos hechos me dieron la noción vaga de la dictadura. Aprendí ciertamente a odiar a Juan Vicente Gómez y a su gobierno, pero con un sentido infantil, de muchacho, en obediencia

a reacciones lógicamente sentimentales. Lo odiaba por habernos eliminado el derecho a bañarnos en el baño n.º 4, por haber incautado las cajas de machetes del establecimiento de papá, por haberse llevado a Mariano Villamizar a trabajar a la quebrada, por conducir a aquellos hombres a San Cristóbal. Ignoraba lo demás. Por aquellos días llegó a manos nuestras en la escuela una proclama o manifiesto suscrito por Régulo Olivares, desde Colombia. En la escuela la leíamos a voz callada. Sacamos copias manuscritas y a mí me correspondió una de ellas, la cual cargaba en mi bolsillo. Una noche llamé aparte de su tertulia a papá y le dije que deseaba me oyera leerle algo. Empecé a dar la lectura a aquello entre la admiración y el asombro de papá, que me dijo algo y no me permitió continuar leyéndola. Aquel fue mi primer contacto con una voz extraña que combatía a Gómez. Tenía entonces ocho años y empecé a sentir aquella rara pasión que desde entonces ha sido mi norma de conducta. Años después, luego de la muerte del dictador Gómez, en mi primera entrevista con el general Régulo Olivares, en visita que fui a hacerle para pedirle opinión sobre la candidatura presidencial de Rómulo Gallegos, le hice referencia a aquel episodio decisivo en mi vida. Compartí también el llamado “paso de los asilados” en 1925 –a mis nueve años de edad–, ceremonia demagógica de Juan Vicente Gómez para recibir a unos cuantos exiliados enemigos de su régimen. El ingreso fue realizado por el Puente Internacional Simón Bolívar, cuya inauguración se realizó aquel día, 24 de julio. Papá se negó a mi asistencia a San Antonio. Yo logré treparme en el camión y asistir al espectáculo. Penetré hasta las primeras filas de espectadores y desde allí observé la figura de un hombre de edad, trajeado de blanco, que leía un discurso. Cuando pregunté quién era, alguien me respondió:

—El doctor o general Pedro Nel Ospina, presidente de Colombia...

La ceremonia de “paso de los asilados” no la presencié en el hecho material. Recuerdo solo el desfile de la llamada “comisión” enviada desde Caracas por Juan Vicente Gómez para recibir a los exiliados. Años después supe que esa “comisión” la integraban los doctores Rafael González Rincones, Vicente Dávila, Isaías Garbiras, Samuel

E. Niño y Carlos F. Pirela. El desfile de los exiliados fue casi tumultuoso. Acá esperaban las madres, hijos, hermanos y familiares de los diecisiete mil exiliados que atravesaron ese día el Puente Internacional Simón Bolívar, cuya inauguración celebraba Gómez con el retorno de todos aquellos. Ya Eustoquio Gómez no era presidente del estado y en su lugar actuaba Juan Alberto Ramírez, de quien oía decir:

—Ese es un zapatero bruto que no sabe ni leer...

Fue un día de entusiasmo pueblerino aquel 24 de julio. Los personajes de la “comisión” jineteaban sus caballos, lanzaban monedas de plata entre una pandilla de muchachos, hombres y mujeres que corrían tras ellos gritando:

—¡Viva el general Gómez!...

Fue un día de júbilo, a mi entender. En las plazas o lugares públicos habían organizado terneras y distribuían la carne a numerosos grupos de hombres y mujeres que se las arrebatában rapazamente. Regresamos a Rubio luego de presenciar aquel hecho que, según comentaban los adultos, abría nuevas esperanzas en la vida política de Venezuela. Lo cierto es que a los pocos días la mayoría de todos aquellos hombres aparecían en altos puestos y cargos al lado de quienes les habían hecho presos y vejado. Sinceramente yo no entendía, no podía entender aquello. Aquel camión en que habíamos viajado a San Antonio era uno de los públicos y secretos orgullos que me envanecían.

No he olvidado la trama de los sucesos que rodearon el viaje de mi padre a Caracas, de donde regresó una tarde a bordo de un camión de carrocería verde, alto, alegre y reluciente. Cuando mi padre marchó a Caracas aún no estaba terminada la carretera Rubio-San Cristóbal y Rubio-San Antonio. Se trabajaba en el trayecto Rubio-El Recreo, en una y otra dirección. Por este último trayecto fuimos Luis Niño, papá, mi hermano y yo. Han pasado veinticinco años de aquella tarde que todavía hoy, a la distancia histórica, recuerdo. Era un 2 de noviembre, Día de Difuntos, brumoso y húmedo de lluvias arrastradas por el viento paramoño de los alrededores. Hicimos el viaje en un automóvil que nos condujo a corta distancia del sitio denominado “Guerra”, en honor al apellido del hacendado o propietario

allí residente. Descendimos del vehículo y nos dedicamos a observar los trabajos que allí cumplían treinta o más hombres, que rompían y taladraban las rocas que cerraban el paso a la rampante carretera. Entre esos hombres estaba un hermano de mi padre, el tío Darío, jornalero, siempre pobre, hombre cumplidor de rudas faenas, enrollado a trabajos materiales. Conversaban Luis Niño y papá sobre temas generales relacionados con sus negocios comerciales. Yo, que presenciaba aquellos trabajos de apertura de la carretera, no acertaba a explicarme cuál ruta debería tomar papá para proseguir su viaje a Caracas. No había allí caballos ni mulas que lo transportasen. Ignoraba cuál sería la ruta a seguir y me abstuve de preguntarlo por temor a demostrar mi ignorancia. Repentinamente mi padre nos abrazó a mi hermano y a mí, y se abrió paso por entre el denso y apretado monte que se extendía más allá de los campamentos de los trabajadores, envuelto en una de aquellas cobijas rojas y azules que son prendas inseparables de los campesinos de nuestra montaña andina. Yo vi a papá ocultarse por entre aquel monte que me llenó de terror y de misterioso pánico porque me lo imaginaba poblado de bandidos o de fieras peligrosas. Hubo un momento de vacilación en mí, de recóndito y silencioso miedo que me apretaba la garganta, de vacío ante las perspectivas que se abrían a mi padre en un viaje en la noche y a Caracas. Retomamos nuestro camino de regreso. Cuando volvíamos hacia el pueblo mi hermano lloraba pequeñas lágrimas. Yo, en cambio, tenía un sentimiento confuso, de soledad, de abandono, pero no de dolor.

Regresó papá. Yo estaba ansioso en espera de su retorno porque muchas promesas me había hecho para su regreso. Nos fuimos a su encuentro una tarde, por la misma carretera, ya en enlace con el ramal San Cristóbal-El Recreo. Llegamos a este lugar pero papá no estaba allí y hubimos de recorrer un trayecto más allá. Yo corrí hacia él cuando lo vi en la carretera, sentado sobre enormes bultos de mercancía, con un sombrero nuevo, alegre, sonreído, como lo he contemplado después una y cien veces sucesivas. Tenía ese aire satisfecho, alegre, que le he descubierto en oportunidades de gozo. Nos contó cómo había sido la travesía de difícil y agobiante, con el camión

cargado hasta los bordes, lento en el recorrido. Allí habían descargado parte de la mercancía ante la imposibilidad de cruzar los frágiles puentes provisionales que se tendían en la improvisada carretera. Regresamos al pueblo. Ese gozo aumentó al siguiente día cuando papá me entregó un deslumbrante juego de patines que era mi mayor ambición de muchacho. Los calcé a aquella misma hora y empecé mi recorrido de golpes y de calles, afanoso de aprender, urgido de recorrer todo el pueblo para envidia de mis compañeros. Sobre aquellos patines se deslizó un trayecto largo y ancho de mi vida de escolar. Con ellos crucé todas las calles de mi pueblo, en relampagueante viaje de diversión. Me hice un diestro equilibrista del patín y luego, cuando el deporte hizo furor, me consideré jefe de audacias para heroicidades pueblerinas. Reté a mis amigos a las pruebas más disparatadas y viví horas de riesgo, humillantes caídas que me dejaban el cuerpo lastimado y estropeado el orgullo.

Mi hermano había llegado a su sexto grado y culminaba sus exámenes. No prosiguió sus ambiciones estudiantiles y allí frenó su recorrido por las aulas. Fue a ocupar un puesto detrás de los mostradores de la Casa Alemana, a instancias de papá, que le quería someter al aprendizaje comercial. Yo seguía a mis anchas en mi escuela hasta un día en que, ya ausente de la dirección de la escuela el viejo maestro Marcos Eugenio, su sucesor informó a papá que era necesario mi traslado al colegio del pueblo. El informe era de negras perspectivas: había perdido dos años en la escuela, estacionado en quinto grado, sin yo saberlo, sin que mediara explicación, sin exámenes. Aquello decidió mi traslado. Y así fue como una mañana penetré en el recinto del Colegio María Inmaculada, regentado por sacerdotes dominicos, bajo cuya dirección cursé mis grados quinto y sexto.

Fue una nueva incursión mi traslado a ese colegio. Fui a enrollarme con una densa y crecida muchachada que constituía el núcleo mayoritario del pueblo. Mis diversiones cambiaron y mis actividades sufrieron una violenta transformación. El fútbol me acogió apasionadamente. Hice del béisbol mi otra diversión. Esperábamos

ansiosos la hora final de la clase vespertina para escaparnos hacia la plaza a tomar posiciones de primera línea para organizar la competencia diaria. Jugaba fútbol hasta agobiarme de cansancio todos los músculos. Caía rendido en aquella grama inolvidable de la plaza y luego regresaba jadeante, sudoroso, al establecimiento de papá. Este no intervenía ni objetaba mis diversiones. Una tarde me sorprendió obsequiándome un balón, encargado especialmente a Caracas para mí. Era el único balón particular de la muchachada del colegio. Eso me dio autoridad especial y categoría de primer orden para constituirme en cabecilla del juego. Yo organizaba mi equipo, escogía y seleccionaba a mis compañeros y adversarios, dirigía, rabiaba, pateaba, insultaba y gritaba. Si alguno protestaba contra mis groseras demostraciones de humor respondía tomando el balón en mis manos a la voz de:

—Jueguen ustedes solos...

Y entonces era el juego cordial por que volviera al terreno. Yo lo hacía así y me regocijaba internamente al comprobar que era centro necesario para la diaria competencia de fútbol. Aquella diversión duró mis dos años de colegio. Lo mismo el béisbol, por el cual sentía menor atracción, a raíz de un soberbio golpe de pelota que vi propinar a un compañero que jugaba de receptor.

En el colegio cumplíamos actividades culturales. Allá funcionaba un centro organizado por la dirección, bajo la directiva escogida por los estudiantes. Celebrábamos semanalmente los llamados "actos culturales", especie de pequeñas asambleas literarias, regidas por un programa que comprendía la actuación de los estudiantes. Las recitaciones y los llamados "discursos" constituían los números principales, los de mayor vigencia entre los participantes. En una de las renovaciones de directiva fui designado para la secretaría de aquel centro, encargado de redactar las actas de todas las reuniones. Fue el primer cargo de índole organizativa que desempeñé. Mis primeros momentos fueron de incómoda preocupación, pues para entonces yo era presa de un complejo de absoluta timidez que me incapacitaba para toda labor de esa índole. Pero mi timidez fue aplastada por el propio impulso de mis compañeros.

Una vez fui designado para elaborar un “discurso”. Allí privaba la costumbre, entre los designados para esa actividad, de aprender de memoria páginas literarias o artículos de revista sobre los más diversos temas, siempre bajo la asesoría de alguno de los sacerdotes profesores. Yo abandoné aquel método y me di a la tarea de elaborar mi propio discurso, mediante un complicado esfuerzo imaginativo que entonces realicé sin orden ni método. Fue un trabajo sobre “la voluntad”. Leí diversos autores, hice apuntes de uno y otro texto, comparé, tomé citas, agregué mi propio lenguaje y de ese modo logré finalmente elaborar aquella enrevesada página de adjetivos sonoros y atractivos. La leí a papá, con alto orgullo. Y el día del acto me presenté ante el público estudiantil leyendo mi extraña producción. El director del colegio, el padre Sierra, observó al final del acto que aquella página, al parecer, era de mi propia iniciativa, por lo cual no vaciló en felicitarme. Aquel triunfo me animó. De allí en adelante me abrí paso, febril y desordenadamente, entre libros y autores que caían bajo mis ojos. Apareció una hoja periodística del colegio –*Celajes*–, de publicación dominical. Una vez se me pidió hiciese un trabajo de divulgación sobre un tema de estudio. Escogí un tema árido, tedioso, el de la caña de azúcar. Regocijado me senté el domingo siguiente a leer aquella extraña página a varios campesinos que charlaban en uno de los escaños de la plaza, frente a la iglesia. Por primera vez aparecía mi nombre al pie de un trabajo periodístico y aquello constituyó mi primera oportunidad con los ajetreos de la prensa. Días después escribía un ensayo biográfico sobre Sucre, cuya publicación fue motivo de incomodidad personal para mí. Lo entregué al sacerdote encargado de seleccionar el material para el periódico, quien por su propia iniciativa hizo algunas correcciones. Entre esas correcciones objetó el párrafo referente al asesinato de Antonio José de Sucre, a quien señalaba yo como víctima de unos bandidos de nacionalidad colombiana. El sacerdote, de nacionalidad colombiana, tachó aquellos párrafos y los sustituyó por otros en los cuales se aseveraba que sus asesinos fueron “compatriotas suyos”. Cuando leí el artículo en el periódico reaccioné contrariado; y, días después, de pie una tarde en la puerta

del establecimiento de papá, pasó frente a mí uno de los redactores del único semanario de mi pueblo, *El Andino*, diciéndome en tono reticente:

—¿Entonces fueron venezolanos los que asesinaron a Sucre?

Sentí la incomodidad rebotando en mi mente. Hablé con papá, le pedí explicaciones, consejo. Poca importancia dio él a aquello y quiso tranquilizarme en beneficio de mi propia serenidad.

Los dos años de permanencia en el colegio de los sacerdotes dominicos influyeron en mi voracidad de lector. Me absorbieron los libros que pasaban por mis manos con urgencia casi febril. Entre los trece y catorce años leí con desorden, es cierto, pero con tal ansiedad que consumía horas inagotables del día o la noche. Me familiaricé con la máquina de escribir y aprendí a utilizarla para mis ensayos de distinta categoría, que luego destrozaba. En el colegio nada impedía ni molestaba esa afición personal. Allí solo se exigía ese comportamiento que nuestros padres y profesores llamaban “buena conducta”, “aplicación”, “seriedad”. Las obligaciones religiosas formaban parte imprescindible de esa vida. Rezábamos diariamente dos rosarios en la pequeña capilla del colegio. El sacerdote acompañante —un padre Mejía, colombiano, a quien llamábamos “Perdomo” por su parecido despotizante con un asesino de presa que guardaba la espalda de Fernando Gómez y al que se sindicaba como coautor de la bárbara fechoría del ahorcamiento de ciudadanos en San Cristóbal— nos señalaba con su voz perseguidora:

—Ramírez, Alfonso: a rezar el rosario...

El señalado tomaba a su cargo la misión de rezarlo, entre las risas, juegos, mensajes mímicos y demostraciones de impaciencia de cien estudiantes arrodillados. Quien llevaba la voz tenía un momento de vacilación cuando llegaba al final, en aquel momento de transición en que hay que iniciar las letanías. Por lo general empezábamos a pasarnos de mano en mano un texto de oraciones, hasta llevarlo a poder del oferente del rosario, a objeto de que leyese las letanías. Pero el ojo zahorí y vigilante del padre Mejía descubría el truco y alzaba su voz:

—Rece las letanías, Guerrero, Adaulfo...

Y este, orgulloso, con una voz diminuta y clara iba pronunciando las frases latinas en el murmullo de las cien voces que contestaban, entre jugadoras y serias:

— ¡Ora pro nobis!

También ensayábamos para el fin de año, cuya clausura se hacía en acto público, con asistencia de buena parte del pueblo, en su mayoría padres, madres y demás familiares de los estudiantes. Dos o tres meses antes de ese fin de año empezaban los preparativos. El sacerdote director de escena escogía la obra cuyo montaje y representación constituiría de allí en adelante el centro de diversas inquietudes y preocupaciones. Distribuían los papeles y caracterizaciones entre un grupo seleccionado de alumnos. Una tarde, al final de clase, empezaban los ensayos, entre la risa general de los improvisados actores que utilizábamos aquella hora de regocijo para llevar al máximum todas nuestras travesuras de oportunidad. Cuando la obra escogida era uno de esos dramas tediosos, agobiantes, el sacerdote director de escena nos echaba a algunos del salón de ensayo o sustituía los personajes luego de sentenciar:

— Usted no puede representar ese papel, le falta caracterización —el aludido abandonaba los ensayos y se despedía de sus compañeros de escena, cabizbajo, dominando las caudalosas risas que se le agitaban bajo la boca apretada.

Actué en uno de esos programas de fin de año en rol de cocinero en una comedia quizá intitulada *El pavo robado*. Dicen que fue un éxito aquella comedia y que mereció justamente los sinceros aplausos que le prodigó un público sencillo, simple, pueblerino, que saludaba con entusiasmo la aparición de sus chicos en las tablas. En esos mismos festivales de clausura de año había la distribución de premios, distinciones, medallas, méritos, etc. El procedimiento era rigurosamente en esta forma: escogían al alumno más “aplicado” de cada curso y a ese le entregaban el premio especial consistente en libros, útiles de escribir, plumas fuente o cualquier otro obsequio. También hacían entrega de los premios que mandaban los padres o familiares, siempre de acuerdo con una lista que iba siendo leída en escena, hasta donde subía el homenajeadado a recibir sus premios.

A mí me correspondieron en quinto y sexto grado los primeros premios de la clase. Los recogí con orgullo, especialmente el del sexto grado, porque mentalmente me hacía estas consideraciones: Si me ha correspondido el premio de sexto grado, significa que soy el mejor estudiante del colegio; y si soy el mejor estudiante del colegio, merezco esto y mucho más”.

Los profesores eran allí severos, astutos, observadores. Siempre ha sido método invariable de los educadores religiosos tomar a su cuidado la dirección general de los alumnos y por ello se consideran obligados a vigilarlos y asediarlos en sus más pequeños detalles y movimientos. Eso explica por qué pesaba sobre cada uno de nosotros una vigilancia severa y estrecha que nos acorralaba en nuestros actos, dentro y fuera del colegio. La hora de preparación de las clases las hacíamos en un salón común, donde estaban alineados todos nuestros pupitres. Presidía el salón una alta tarima sobre la cual se instalaba el profesor encargado de la vigilancia colectiva, por lo general uno de los llamados hermanos. Los ojillos del vigilante recorrían las cien cabezas allí reunidas y actuaban como antenas penetrantes sobre todos nosotros. El más pequeño movimiento irregular, sospechoso de extrañas combinaciones, determinaba el inmediato descenso del vigilante que abandonaba la tarima y venía sobre nosotros a asediarnos de cerca. Otro tanto sucedía en las horas de los recesos. El vigilante se confundía con nosotros, implacable, en guardia. No abandonaba sus presas y nos perseguía con sus ojos, afanoso de sorprendernos en algún acto de indisciplina o violencia. A la salida de las clases sucedía otro tanto, pues alguno de los sacerdotes o vigilantes venía tras de nosotros, en informal compañía, hasta una cuadra abajo del edificio del colegio. Era una manera especial de vigilarnos, motivada por el hecho de que el final de nuestras clases coincidía con la salida de las muchachas que asistían a la escuela de “la señorita Olimpia” que quedaba frente al colegio. En la asistencia dominical a la misa ocurría algo similar. Allí nuestra conducta debía ser de estricta prudencia y corrección porque la más pequeña irregularidad era castigada. Variaban las sanciones: desde la palmeta hasta las reprimendas públicas, en presencia del alumnado. No había otros

castigos. Pero variaban de acuerdo con la actitud espiritual del sacerdote que debía aplicarlas. Por mi parte fui víctima de un solo castigo durante esos dos años de colegio: un palmetazo sorpresivo en clase de instrucción cívica. Me lo propinó precisamente el sacerdote a quien cultivé mayor afecto, el padre Sierra. Todavía hoy califico de injusto ese castigo, pues mi falta consistió en hablar con mi compañero.

Pero más allá del colegio yo adelantaba en mis propias ambiciones y sueños. Mis lecturas crecían día y noche. Ambicionaba continuar mis estudios de bachillerato en San Cristóbal, la capital de nuestro estado, en aquel liceo Simón Bolívar que aparecía entre nosotros como un dechado de severidad y distinción cultural bajo el dedo mentor de Carlos Rangel Lamus, su director, que tenía para el estudiantado del instituto una especie de encendida aureola que le iluminaba las sienes. Venían a pasar vacaciones a nuestro pueblo los estudiantes que cursaban en el liceo. Todos ellos nos hablaban con aire superior de sus clases, su vida, sus actividades y su liceo de la capital. Nosotros los envidiamos rabiosamente, en secreto, seguros de que se movían en una vida superior a la nuestra, por sobre nuestras cabezas de oscuros colegiales pueblerinos. Yo, particularmente, soñaba con ese liceo de agitada vida cultural, de conferencias científicas, discusiones y polémicas entre sabios profesores. Mentalmente dejaba que mi fantasía construyera la imagen de ese mundo superior del liceo. Leía una revista – *Nautilus*– casi con veneración y asombro y me hundía en el examen de lo que allí escribían los estudiantes. Indudablemente que para mí era motivo de emoción, temor, timidez pensar en la posibilidad de mi ingreso al liceo a cursar bachillerato. En mis conversaciones con papá él me hablaba siempre de ese proyecto, pero en forma vaga, imprecisa, como si no quisiera darle aliento a mis propias ambiciones.

Llegaron los exámenes de mi sexto grado. Fueron mis notas las mejores del curso, las más altas del pequeño grupo de seis o siete alumnos que fuimos examinados. Mi entrada a casa fue triunfal. Esa tarde papá me llamó a hablarme seriamente sobre la necesidad de que pensase y meditase sobre la conveniencia de ir a San

Cristóbal. Después que conversé con papá me fui a la calle a jugar con mis compañeros, dominado por la influencia de aquel peso que me agobiaba de alegría. A los pocos días papá me habló de un viaje hacia Mérida, donde estaba mamá. Era el premio al resultado de mis exámenes, uno a dos meses en compañía de mamá, allá en aquella ciudad que yo me imaginaba con sus calles salpicadas de nieve, frente a una sierra blanca, congelada, de permanentes y brillantes aristas. Pero antes de ese viaje mío hubo un incidente que me modificó el pequeño mundo en que vivía. Mi hermano, quien era objeto de una desorientación personal notoria en cuanto al rumbo de su vida, tenía variados y distintos proyectos sobre deseos futuros de estudio. Consultaba revistas, magazines, libros, etc., siempre con el deseo de encontrar allí una luz clara que le abriera su ambicionado camino. En una de esas revistas leyó algo sobre una escuela de estudios especiales, en Los Ángeles, California. De allí en adelante no cesó de escribir a la dirección de ese instituto semanalmente. Yo leía también las cartas que llegaban de Los Ángeles, con prospectos, condiciones, bases, métodos, plan de estudio y duración de cursos. Lentamente papá fue siendo ganado por ese proyecto. Y una mañana, a las cuatro de la madrugada, nos levantamos para despedir a mi hermano que tomaba junto con papá su vehículo con destino a Caracas. Yo no pude contenerme. Dramaticé la despedida y en el abrazo de las lágrimas pedía a mi hermano que me enviase de Estados Unidos un par de zapatos con plantas de balatá. Era una de mis grandes ambiciones. Y fue así como súbitamente me vi privado de mi hermano, en uno de los momentos que iba a ser decisivo para mi rumbo estudiantil.

Estuve al lado de mamá cuarenta o más días. Mérida era en mi imaginación de muchacho de catorce años la ciudad formadora de aguerridos hombres de talento, asiento de la universidad que destellaba luminosas revelaciones intelectuales. Secretamente adoraba lo imponderable de ese mundo maravilloso del talento y la disciplina intelectual, en cuyo seno alternaban los pensadores de relieve y los poetas de trayectoria deslumbrante. Mis días de residencia en Mérida me hicieron crecer la secreta admiración hacia todo cuanto fuese revelación del pensamiento. Desde la puerta de casa veía

la torre señera de la universidad con respeto y callada unción de neófito. Veía desfilar por frente a casa a varios estudiantes universitarios que llevaban bajo sus brazos pesados volúmenes, textos de enseñanza. Les envidiaba rabiosamente su alta situación en la escala del estudio y los imaginaba sabios y eruditos conocedores del secreto mundo de la ciencia. No tuve contactos ni amistades durante aquella permanencia en la ciudad. La timidez me lo impedía y salía poco, muy poco, de la casa donde mamá estaba instalada con su pequeño hotel. Pero fueron días que contribuyeron a aumentar mi entusiasmo hacia las disciplinas mentales y las actividades del estudio universitario y académico. Mamá era mi compañera de tertulia y hablábamos de diversos temas, en los cuales yo le distraía pintorescamente con una conversación desbocada, atropellada, que variaba de materias y hechos con asombrosa rapidez. Le hablaba de mi ingreso al liceo de San Cristóbal, de mis ambiciones y proyectos, mis sueños futuros, mis ideales, todo aquello en una complicada exposición que revelaba la confusa encrucijada mental que hervía en el apasionado volcán de mis pensamientos. De los brazos de mi madre me fui una mañana clara y brillante, acompañado por su beso de despedida y su bendición, que encomendaba mi destino.

En casa todo era preparativos para mi viaje a San Cristóbal. Papá había adquirido cuantas cosas exigía aquel prospecto que yo leía y releía con curiosidad siempre insatisfecha. Cama, lavado, ropa, libros, cuadernos, lápices, pupitre, etc., todo se amontonaba en mi cuarto, en profusión de alegre desorden que contagiaba de impaciencia mis anhelos de superación. Fueron días de expectativa y zozobra para mí que contaba sobre un calendario de estampas los días que aún faltaban para que llegase ese 15 de septiembre señalado y esperado. Los amigos del pueblo, estudiantes en el liceo, me iniciaban en la vida del instituto, bien narrándome las alternativas del internado o describiéndome el régimen de enseñanza y lo que ellos consideraban las deslumbrantes virtudes de su director, el doctor Carlos Rangel Lamus, de cuya severidad yo tenía recuerdos atormentadores por aquellas visitas de inspección que hacía a las escuelas, en su calidad de anterior inspector, cuando preguntaba a los alumnos descuidados:

—¿De qué color es el caballo blanco de Bolívar?

En torno a esa figura giraban las conversaciones de las tertulias que hacíamos en nuestra plaza para oír de boca de mis amigos la descripción del liceo. Ya había sido arrancado el viejo e histórico samán del pueblo y se construía aquel parque que hoy es remanso acogedor. Y era allí, entre la obra en marcha, donde nos instalábamos, yo embebido, mis amigos elocuentes, para pensar en aquel liceo que surgía en mis sueños como el ideal supremo que me esperaba para las grandes batallas de la disciplina mental y del pensamiento.

Fue una mañana cuando partimos. Era aquel largo recorrido por la carretera El Recreo-Capacho-Táriba. Viajábamos en grupo y con nosotros mi padre que iba a conducirme a hacer mi entrega formal ante el director. Recorrí el largo trayecto de carretera sacudido de extrañas emociones, entre el temor y la esperanza, entre la incertidumbre y la expectativa ansiosa. Cuando atravesábamos San Cristóbal yo sentía la sangre sacudir en el vaivén tremendo de la impaciencia, nervioso y movido de temores, con el espíritu abierto y alerta ante el mundo nuevo que iba a acogerme en sus brazos.

Llegamos al liceo. Era aquella puerta sombreada, distante de las oficinas de la Dirección, próxima a una de las torres del servicio radiotelegráfico. Cuando pisé la tierra húmeda del ancho patio del liceo temblaba de emoción y de temor. Entraba yo a la conquista de mis mejores ambiciones. Iba valeroso pero con el corazón convertido en puño que destrozaba mi pecho sobresaltado..

Mi ingreso al liceo constituía para mí la última, la más intensas de las emociones. Venía de cultivarla en el sueño oscurecido de una imaginación de muchacho escolar pueblerino, acicateado por el orgulloso afán de trepar aun a riesgo de destrozarme los brazos ambiciosos. El liceo Simón Bolívar aparecía ante mi visión como el centro de gravedad del mundo recién descubierto. A su alrededor giraba la cultura del Táchira y constituía el punto de apoyo de una generación que entraba tumultuosa en la historia, abriéndose paso en el empuje de sus pechos gallardos, frescas todavía sus sienes de las huellas cálidas de los sueños. Había edificado en mi fantasía un ordenamiento mental de los grandes estadios de la cultura nacional

y dentro de ellos tenía preeminencia luminosa aquel liceo que ante mí aparecía como centro de destellos poderosos, principio y fin de las humanas ambiciones.

Así construí en mi imaginación un sitio de altura ideal para aquel centro de enseñanza que según mi propio pensamiento era un nuevo mundo para los sueños de una generación desorientada.

Pero no eran solo las imaginaciones escolares las que consagraban la autoridad infalible del liceo y de Carlos Rangel Lamus. Ahora, a la distancia histórica, sobre la perspectiva de los años consumados, el claro concepto me llega como una revelación de esa edad ya lejana. La vida cultural del Táchira era de una pobreza monótona y precaria. La dictadura gomecista asfixiaba todo esfuerzo del pensamiento renovador y progresista que pretendiera destruir el orden tradicional que regía el mundo de la intelectualidad. La cultura no era un afán superador para trajinar rumbos de conquista en el avance de los pueblos. Venezuela vivía estacionada, frenada, indiferente al hondo sacudimiento histórico que conmovía los cimientos de la civilización americana. Las grandes corrientes del pensamiento atravesaban subterráneamente nuestra porción geográfica, contenidas por una disciplina policial que no permitía su penetración en los linderos del pueblo esclavizado. El pensamiento sociológico de la época pugnaba en los territorios vecinos al nuestro, deseoso de desbordarse sobre una comunidad ávida de orientaciones; la renovación filosófica de las corrientes históricas contemporáneas llegaba hasta las fronteras del país; la república ignoraba la dinámica de las nuevas sociedades y estaba al margen de las recientes conquistas de la cultura en el ámbito político, literario, especulativo y sociológico. Dentro de aquel mundo así limitado e incomunicado vivía el Táchira, un pueblo en cuyo territorio habían nacido los hombres que constituían la brigada instalada en el poder. Aún repercutían allá los claros acordes de las cornetas pioneras que abrieron paso a la montoneras por el monte cerrado, en el rumbo de ambición que buscaba el poder. Aquel pueblo, con su formación mental aldeana, simplista y sencillo, de vida casi bucólica, instalado a la orilla de las faenas rurales, no podía presentir el significado de las poderosas

corrientes del pensamiento americano. Y era allí, en ese pequeño escenario de limitaciones humanas y sociales, donde actuaba el liceo Simón Bolívar para educar a hijos de campesinos y de propietarios rurales, de pequeños comerciantes, de hombres de fortuna política, de ambiciosos que habían hecho su nombre y su posición agazapándose detrás de la oportunidad. Carlos Rangel Lamus, un hombre de habilidad mental, superior a aquella mediocridad humana del lugar, lógicamente tenía que destellar en ese enrarecido ambiente. Así se explica que en el Táchira los periódicos, los círculos de tertulia pueblerina, los pequeños grupos de pretensión literaria hablaran de él como de un mesías. Eran periódicos que respondían a la época, nutridos con versos llorosos y lánguidos, cubiertas sus páginas con narraciones sentimentales, desprovistos de un solo detalle afirmativo. Las tertulias literarias agrupaban a mozos desorientados que leían a Vargas Vila, Isaacs, Dumas, Montépin, etc. Aquella prensa y estos grupos encontraban a Carlos Rangel Lamus como personero de extrañas disciplinas mentales, forjado en la constancia estudiosa de la observación, hundido en la controversia principista de las teorías filosóficas y de las doctrinas sociales. A este le rodeaba una aureola de sabiduría imponderable, suerte de nimbo glorioso que le ceñía las sienes heroicas de pensador.

Todo esto explica cuál era la emoción que embargaba a todo nuevo muchacho que entraba por aquella puerta y recorría ensimismado el breve trayecto que de ella se extendía hasta la Dirección donde tenía instalado su despacho el director Carlos Rangel Lamus. Yo no pude escapar a la emoción que me inhibió y paralizó mi personalidad. Cuando tendí la mano para saludar al director sentí un extraño sacudimiento que entorpecía mis palabras y me sobrecogía. No acerté a decir nada, callado, silencioso, embebido en las frases que pronunciaba Carlos Rangel Lamus en su rápida charla con papá. Hablaron de vaguedades, de esas cosas formalistas y ordinarias de las que se habla en un momento como aquel. Pero para mí cada una de las palabras del director era una página del pensamiento perfecto que me hacía vibrar movido de gozo inefable.

Me instalé en aquel instituto en calidad de interno porque solo así podía disfrutar mejor de la influencia orientadora del director y hallarme cobijado por su protección sabia. No acertaba a desenvolverme con facilidad. En mí estaba instalado ese complejo dominante del poder supremo que es la admiración. Fui al dormitorio a depositar mis útiles de cama, mis vestidos, mi pequeño y pobre equipaje. Bajo la custodia de uno de mis amigos de Rubio recorrí atónito y asombrado el pequeño claustro de estudio donde estaban instaladas las tarimas del profesorado. En las paredes observé textos con pensamientos de Confucio, Séneca, Sócrates. Sobre mí pesaba la influencia de los siglos, la dulce opresión de las grandes edades históricas. Aquellos pensamientos de los sabios de Grecia y China me trasportaron a ese mundo inefable del pensamiento filosófico, de la edad de oro de la cultura clásica. Yo me sentía rodeado de un mundo extraño que venía en mi búsqueda para familiarizarme con las especulaciones sobre los más tremendos secretos del universo y de la vida. No cabía, no podía caber de gozo dentro de mí mismo. Todo aquello era superior a mi propia fantasía. Y fue la misma influencia la que sentí en mí cuando bajo la sombra fresca de los grandes árboles del patio abierto oí las pláticas que hacían mis compañeros de internado, en las cuales alternaban la sabiduría del director, el abismo intelectual de su pensamiento y la capacidad infinita de su sapiencia.

Durante aquellos primeros días no había actividad docente. Las clases solo empezaban hasta el 10 de octubre, y a mí se me había llevado con quince días de anticipación para que empezara a familiarizarme con el ambiente y adquiriera estabilidad previa en el instituto. La cátedra de Botánica en ese primer año de bachillerato estaba regentada por don Carlos Rangel. Se nos dijo que no había texto oficial para la enseñanza. La explicación que nos dieron contribuyó a aumentar en mí la secreta admiración. El profesor de la asignatura consideraba que los textos hasta entonces publicados para la enseñanza de la botánica adolecían de errores fundamentales, falsas interpretaciones, grandes vicios. Por lo tanto, no podían aceptarse para la formación científica del estudiantado liceísta sin

correr el riesgo de solidarizarse con sus desviaciones. Para obviar esa grave falla habían sido recopiladas allí mismo las lecciones que dictaba el catedrático, a salvo de errores, desviaciones, deficiencias. Con esas lecciones se había elaborado un voluminoso cuaderno que sintetizaba los más perfectos conocimientos en tan difícil disciplina mental. De inmediato nos dedicamos a elaborar nuestros cuadernos y a copiar lección por lección a objeto de disponer de ese material de estudio. Abraham Ramírez González, Felipe Iriarte, Víctor Laviosa, algunos más y yo nos entregamos a la intensa labor de la diaria escritura. Llegaban estudiantes de los pueblos –de Colón, Lobatera, San Antonio, La Grita, etc.– para iniciar su bachillerato y de inmediato se enrolaban junto a nosotros en la labor de organizar aquel cuaderno. Para entonces algunos estudiantes del último año presentaron su examen para optar al título de bachiller. Yo presencié aquellos exámenes y vi las pruebas de algunos de ellos –Toto y Héctor Cárdenas– con curiosidad que era viva demostración de asombro. Recuerdo que uno y otro de los examinados se paseaban nerviosos, inquietos, activos. Yo los observaba en mi silencio tímido, a modo de poderosos gigantes triunfadores que habían realizado proezas heroicas. Los nombres de aquellos que se graduaban aparecían junto a mí como símbolos de la más inmarcesible gloria estudiantil. Se citaban allí los de Rafael Pinzón, Abel Santos y otros más. El del primero era sinónimo de talento ejemplar, de gloria estudiantil, de victoria intelectual. Su nombre destellaba intensa vibración y era motivo de secreta y rendida veneración.

Al lado de esas primeras impresiones que recogí preso en mi timidez de muchacho que hasta entonces solo había conocido el limitado escenario de un colegio de pueblo, empecé a adaptarme a la disciplina del instituto. A las cuatro y media de la mañana nos despertaba la campana llamándonos a iniciar la diaria faena. Todos los internos nos apresurábamos a desfilar hacia el único baño donde debíamos tomar una ducha general de agua fría, bajo la inspección de un vigilante que montaba rigurosa guardia. Nadie podía escaparse a aquel baño de agua fría, castigador, torturante. Pretendíamos alegrar la odiosa obligación con el chiste y el grito, la alusión festiva

y el entusiasmo colectivo. Rápidamente debíamos salir del baño, vestirnos y arreglar nuestras camas en forma impecable. En la puerta se nos daba una taza de café. A las cinco y media eran cerradas las puertas del dormitorio, con candado, sin ninguna clase de contemplación. Muchas veces corríamos en ropas interiores, semidesnudos, para vestirnos fuera del dormitorio. Quien quedara dentro del dormitorio no podría salir de allí en todo el día y era obligado a tomar un vaso de aceite de tártago como purgante. Era una manera peculiar de castigar la pequeña falta o ligereza. A las cinco y media la campana nos llamaba a estudiar, hasta las siete, hora en que pasábamos al comedor donde tomábamos un desayuno pobre y escaso. Las clases empezaban a las ocho, hora en que nos apostábamos a esperar la llegada de los profesores que daban comienzo a la labor diaria.

* * *

En mi primer año tuve varias materias, a cargo de distintos profesores. Carlos Rangel Lamus dictaba Botánica; Ramón Velásquez, Gramática castellana, Aritmética y Latín; Humberto Segnini, Historia y Geografía universales; Amalia Martín, Francés y Dibujo. La clase de Botánica se realizaba en medio de un silencio expectante. La voz de Carlos Rangel se alzaba sobre las cabezas atónitas de los estudiantes que callábamos ensimismados ante su secreta sapiencia. Utilizaba un método declamatorio, afectando la voz y con gesto teatral. Esa era una de sus grandes virtudes, inherentes a él mismo, en cuya práctica ponía rigurosa atención. Formaba parte de sí mismo tal procedimiento. Era una manera de darle mayores contornos a su personalidad frente al estudiantado. De repente lanzaba aquellas preguntas enigmáticas mientras sus ojos brillantes despedían un fulgor que hería a la víctima. Los demás nos quedábamos quietos, inmóviles, turbados. La pregunta pasaba al siguiente alumno, al más próximo o saltaba a uno de aquellos que él consideraba ignorante. Era el momento en que no podía contenerse y se desbordaba en el discurso impetuoso y arrollador:

—¡Je!, ¡je!, ¡je! ¡Qué porvenir puede esperarles a ustedes! Entender la vida del árbol es elevarse, buscar a Dios, ponerle alas al espíritu para que ascienda al infinito. Veán ustedes que en la naturaleza todo aspira a elevarse. Las alas son el tributo supremo para escalar la altura. El hombre es solo un peldaño en la escala biológica y en ella ocupa el lugar descollante porque es ser de pensamiento y de conciencia. ¡Ustedes no quieren entenderlo! ¡No pueden entenderlo! La botánica no es una ciencia de asperezas humanas sino el lenguaje maravilloso de la vida vegetal que es solo un tránsito de la inquietud del universo. Los griegos y los romanos admiraban el árbol como el lenguaje esencial de la cultura y sobre él aprendieron a crecerse y a extenderse en la historia. Solo ustedes no quieren aceptar el porvenir de la botánica. Estudien, aprendan, hagan de la contracción al estudio una virtud y entonces perderán el atributo de la ignorancia que es signo de los animales...

Y tras sus últimas palabras se iba y abandonaba el salón de clase. Todos quedábamos subyugados, casi hipnotizados bajo la mágica influencia de esas palabras que nos castigaban pero que a la vez nos revelaban la dimensión del concepto que bullía en la mente fatigada de aquel hombre. Todo el día era motivo de tertulia entre nosotros, en torno a esas palabras, inquietas, preocupadas. Así, cada vez que nos ultrajaba de voz, aprendíamos a venerarlo más, admirarlo, respetarlo.

Aquellos discursos de Carlos Rangel dejaban sobre mí una huella agobiante. El liceo era su reflejo. Aquel método que pesaba sobre nosotros era resultado de su propia concepción. Al salir de las clases, a las once, la campana nos convocaba al estudio, hasta las doce y media, hora de almuerzo. Y a las dos de la tarde, nuevamente, la reanudación de clases, hasta las tres y media cuando desfilábamos al comedor a apurar una taza de café y a consumir un pedazo de pan. Entre las cuatro y cinco y media había un nuevo lapso de estudio. Al final de esa jornada íbamos al patio, a nuestros juegos o a nuestras charlas, hasta las seis y media, hora de la comida. A las ocho volvíamos al estudio, hasta las ocho y media cuando nos conducían al dormitorio, a la reclusión silenciosa, callada. Poco a poco fui ambientándome. Me moví con familiaridad dentro del aquel ámbito liceísta y aprendí a

cultivar las amistades, dentro y fuera de mi curso. El brillo inicial del instituto fue perdiéndose a medida que penetraba en sus actividades. Ahora no me parecía que el liceo fuese aquel centro de luz intelectual que me había forjado en la fantasía. No veía las manifestaciones de esa inquietud que me había atraído poderosamente. Me refugié en las amistades que fui ganándome dentro del alumnado. La población estudiantil era una mezcla confusa y heterogénea de mentalidades e inclinaciones, espontáneas las unas, contenidas las otras. Hijos de hacendados ricos que habían sido enviados al liceo por el orgullo de nuevorriquismo de sus padres que aspiraban a borrar en el descendiente su pasado de ignorancia; muchachos extraviados en su inquietud juvenil, inadaptados para toda actividad intelectual, pero remitidos por el padre que aspiraba a formarlo hombre y gran ciudadano; hijos del pueblo, afanosos de aprendizaje, dispuestos a abrirse camino en su marcha cerrada hacia el porvenir; jóvenes soñadores, idealistas, movidos por el entusiasmo puro de los quince años, sin sombras de oscuridad en su espíritu. Aquella era la gama salpicada de matices que cubría el ámbito humano del liceo. Entre mis compañeros de primer año de bachillerato aprendí a distinguir mis amistades, a escogerlas con intuición adivinadora. Busqué la compañía de los libros para refugiarme en ellos pero a los pocos meses descubrí otra tremenda realidad que acabó por golpearme rudamente. Allí no se podía leer sino bajo la dirección intelectual de quienes ejercían la supremacía. Estaba terminantemente prohibido poseer libros que no fuesen textos de enseñanza y toda lectura extraña era motivo de vigilancia. Entonces me di a observar, a cavilar y a aprender.

Pero la vida del estudiante transcurre clara y diáfana entre la corriente del buen humor y la alegría cotidiana. Acababa de cumplir catorce años y no tenía, no podía tener, ante los acontecimientos serios de la vida, reacciones de seria reflexión. Empezaron a moverse dentro de mí las secretas atracciones afectivas y armoniosas de la poesía. Fue entonces mi entrega a la lectura escondida de libros de poemas que llevábamos ocultos al instituto, a través del grupo de estudiantes externos, burlando de diversas maneras la vigilancia del director. Entre mis compañeros de primer año se hallaba Ciro

Urdaneta Bravo, zuliano, de temperamento poético, diestro en la armoniosa expresión del poema. A su lado empecé a penetrar en el vigoroso y musical mundo de la poesía venezolana. Conocí rápidamente el panorama literario y poético de la época y me familiaricé en la lectura e interpretación de los principales nombres que entonces regían en el ambiente literario nacional. Las corrientes del modernismo aún tenían vigencia absoluta, y el estilo cubista y vanguardista se enseñoreaba en la versificación y en la prosa. Lentamente fui convirtiéndome en un lector apasionado, deseoso de emparejarse de las grandes obras del pensamiento nacional. Con honda fruición me di a leer a *Doña Bárbara*, bajo cuya vigorosa y compleja trama humana mi espíritu se sobresaltaba al asomarse a un extraño mundo de pasiones, luchas y esperanzas. Aprendí a venerar el nombre de Rómulo Gallegos, que adquiría en mi fantasía de catorce años toda la plenitud gallarda de un gran símbolo, atractivo, casi alucinante. Andrés Eloy Blanco me dio plácidas horas de paz espiritual, de recóndita admiración, en la majestuosa expresión de sus versos perfectos y luminosos. Cito aquellos dos nombres porque fue en *Doña Bárbara* y en el *Canto a España* donde yo descubrí a Venezuela en la victoriosa gallardía de las letras, dominadora y poseída de admirable energía en la primera, y sonora y musical en el segundo.

Paralelamente a mis lecturas transcurría la vida ordinaria del liceo. Eran las tertulias con los compañeros de estudio donde los temas diversos daban colorido variado y pintoresco a la vida de las confidencias. Se hablaba de toda clase de aventuras; se citaban los nombres de las muchachas pueblerinas, de las novias; se narraban anécdotas sobre sucesos políticos regionales; se comentaban los rumores que a veces llegaban hasta allí desde la lejana Caracas, la misteriosa e inaccesible capital. Hacíamos deporte, también. Entre el béisbol y el fútbol distribuíamos el tiempo.

Los sábados en la tarde desfilábamos los alumnos internos hacia la entonces llamada “plaza 19” (ahora plaza Urdaneta, cuya transformación en parque se llevó a efecto en 1946 durante mi ejercicio como gobernador del estado), donde saboreábamos la delicia de unos helados o nos entregábamos a la distracción de rondar calles

adyacentes. Otros jugaban béisbol. No estaba permitido salir del perímetro de la plaza y allí transcurrían dos horas de solaz entre conversaciones, tertulias, comentarios. Los domingos nos dirigiámos a la catedral, a la misa de seis, trajeados de negro. Era un desfile imponente, callado, disciplinado. Nos instalámos en una de las naves de la catedral bajo la severa inspección del vigilante que seguía nuestras miradas para impedir que con ellas llegásemos hasta donde estaban las muchachas de nuestras edades, reclinadas, en actitud piadosa, pero esperando la oportunidad de cruzarse rápidas sonrisas con nosotros.

El día domingo era de salida a la calle para los internos, siempre y cuando sus calificaciones hubiesen sido satisfactorias. Aquella libertad dominical era esperada por todos nosotros, pero necesariamente debíamos pasar por aquel desfile del sábado a las once de la mañana cuando se instalaban en la Dirección don Carlos Rangel y don Ramón Velásquez, a dar lectura a las calificaciones. Ese acto variaba, siempre de acuerdo con el humor del director. Inevitablemente decía ante una calificación baja:

—¿A usted no le da vergüenza? Qué dirá su padre que está entregado a una labor ruda, diaria, solo para que usted haga de holgazán aquí...

O variaba su comentario hacia este otro aspecto:

—¿Ve usted? ¡También usted es un espejismo del trópico! ¿Qué puede esperarse de quien recibe doce puntos en conducta? Venezuela va a perderse una vez más en las manos de todos ustedes. Lástima de esta patria y lástima del esfuerzo continental de Simón Bolívar...

O elogiaba con voz pausada:

—Yo tuve pupila cuando le advertí a su papá que en usted despuntaba la esperanza. No se deje contagiar por sus compañeros de ociosidad, no sucumba ante la flojera y continúe con sus batallas de victorias...

Al final de esa lectura de calificaciones se hacía tertulia general. Entre el grupo de estudiantes siempre había uno o dos que llevaba

sus preguntas, dispuesto a entablar el diálogo con don Carlos para prolongar la hora de reunión. La pregunta surgía de algún grupo:

—Don Carlos, ¿qué opina usted de *Doña Bárbara*?

En sus respuestas jamás le oí un adjetivo que no fuese de admiración hacia Gallegos por quien sentía una apasionante adhesión. Se extendía en el comentario y pisaba el terreno vedado, prohibido, en la alusión discreta hacia el régimen gomecista y la dictadura, mientras apagaba reticente la lumbre de una sonrisa. Otras veces, preguntábamos:

—Don Carlos, ¿qué opina del decreto del Gobierno sobre el subsidio para el café?

Y allí estaba puntual, listo para extenderse en la charla prolongada que era plática sobre agricultura, el régimen y el porvenir de la república. Entonces desarrollaba su tesis de visionario y dejaba correr su fantasía hacia el futuro de la República, en función de estadista y constructor.

Aquella hora fue siempre propicia para el diálogo casi cordial, desprovisto de la empenachada vanidad que ponía don Carlos Rangel para deslumbrar a sus alumnos durante los días de labor ordinaria. Sonreía largamente y hundía sus comentarios agudos, a veces de intención doblada. Nosotros nos dispersábamos cuando él se ponía de pie y nos decía:

—Me voy para “La Chucurí”. Vendré mañana. Vamos a ver cómo marcha la agricultura. El contacto con la tierra fortalece el espíritu...

Aprovechábamos los domingos para vagar por la ciudad o llegarnos hasta Táriba. Nos sentábamos en el bar “Sol y Sombra” donde sorbíamos aquellos vasos altos rebosantes de naranjada o comíamos los suaves dulces de leche que nos parecían delicados manjares. Algunas veces se jugaba béisbol en la plaza 19 y hacia allá nos íbamos a presenciar la competencia deportiva. La ciudad nos fastidiaba el día domingo por falta de espectáculos o distracciones. Nos aventurábamos a consumir una cerveza, siempre a escondidas, muy ocultos, en las horas de la mañana, pues nos atemorizábamos ante la posibilidad de que alguien nos descubriera y fuera con el chisme hasta el liceo. Algunas veces hubo compañeros que

sucumbieron ante la tentación y llegaron a las seis o más tarde al instituto, olorosos a alcohol. Eran llevados al calabozo donde dormían en el piso húmedo e inclemente.

Durante las vacaciones iba a mi pueblo. Recuerdo que en diciembre de 1930, en mi primer regreso del liceo retorné ufano, vanidoso. También estaba poseído, al igual que todos los otros muchachos del pueblo que estudiaban en el liceo, de ese pedante y agresivo orgullo que producía el hecho de sentirme discípulo de Carlos Rangel Lamus. Fue el mes de la conmemoración centenaria de la muerte del Libertador. Yo escuché con desdén a aquellos oradores de mi pueblo que rodearon la estatua del parque, inaugurado en ese 17 de diciembre, y leían sus discursos sobrecargados de adjetivos gloriosos para el supremo realizador de la Independencia. Pero a mi padre empecé a confiarle mis propias dudas. Le confesé que estábamos sometidos a un régimen de vigilancia permanente, cerrado, que nos oprimía. Le informé que allá había un calabozo en cuyo piso húmedo pernoctaban los estudiantes que cometían tenuous, insignificantes faltas. Yo quería que papá me diese su opinión contraria; pero comprendí que también él veía en Carlos Rangel Lamus y en sus métodos la más alta expresión de la disciplina regional, el símbolo intocable, sobre cuyo valor espiritual no era posible dudar.

Paralelamente, el tiempo me llevaba en la ordinaria ruta estudiantil. Llegaron mis exámenes de primer año, a los que comparecí con favorables posibilidades y luego de haber consumido tercamente largas horas de desvelo y atención preparando mis programas. Tuve éxito en aquellas primeras pruebas y una tarde me despedí de Carlos Rangel Lamus que me felicitaba, cordial y sincero, para partir hacia mi pueblo. Allá llegué con la buena nueva a mi padre, que me recibió acogedor y complacido. Hubo un segundo viaje a Mérida y allá estuve acompañando a mi madre durante seis semanas, en el pleno gozo por aquel triunfo estudiantil que consideré el primero de importancia en mi carrera por las aulas. Esta vez Mérida no tenía para mí la densidad atractiva de mi anterior permanencia. Y era que en mí se estaba operando el fenómeno de la autosuficiencia y del engreimiento, víctima también de aquella torcida convicción según la cual

el mayor mérito cultural que podía ostentar un estudiante era saberse discípulo de Carlos Rangel Lamus. Para entonces tenía un concepto de reticencia despectiva hacia la seriedad estudiantil que reinaba en Mérida. En nuestro liceo se aceptaba como cierta aquella versión que señalaba al estudiantado de Mérida a modo de grupo desprovisto de responsabilidad, abandonado a sí mismo, ausente de responsabilidad espiritual. El estudiantado de Mérida era para nosotros sinónimo de vida bohemia, de desorden trashumante de farra alcohólica y oscura aventura de cabaret, mezcla de desviaciones juveniles y de turbias pasiones tempestuosas. Yo me consideraba al margen de esa peligrosa conducta que juzgaba aniquiladora de la voluntad de culturización necesaria como impulso de las nuevas generaciones. Esta vez mi actitud en Mérida fue de prudente segregación ante los grupos estudiantiles cuyo contacto no me interesé en solicitar. Aquellas vacaciones las viví encerrado en casa de mamá, en diaria y constante lectura no interrumpida. Adquirí allá el texto de Retórica de Felipe Tejera, en cuyo estudio me hundí con aferrada pasión, en profundas horas de meditación y entrega mental. Solicité libros de poemas y me hice visitador asiduo de la única librería de la ciudad, en la cual fui adquiriendo, una tras otra, nuevas obras literarias. En mí se agitaba una inquietud activa, resultado de todas aquellas lecturas, de impulso y movimiento constantes. Era la lógica convulsión de mi mundo subjetivo que despertaba apasionado bajo el signo impresionista de la fantasía, desorbitado, ajeno a toda dirección espiritual. No podía encontrarme conmigo mismo ni acertaba en el rumbo que debería darle a aquella inquietud que me sacudía en el vaivén inefable de complejas emociones. Empero, esa inquietud roturó su propia vía de expresión, abrió su camino por donde salieron a transitar fuera de mí, más allá de mi ámbito subjetivo, las extrañas emociones acumuladas en mi mente de quince años como resultado del contacto con la vida del pensamiento. Allí nació en mí un despertar poético como primera manifestación de ese "algo" extraño que era signo de inconformidad ante la pasiva actitud de algunos de mis compañeros frente al tiempo, la vida y el medio. Cuando me despedí de mamá, en la hora de retornar a Rubio, llevaba entre

mis papeles personales dos sonetos que allí había elaborado, en el secreto esfuerzo de descubrirme a mí mismo.

De nuevo incorporado a la actividad del liceo –ahora en segundo año– descubrí aquel camino con las armas de mis dos sonetos por los cuales sentí orgullosa vanidad. Fueron publicados en la revista *Nautilus* de la “Asociación de Estudiantes del Táchira”–tales los nombres de su órgano de publicidad y de la organización estudiantil del liceo–, en día que para mí fue de júbilo íntimo y de gallarda alegría. Junto a Ciro Urdaneta Bravo y Abraham Ramírez González, compañeros de mi curso, continué en la afanosa labor de apresurar mi marcha en aquel rumbo recién abierto. Mis primeras producciones poéticas estaban animadas de una sofocante sensación de cansancio sentimental, mezcla de melancolía y tristeza, revelación de las influencias pesimistas que ejercían los autores decadentes, muchos de los cuales eran los únicos que estaban a nuestro alcance en la época y el medio. Pero bien pronto dimos un vuelco colectivo en el rumbo que llevábamos. En Caracas cumplían activa función cultural hombres que renovaban el estilo literario y remozaban las corrientes de la expresión poética con aportes de nuevas modalidades sugestivas. Entonces llegaban a nosotros aquellos nombres envueltos en la imponderable sugerencia de sus estilos: Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Alberto Arvelo Torrealba y muchos más. Atisbábamos las voces que se alzaban desde el exterior, de dimensión continental, las que despertaban en nosotros recónditas reacciones: Waldo Frank (a quien conocería diecisiete años después y le hablaría de su categórica influencia en mi rumbo intelectual), Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas, Jame Torres Bodet, Mariblanca Sabás Alomá, etc. Era un panorama difuso y confuso para nuestras mentes de quince años. Pero intuíamos que tras de esos nombres se ocultaba algo identificable con los sacudimientos espirituales de la época que anunciaban un nuevo parto de la historia para la cultura universal. Silenciosamente, a escondidas, burlando la vigilancia perseverante de los guardianes del liceo, en horas nocturnas, disimulándolos dentro de nuestros textos de estudio, leíamos con voracidad aquellas obras. Luego realizábamos tertulias donde nos confiábamos

mutuamente la extraña configuración del mundo desesperado y en trance de gestación que descubríamos al voltear de cada página.

El cuento nacional adquiriría relieve de encendido vigor vernáculo. Lo leíamos con devoción y los nombres de Salazar Domínguez, Casto Fulgencio López, Arturo Uslar Pietri, Carlos Eduardo Frías y otros nos abrían aquella vereda geográfica que iba a identificarnos con la Venezuela nuestra allí protagonizada y escenificada, personaje ella en la trama compleja del nuevo estilo nacional. Entonces fui ganado definitivamente por un comienzo de orientación que despertaba en mí, brumoso, vago. Mis poemas perdieron el acento melancólico que le daban tono de sentimental congoja. Tomé el estilo de “vanguardia”, “sugerente”, como entonces era calificado. Escribí poemas, variados o numerosos poemas que vieron la luz en aquella revista *Nautilus* y en *Patria*, *Esfuerzos* y *Mi Terruño*, los tres últimos periódicos de mi pueblo. Escribí cuentos, numerosos cuentos publicados en aquellos órganos periodísticos y otros más cuyos nombres no recuerdo. Mediante este segundo esfuerzo cumplía la ambiciosa misión de proyectarme más allá de las aulas y llevar mi nombre a la dimensión del estado. En lo interno, dentro del liceo, seguía con curiosidad el movimiento de inquietud cultural que allí cumplía rutinaria marcha bajo el dedo vigilante de Carlos Rangel Lamus.

Fue entonces cuando en mí empezó a plantearse un hondo conflicto espiritual que amenazó torcer el rumbo de mi vida. Inconsciente de mis propios cálculos mentales, llevado insensiblemente por los acontecimientos, empujado por esa marea invisible de los sucesos, fui a definirme en la lucha contra aquel medio que secretamente rechazaba en mi aparente serenidad estudiantil. Fue un proceso lento, tranquilo, que destruyó en mí el equivocado concepto que allí mantenía vigencia de verdad absoluta y aniquilaba la iniciativa del estudiantado. Un día vi derrumbarse la fe pura de mis quince años sobre aquel liceo. ¿Cómo sucedió y qué factores lo determinaron? Proceso complejo, pero cierto, en él me hundo ahora cuando lo reconstruyo en la hora de ese episodio superado de mi vida.

Cuando me asomé sobre el texto luminoso de los poetas y de los cuentistas que llegaban hasta aquel apartado instituto de provincia

comprendí que el mundo era más ancho y dilatado que la estrecha visión que de él teníamos. Aquel medio limitado, la sencillez de la vida pueblerina y la limitada altitud espiritual de la provincia me habían hecho creer que la última expresión del progreso y de la renovación culturales estaban representados por aquel liceo.

Mi vida seguía transcurriendo en este ritmo de la monotonía ágil que es la vida estudiantil de los internados. En nuestras tertulias murmurábamos sobre temas diversos que variaban desde las simples anécdotas de la vida estudiantil hasta las especulaciones de sentido político en torno al tremendo drama que angustiaba y oprimía a la nación. Viajaba semanalmente a mi pueblo. Ya estaba en servicio la carretera Rubio-San Cristóbal, vía El Corozo, que facilitaba mi rápida ida y vuelta. Muchas veces partía desde la tarde del sábado hacia mi pueblo y pernoctaba allá, retornando en la tarde del domingo. También tenía, como casi todos mis compañeros, una novia que fue aventura sentimental de largos años, desde los quince hasta los veintidós, a través de interrupciones que alzaban los viajes y las separaciones. A visitarla, en mi pueblo, me iba los sábados y domingos aprovechando el permiso semanal que me era concedido siempre que mis calificaciones fuesen favorables. Las vacaciones venían y transcurrían sucesivamente. Mi actividad literaria y periodística progresaba ventajosamente. El semanario *Esfuerzos*, de mi pueblo, fundado por Hernán Rosales F., estaba ahora en manos de un novel periodista de nacionalidad colombiana, cuyo nombre se esfuma en el recuerdo. Empecé a cultivar su amistad y pronto me convertí en el redactor único de aquella hoja periodística, a cuya elaboración me dedicaba con ahínco, con fervor, en vacaciones, en compañía de Pablo Emilio Osorio y de Miguel Moreno, el último retirado del liceo y ahora inscrito en el colegio de la localidad. No percibía ninguna retribución material por esa labor y el director-propietario aprovechaba mi fervorosa dedicación. Redactaba notas diversas, insertaba cuentos, poemas, editoriales sobre temas abstractos. Allí estaba también un veterano periodista liberal colombiano que me tomó a su amparo y empezó a observar mi estilo con ánimo de asesor. Acepté sus advertencias porque supe que bajo

la barba canosa de aquel veterano de las actividades periodísticas se amparaba una larga experiencia. Sostuve desde aquel semanario polémicas locales, la primera de ellas con el redactor de *El Andino*, Rafael M. Rosales, sobre temas de generalidad literaria. Fue una polémica desorientada, anárquica, sin bases de pugna intelectual. Aquel había criticado adversamente algunos de mis poemas. Yo reaccioné violentamente acusándolo de que el viejo espíritu reaccionario del pensamiento no podía interpretar las corrientes renovadoras de la poesía y la literatura nacionales. Yo iba empujado en carrera abierta por una inquietud desbordante que pugnaba por canalizarse en un esfuerzo disciplinado. Pero la limitación política de la época no nos permitía ir más allá y nuestra actividad literaria renovadora era la forma de golpear rudamente contra el mundo que nos aprisionaba. Las fórmulas revolucionarias del estilo nos acogían como refugio para expresar nuestras inconformidades contra el orden reinante en el medio literario.

Esa misma inquietud me hizo observar con sentido de análisis a muchos profesores y convencerme lentamente de la precariedad de sus conocimientos, de la total ignorancia en materia de cultura general. En Retórica e Historia fue nuestro profesor Buenaventura Jaimes. Su tarea consistía en leernos largas páginas de texto y preguntarnos el detalle menudo de la peripecia militar o del acontecimiento histórico. Ningún destello de capacidad intelectual alumbraba la monotonía de sus clases caracterizadas por una oscuridad agobiante. Otro tanto hacía en Retórica, cuyas clases dictaba acompañándose muy de cerca del texto que le servía de guía y lazarillo en la dirección de la cátedra. Las demás materias de interés cultural pecaban de iguales fallas. Cuando empecé a cursar Psicología comprendí entonces en toda su crudeza la gran farsa que allí representaban algunos profesores. Solo dos o tres tenían solvencia cultural, los otros eran hombres audaces que devengaban cómodamente la remuneración de las cátedras. Merecían la atención respetuosa del estudiantado Carlos Rangel Lamus, Ramón J. Velásquez y Roberto Villasmil. Nada podíamos realizar contra esa situación de hecho. Hasta nosotros no llegó a adentrarse, jamás, el espíritu de

combate frente a aquellos métodos o contra la ineficacia intelectual del profesorado. El medio y la época nos tenían anulada la voluntad de acción. La conformidad y el miedo nos habían aplastado. Éramos la obra de un sistema de educación que sometía el espíritu a la ciega obediencia, al silencio sumiso, a la resignada aceptación de los hechos. Nuestras débiles personalidades estaban siendo aniquiladas bajo el peso de un régimen dominador y enervante.

Para entonces acababa de adquirir un nuevo símbolo de virilidad. Regresé de unas vacaciones con los llamados “pantalones largos” hombreándome. Una tarde cundió la noticia de que el general Juan Pablo Peñalozza había sido detenido cerca de La Fundación, por donde recorría en unión de un nutrido grupo antigomecista el accidentado territorio de Uribante. Acostumbraba atravesar la frontera el viejo guerrillero, en aventuras de combate fulgurante que daban acento épico a sus andanzas audaces y arriesgadas. Esta vez había sido atrapado por los perseguidores gubernamentales que lo acosaron bajo la dirección de José Antonio González, jefe civil del distrito Cárdenas y viejo compañero de opiniones del general Peñalozza. En el liceo la noticia causó pugna de opiniones, fricción de comentarios. Un grupo se mostró jubiloso por el suceso y algunos de ellos solicitaron permiso para presenciar el arribo del viejo guerrillero que entró a la ciudad en un automóvil descubierto, al lado de José Antonio González, quien lo exhibía como trofeo, pero custodiándose la espalda con un recio puñado de fusileros parameños y cedraleros. Más de uno de los estudiantes alzó la voz y pronunció crudas insolencias contra Juan Vicente Gómez, José Antonio González y el régimen. Don Carlos actuó con hábil prudencia y fue discreto cuando no quiso comentar la detención de Peñalozza. Lo cierto era que una mayoría de tachirenses hervía de impotente indignación ante aquel hecho. A los pocos meses, José Antonio González recibía el galardón administrativo por sus habilidades al ser promovido a presidente del estado.

Pocos meses después, un hecho absurdo vino a golpear en mí de modo definitivo. Un grupo de estudiantes dio calor a la idea de colocar el retrato de José Antonio González en el salón principal del liceo, como homenaje a quien deberíamos considerar protector

del instituto. Los proponentes fueron Pérez Vivas, Simón Becerra y Laviosa Colmenares. El estudiantado vibraba de indignación ante la escandalosa demostración de servilismo. Ignoro todavía hoy si aquella iniciativa partió de los mencionados estudiantes. Como se hablaba de antigomecismo al mismo tiempo que se iba a deificar a uno de los tenientes de Gómez, Ramón J. Velásquez, deseoso de impedir aquella exhibición de servilismo y de poner en evidencia la magnitud del pecado, se adelantó a proponer que en el lugar del retrato de José Antonio González colocaran, de una vez, el de Juan Vicente Gómez. Pero ni aun así reflexionaron nuestros compañeros aclamacionistas.

Hablé a papá para que mi matrícula fuera trasladada a Caracas o pasada a categoría de externo. Pero este me disuadió en rápida réplica. De allí en adelante mi decisión era consejera de rebeldía en mí.

Una tarde don Carlos me llamó a la Dirección para amonestarme por alguna falta. Rechacé sus palabras y abandoné el despacho. El domingo inmediato fui privado de la salida semanal, en vista de que mis calificaciones sobre "conducta" eran bajas. No acepté la sanción y decidí abandonar el liceo, desafiando todos los riesgos. Conmigo marcharon, en escapatoria, José Rosario Osorio y José Luis Rincón Santos, uno y otro ganados en rebeldía por mi invitación. En uno de los autobuses de diario recorrido entre San Cristóbal y Rubio viajé, silencioso, replegado sobre mis reflexiones, en confidencias conmigo mismo. Iba de regreso definitivo hacia mi pueblo, huyendo de aquel que había sido mi sueño de los catorce años. Era el retorno de un experimento fallido, del fracaso que había absorbido mis mejores esperanzas, cuanto de puro y diáfano hay en el espíritu de la primera adolescencia. Aquel liceo no era el mundo ambicioso en el sueño febril de la imaginación del colegial que partió en su búsqueda una mañana de septiembre de 1930.

Vibraba en mí un nuevo impulso, súbitamente descubierto, de rebeldía peleadora y batallante. No acertaba a explicarme cuál podría ser, de allí en adelante, mi rumbo, pero presentía que aquel que acababa de dar al abandonar las aulas me adelantaba a buscar un nuevo porvenir, diáfano y sincero. Así estuve en aquella tarde de un domingo, en mi habitación de la vieja casona, frente a la nueva perspectiva de mi vida. Mi padre había viajado inmediatamente a

San Cristóbal a informarse de lo sucedido. Yo estaba allí, esperando su regreso, para hacerle frente y resistir sus iras desbocadas. En mí temblaba la resolución fiera de abrirme nuevos rumbos, contra mis adversarios y aun contra los míos.

Los días posteriores a mi escapada del liceo fueron de incómoda tirantez entre papá y yo. Capté la diáfana impresión de su contrariedad, sin verle ni oírle. Me bastaba el hondo conocimiento de sus reacciones espirituales y humanas frente a los grandes y pequeños sucesos de la vida cotidiana para prever cuál sería su actitud ante mi brusca rebeldía. Él no podía compartir mis puntos de vista, concebidos por una mente de sangre caliente, sencilla, desprovista de las complicaciones reveladoras de un espíritu que se movía dentro de las emociones sutiles y frágiles de mi edad.

Nuestro encuentro fue agrio y pugnaz. Papá reprobó mi conducta y la juzgó como manifestación de desorden mental, signo de las complejas corrientes subversivas que se desbordaban sobre mi serenidad intelectual, en la hora agitada de la orgánica formación de mi mente. Le expliqué, en un afán de elocuencia frustrada, las perspectivas que se alzaban en mi futuro estudiantil si continuaba en aquel instituto. Fracásé ruidosamente y llegamos a un acuerdo conciliatorio, el de promover el cambio de mi matrícula a condición de externo del liceo, lo que aliviaría el régimen de mi vida y ampliaría el cerrado horizonte que me cercaba. Fuimos a San Cristóbal a la entrevista con don Carlos Rangel Lamus, en el liceo.

Nos prometió contestar por escrito a papá, en próximo correo. Aquella carta llegó un sábado a sus manos. Recuerdo la escena enclavada en la reminiscencia del suceso lejano e indeleble, cuando él se dedicaba a pintar la carrocería de un camión en el pequeño taller recién instalado después del retorno de mi hermano de Estados Unidos con credenciales de mecánico. Silenciosamente me hizo entrega del oficio, en cuyo texto anunciaba el director del liceo que se hacía imposible mi aceptación como alumno externo en razón de que mi año de estudio había sido cancelado por faltas de asistencia a clase.

Convencí a papá de que mi traslado a Caracas daría inmediata y favorable solución al pequeño escollo que surgía frente a mi travesía

estudiantil. Papá, ganado por mi impaciencia, preocupado por la pérdida de un año de estudios, aceptó mi proposición de viaje.

Una madrugada partí con destino a Caracas, sacudido de inefable emoción porque iba a encontrarme con la gran ciudad que anhelaba secretamente en mis sueños. Mi primera preocupación al llegar fue solicitar la dirección del Ministerio de Instrucción y hacia allá me fui, dispuesto a ganar la batalla en el propio terreno. Se me había dicho que debería hablar con el director de Educación Secundaria, Roberto Picón Lares, o con el ministro, Rafael González Rincones, para la buena solución de mi caso. En aquel Ministerio nadie me atendía. Iba de uno a otro portero, de un funcionario a otro, de una a otra oficina, siempre explicando el estribillo de mi problema, sin lograr el interés de mis confidentes. Unos y otros me miraban con despectiva curiosidad, sin dar importancia a mis palabras o advirtiéndome que debería hablar directamente con el ministro. No desfallecí. Monté guardia en los estrechos corredores del edificio de Las Monjas, frente al cuartel de policía, apostándome en los sitios estratégicos, siempre asediando al director de secundaria. Se me había dicho que me era indispensable una tarjeta especial para ser recibido por aquel personaje. Yo, un anónimo estudiante de provincia, solo, desconocido y sin apoyo, no tenía adónde ir en solicitud de esa tarjeta. Aun así redoblé mi terco asedio sobre el funcionario. Logré sorprenderlo una tarde a la puerta de su despacho y sostener con él brevísimo diálogo explicativo. Me contestó majestuosamente, en tono de gracia y de desdén, indicándome que hablaría con el ministro y que me informaría su resultado.

Yo ignoraba la ciudad. Mi diario recorrido era desde la esquina de Maturín, donde estaba instalado en “casa de familia que no es pensión”, hasta el Ministerio.

* * *

La desbordante vida de Caracas estaba al margen de mi afanosa misión y todo mi tiempo lo absorbía vorazmente la idea fija de mi inscripción estudiantil. Caracas me azuzaba los sentidos con esa alegría estrepitosa y coqueta que le adorna su requiebro de bella

mujer. No tenía sangre ni espíritu para vivir la pujante revelación de fuerza que brota del ánimo caraqueño, despierto e invitador. Yo veía Caracas solo en mi diario desfile hacia el Ministerio; la ciudad pasaba a mi lado en el íntimo destello de la sonrisa de una mujer, en el augurio sereno del libro de la vitrina, en el automóvil raudo que se alejaba por sus calles, en la perenne flor de entusiasmo que sacude su aire festivo. Todas las mañanas, muy antes que los más puntuales empleados del Ministerio, llegaba yo a las puertas del edificio y rondaba sigiloso las vías de acceso, en espera del director de secundaria o del ministro. A este último logré verlo. Cuando indagaba al portero me respondía con una negación de su cabeza giratoria. Nunca supe por dónde, cómo, a qué horas llegaba. Me instalaba en la parte alta del edificio, frente a una de las puertas de su despacho, acechando la oportunidad que me permitiera explicarle mi situación. Todo fue vano e inútil. Pasé horas, días, semanas, frente a aquella puerta de vidrios opacos que jamás llegó a abrirse para mí. Llegaban personajes que eran recibidos afectuosamente por los porteros y luego conducidos hasta presencia del ministro. Yo rogaba, exigía, imploraba. Gran parte de los empleados y funcionarios del Ministerio evadían encontrarse con mis miradas, sabedores del asedio que allí mantenía en aquel constante estado de sitio por mí decretado contra su ministro. Ellos no entendían, no podían entender por qué un muchacho movido desde la provincia se preocupaba tanto por obtener la renovación de su matrícula.

— ¡Pierda el año! —me decían algunos empleados.

— ¡Váyase a su pueblo y no insista más! —me aconsejaban otros.

Pero yo no estaba dispuesto a renunciar y aspiraba a torcerle el brazo a la adversidad. Cuando mis dineros empezaron a desaparecer comprendí que mi situación llegaba al límite de la resistencia. No había pensado en el factor dinero. Quise solicitar trabajo, un pequeño trabajo que me permitiese continuar residiendo en Caracas. Los días pasaban rápidamente y el empleo no aparecía. Las gestiones que hice fracasaron. Y un día me sorprendí a mí mismo dándome cuenta de que la pérdida de mi año era irreparable, pues los días transcurridos en Caracas constituían ausencia injustificada

de mis clases. Estaba derrotado, tremendamente derrotado. Mis armas habían sido pequeñas, pobres, débiles. Había sido vencido en la contienda por los más poderosos, que no quisieron escuchar los ruegos de aquel estudiante que estuvo veinte días a las puertas del Ministerio de Instrucción dispuesto a defender bravíamente un año de estudios que le arrebató la venganza mezquina de quien no pudo perdonarle sus arranques de rebeldía juvenil.

* * *

En la casa de pensión donde estaba instalado todos comentaban mi caso con pasión e interés. Me consolaba el saberme asistido por la compañía espiritual de aquel grupo de hombres y mujeres que estaban a mi lado contra la injusticia. Alguno de los pensionistas me dijo con voz cruda:

—Pero si usted tiene lo que más necesita para triunfar: es tachireense...

La observación fría de aquel hombre, dicha sin regusto de cinismo, pero reveladora del mal que roía la entraña de la República, me alertó contra la tentación. Algunos me aconsejaron que buscara otro camino: el de ampararme bajo la protección de uno de aquellos figurones de mi tierra que entonces paseaban su ociosidad burocrática por los pasillos del Congreso. Me insinuaron que aquel procedimiento me abriría súbitamente las puertas de todos los despachos, y me serían concedidas, no una, sino cien matrículas para continuar mis estudios. Aquellas insinuaciones me persiguieron y empezaron a cumplir la lenta misión del ablandamiento. Estuve a punto de sucumbir y de irme a implorar la conmiseración de uno de aquellos prohombres del régimen. Pero más pudo en mí el limpio orgullo juvenil que las consecuencias oscuras que veía cernirse sobre mí como resultado de mi año perdido. Sabía que de optar por ese método podría salvar la interrupción de mis estudios, pero se me sublevaba la conciencia al sospechar que el precio de un año de estudios sería un acto contrario a la clara noción de dignidad que despuntaba en mí. Mi padre también podría aprobarme ese procedimiento. Aquel hombre faenero cotidiano, servidor de sí y de

los suyos, orgullo de su decoro íntimo y de su dignidad inmaculada, me reprocharía duramente ese acto de debilidad. Definitivamente no podía dar aquel paso. Y entonces emprendí mi viaje de retirada, de regreso a mi pueblo, derrotado y vencido.

Mi regreso fue un retorno desmoralizado. Llegué a casa bajo la impresión dolorosa de mi primera decepción frente a la vida. El destino me había llevado a recibir el primer golpe de manos de la injusticia bajo cuyo peso caí arropado por la sombra del pesimismo derrotista. Mi primera salida al campo de pelea me había ocasionado un revés que amenazaba de quiebra mi resistencia espiritual. Papá estaba igualmente desmoralizado y no ocultaba su fría contrariedad frente a mí, culpándome como responsable del fracaso. Debía renunciar a mis estudios e incorporarme al trabajo de su establecimiento, compañero de sus faenas, a compartir la suerte de sus operaciones comerciales frente a la clientela pueblerina. Empecé a sentir la opresión del ambiente adverso que me sancionaba moralmente. Yo me sabía fuera de toda responsabilidad, extraño al hecho culposo que dio origen a la brusca interrupción de mis estudios; y sin embargo, la actitud de mi padre era una callada acusación a mi ocio doméstico en presencia de su ardorosa entrega al trabajo que le endurecía las manos y el espíritu. Cambió el sentido jovial del temperamento paterno hacia mí y un hermetismo casi hostil sustituyó en su rostro la fresca cordialidad de toda su vida. Era su manera de sancionarme. Aquel hombre que nunca tuvo para mí una sola palabra de áspera dureza o gesto de rostro agrio se me ofreció en esa hora de contrariedad con severa actitud de desahogo. Yo descubrí las tenues manifestaciones de la tormenta en los signos inequívocos del rostro: la mirada evasiva, el gesto reticente, el tono austero de la voz, la ausencia de la risa. Busqué el refugio de mis libros y mis poemas. Dedicué días, semanas, a la lectura de novelas, literatura, ciencias. Escribí cuentos, poemas, ensayos. Di escape a la inquietud que hincaba sus dientes torturantes sobre mis largas horas de ocio. Todo fue en vano. Las relaciones entre mi padre y yo se hacían más tensas y temía que estallara la tempestad alevosa. Tuve miedo de perderlo en vida y de sentirme desamparado de su afecto y su cariño. Pensé en mi madre y hacia ella

tendí mis rumbos en la búsqueda del refugio necesario. Ella vivía entonces en el páramo de Mucuchíes, más allá del pueblo de San Rafael, propietaria de un establecimiento de hotel, estacionamiento obligado de la mayoría viajera que allí demoraba su tránsito antes de ascender al páramo o luego de atravesarlo. Anuncié a papá mi decisión y un día trepé a bordo de uno de los camiones que viajaba a Caracas, sin dinero. Y una noche de intenso viento helado que cortaba la piel, bajo la oscura lluvia que golpeaba los campos sembrados de trigo, toqué a las puertas de mamá, en aquella estribación del páramo llamada Los Manantiales.

Mamá me recibió consoladora ofreciéndome sus suaves consejos mitigadores para mi aflicción. Corría febrero de 1933 y allí debería permanecer en espera de la decisión definitiva que tomaría papá sobre el futuro de mis estudios. Llevaba conmigo mis calculados planes que culminarían en el lento convencimiento de papá a quien aspiraba a arrancarle su asentimiento protector para continuar mi bachillerato en Caracas. El tiempo y mi correspondencia con él me darían el triunfo en ese asedio que iba a iniciar en torno a papá para doblegarle la transitoria contrariedad que trastornaba su paz espiritual. Mamá me ofreció su apoyo y en medio de sus dificultades económicas me prometió compartir los gastos de mi permanencia en Caracas.

Mi permanencia en el páramo me hizo gozar el inmenso placer de la soledad. Necesitaba estar solo para darme a la lectura, al estudio, a la labor de tenacidad que me reclamaba en la disciplina mental del hombre que venía arrollándome tras los años de la adolescencia. Todo aquel tiempo me pertenecía por entero. Me di a recorrer los campos vecinos, a trotar por los torcidos caminos parameños y a ascender los elevados cerros cubiertos por la rauda vegetación que florecía en aquel frío clima de inclemencia. Me hice de humildes amistades entre los campesinos y labriegos de la región con los cuales platicaba largamente sobre temas agrícolas. En su compañía recorría los campos cultivados de trigo y escuchaba silencioso sus explicaciones sobre la siembra, siega y beneficio del grano. Me narraban las oscuras penas de sus vidas miserables, aferrados a las laderas inclinadas donde estaban instalados sus ranchos destrozados por el

frío parameneño, clavadas sus manos cavando la entraña cálida de la tierra para arrancarle la raíz codiciada de sus tubérculos o el altivo triunfo de los frutos. Me hablaban de las cosechas históricas, de esas que dejan alto relieve en la memoria sencilla de los cultivadores campesinos. Me referían las leyendas sombreadas de mágica penumbra misteriosa sobre el abuelo aborigen, cuya figura huracanada todavía decían ver descendiendo por las torrenteras de las alturas, la frente desnuda del plumaje simbólico y los brazos acechando con la agresividad de la flecha. Se extendían sus narraciones hasta el hondón de las tradiciones para revelarme el encanto de sus lagunas de colores sobre cuyas anchas aguas patinaba el toro de testuz destellante, terror de los cazadores en andanzas por las alturas. Sus charlas eran interminables, frescas, amenas, como los largos ríos que nacían en la entraña del páramo para luego recorrer la tierra roturada del cultivo. Al lado de esas vidas sentí el soplo de las emociones rurales llamándome a descubrir el lenguaje secreto e inefable de la tierra vigorosa que abría a diario su entraña para el parto del fruto y del agua. Junto a esas vidas simples, rudas, modeladas por la tierra, a imagen y semejanza de ella, hice nuevo aprendizaje de humanas lecciones que explicaban en lenguaje sencillo aquellos hombres de vida diáfana, transparente como la delgada neblina de sus mañanas luminosas. Mi charla los reunía y los convocaba porque los iba interesando lentamente sobre temas hasta entonces para ellos desconocidos. Les narraba pasajes de nuestra historia, las grandes luchas forjadoras de la Independencia cumplidas por la tesonera mística de los libertadores; la travesía de la República a lo largo de las pruebas de adversidad bajo las patas de los caballos de Boves y Morillo, en la hora cruenta del año 1814 cuando la derrota flaqueaba voluntades detrás del espíritu continental de Simón Bolívar. Murmurábamos sobre la situación política de Venezuela y dejábamos correr la fantasía hacia el porvenir, afanosos de escrutar el signo de los nuevos tiempos. Detrás de la charla alzábamos nuestros ojos hacia la altura, hacia el cerro, como si quisiéramos descubrir la aurora de la República en la cima de los picachos guarnecidos de neblina.

Tal como lo supuse, papá empezó a ceder frente al asedio por mí decretado en pro de la continuación de mis estudios de bachillerato. Al final de ese año escolar—julio o agosto—regresé al lado de papá. Esta vez a ordenar mis preparativos de viaje a Caracas, la ciudad que me esperaba para disciplinarme en las luchas del hombre. Caracas me entusiasmaba en razón de su actividad cultural y de su intensa vida intelectual que yo seguía silenciosamente desde mi retiro provinciano. Recibí desbordante la noticia del viaje, ávido por reincorporarme a las filas estudiantiles y de residenciarme en aquella ciudad turbulenta y agitada que subyugaba poderosamente mi corazón.

Eran los días de mi mayor actividad literaria que manifestaba en poemas, cuentos y ensayos, sobre diversos temas, que nunca publiqué y que el tiempo dispersó o arrinconó entre los inútiles papeles y manuscritos que luego sacrificamos en la hora de la poda cruenta y sacrificadora. En San Cristóbal se editaba entonces *El Nacional*, bajo la dirección de Humberto Spinetti Dini y de Ramón J. Velásquez⁵. Era un diario remozado, ágil y renovador dentro del ambiente de la época que pugnaba contra la dura hostilidad del medio. Por allí desfilaban entonces las voces punteras en la cultura nacional, recogidas por las manos de un grupo de muchachos que evidenciaban su tormentoso deseo de superar la oscura hora del retardo venezolano. En la redacción del diario trabajaba el poeta Antonio Castellanos, larense, a quien la persecución policial había empujado hasta aquella orilla de la patria donde se acogió al remanso del diario. Vino a mi pueblo un domingo el poeta Castellanos y rápidamente cordializamos. Días difíciles vivía entonces aquel poeta que andando el tiempo—ocho años después sería mi compañero de partido—estaría conmigo en los mismos escaños de la lucha política. En su visita a mi pueblo, el hambre lo derrumbó en un extraño trance de debilidad, signo de la escuálida alimentación y la mucha hambre que padecía. Aquel espíritu inquieto, soñador y emotivo, sugerente, como él mismo se llamaba, me atrajo a su parcela de sueño literario, al campo del pensamiento y la revelación cultural que entonces me era ignorado: el de

5 Ambos fundan *El Nacional* en El Táchira en 1933 (N. del E.).

la lucha social hacia objetivos de alta dignidad humana. *El Nacional* acogió celosamente uno de mis poemas, precedido de breve epígrafe generoso escrito por Castellanos: "RP será de los que llegarán. Debemos abrirle el camino", advertía en el texto de los renglones que saludaron mi poema. Por aquellos mismos días se editaba en San Cristóbal un semanario jocoso, alegre, llamado *El Jorobao*. Desde sus páginas era hecha crítica literaria y se narraban anécdotas de origen lugareño, algunas saturadas de amarga intensidad incisiva. Uno de mis poemas había caído bajo la crítica del semanario que despedazó mi producción ridiculizándola y convirtiéndola en chistosa motivación de risa. Reaccioné contra aquella despiadada conducta del periódico. Pero fue una reacción sorda, subjetiva, silenciosa. La publicación de mi poema en *El Nacional* y el alentador comentario del poeta Castellanos fueron una réplica alentadora contra lo que aquellos compañeros de entusiasmo literario consideraron injusto ensañamiento.

Lentamente veía yo acercarse la hora de mi partida a Caracas. El tiempo era en mis manos breve y menudo para la densidad de mis sueños y la magnitud de mis propósitos. Por aquel tiempo arribó a San Cristóbal Antonio Quintero García, casi prófugo de las aulas universitarias, proscrito de la policía gomecista, roídos sus pulmones por la tuberculosis carcelaria, todavía vibrante con su honda energía de pensador y combatiente. En torno a Quintero García el viento de la secreta admiración agitaba la leyenda penumbrosa que le daba tintes de personaje circundado de misterio. Era la persecución política que le nimbaba las sienas soñadoras con el estigma de la aureola de forajido. Quintero García convocó alrededor suyo el calor fraterno de un apretado grupo de hombres para darle acogida al perseguido. Venía hablándonos un lenguaje de extraña sonoridad que despertaba en nosotros recónditas emociones de matices inefables. Era un lector refinado y elegante que hurgaba con devoción de estudiante en las desesperadas canteras de la literatura americana y europea, oteando con su sentido orientador luces de nueva aurora, mientras se buscaba a sí mismo en la tortura de una conciencia agobiada por la inconformidad social y la lucha política. Ameno charlista de

vocación apostólica, hablaba sobre la literatura indoamericana con acentos sacudidos de entusiasmo y reminiscencias, doblegado por el peso del infortunio que le golpeaba la mísera existencia. Alzaba su voz llameante encendida de agudos fuegos para asombrarnos con su ciega convicción sobre la literatura rusa, repitiéndonos los nombres de sus autores favoritos entre el íntimo regocijo de una veneración que le iluminaba el rostro. Era, además, un crítico despiadado, cruel y lapidario contra todos los estilos no identificados con su angustia espiritual. Fue un hombre valeroso y atrevido cuando se armaba con sus buidos conceptos. Su lenguaje incisivo y cortante fustigaba a los talentos consagrados de nuestra literatura, de los cuales nos exhibía su vergonzosa desnudez ciudadana, en maridaje de complacencia con la dictadura y el deshonor. En torno a la voz de Quintero García yo fui buscando nuevas orientaciones, rumbeando en la ruta literaria, vago, impreciso, pero ya atraído por el colorido de apasionada justicia que se ocultaba en la tónica que revestía su pensamiento. Dio a la publicidad su revista *Antena*, con acertada vocación directiva, animada de contenido alentador y con función de cátedra literaria y cultural. Fue una revista forjada con atinada visión ductora, abierta para el noble esfuerzo orientador que venía reclamando la provincia, carente de cauces para sus corrientes intelectuales. *Antena* no totalizó el deber de su misión entusiasta que quiso imprimirle su timonero: el ambiente y el duro clima político le cerraron el horizonte que reclamaba para su vuelo de altura. Pronto sucumbió aplastada bajo el cerril puño de los lugartenientes de la dictadura que allá descargaban golpes castigadores contra toda demostración equívoca o reticente ante el régimen político que entonces era el consagrado dispensador de favores.

Aquella revista cumplió tareas precursoras de alumbramiento. En mí desgarró una nueva perspectiva espiritual y me desbrozó la primera ruta hacia nuevos tránsitos mentales. Empecé a cavar la entraña fundamental del arte y a descubrir su contenido vital y humano, su razón intrínseca como disciplina en la actividad creadora. Entendí por qué el arte tiene un deber social por cumplir y aprendí a descubrir en la intimidad de la cultura una nueva y consciente

dimensión que es su obligación histórica frente a la sociedad. Hasta entonces la cultura aparecía ante mí a modo de manifestación subjetiva y armoniosa de la existencia, suerte de imponderable retozo del pensamiento humano y característica alegre de la razón. Aprendí en nuevas lecturas que la cultura tiene una misión social y que en su condición de instrumento de la civilización debe cumplir la tarea histórica de roturar la conciencia de los pueblos para la siembra colectiva de los ideales que cosecharán progresos de libertad. Fue una nueva y apasionante interpretación que me anunció perspectivas de intensa claridad. A Antonio Quintero García le debo ese destello de conciencia que me llevó a renovarme espiritualmente y a trajar nuevos caminos de ascenso conceptual. Simultáneamente llegaban a mis manos nuevos libros que penetraban furtivamente en tierras venezolanas por el costado de nuestra frontera con Colombia. Desde allí llegaban las voces de Ehrenburg y Rolland⁶, con acentos de prédica apostólica, que nos conmovían la honda y compleja estructura afectiva con su soplido de huracán universal.

Así empezó a cumplirse en mí un proceso de formación mental y humano. Hasta entonces actuaba como deportista de la literatura, aficionado que llegó a recrearse en las maravillosas excursiones a través de las novelas trotamundos y del poema subjetivo y alegórico. Di un paso más hacia el frente definitivo donde me esperaba un puesto de combatiente en la trinchera. El panorama social de la cultura empezó a adquirir frente a mí consistencia de activa lucha y comprendí que una polémica aguda e histórica desgarraba los campos del pensamiento universal. Fue así como vislumbré la pugnaz contienda sociológica dentro de la historia, en la cual la cultura es un campo de batalla donde se dirimen las controversias principistas de la razón. Empecé a bordear tímidamente los linderos de ese mundo abrasado de intensa fiebre universal que me sobrecogía

6 Ilyá Ehrenburg (1891-1967), escritor y periodista soviético de ascendencia judía, fue corresponsal de guerra y cronista del holocausto nazi. Realizó importantes informes de denuncia sobre la masacre alemana de los judíos, en lo que sería la primera documentación completa del mundo. Romain Rollan (1866-1944) fue un escritor francés, premio Nobel de Literatura en 1915, cuyos ideales eran la práctica de un pacifismo militante (N. Del E.).

de emoción y entusiasmo. Las grandes disciplinas del pensamiento aún permanecían vedadas para mí porque la rígida censura gomecista que pesaba sobre toda una generación no permitía el tránsito de aquellas ideas capaces de conmover el ánimo de la sociedad. Pero en mí ya estaba despierto aquel espíritu, agazapado hasta entonces, que solo esperaba la voz que habría de llamarlo a través del tiempo y de la lucha. Ahora recuerdo el nombre de Antonio Quintero García porque me dio su brazo comido por la tuberculosis en la hora grávida de mi pensamiento. Años después habríamos de encontrarnos en la tertulia política, compañeros en la charla analizadora, identificados por la común devoción de las letras, en el momento de mi incorporación a la política militante.

Me sorprendió el día en que emprendí mi viaje a Caracas. En mi equipaje de estudiante venían los papeles juveniles donde recogí poemas con los que entonces proyectaba editar un libro de título sonoro, *Banderas de papel*. Traía allí cuentos, ensayos, páginas de azar y dos cartas-presentaciones para Gustavo Ardila Bustamante, escritor y poeta, y para J. A. Gonzalo Patrizzi, poeta del grupo que entonces despertaba con mayor actividad creadora. Venía hacia la capital anheloso de tramontar la dura pendiente del éxito literario, dispuesto a abrirme paso entre el núcleo apretujado de los demás aspirantes que también corrían ansiosos por colgarse de los talones de la gloria. Mi carrera estudiantil sería un accidente inevitable en el proceso de culturización, especie de labor secundaria en la absorbente función de la carrera de letras para la cual ocuparía puesto de escolar, permanentemente en sus bancos, bajo la dirección de los maestros del pensamiento. Entonces no acertaba a prever el proceso de sacudimiento colectivo que viviría Venezuela al desaparecer el jefe del régimen político en torno al cual gravitaba aquella edad oscura de atraso e incultura; la limitación de mi campo mental no me permitía adelantarme a aquella época y ubicarme en las nuevas tareas históricas que la República demandaría de sus hombres. Suponía que la pasión de las letras sería en mí superior a toda tentación y que mis oídos estarían cerrados para otra voz que viniera a hacerme su llamada.

Cargado de esos confusos y complejos pensamientos llegué a las puertas de Caracas una tarde de septiembre de 1933, a los diecisiete años de edad. Entraba en mi ciudad madre, la que luego formaría a su imagen y semejanza el contorno de mi nueva vida. La ciudad alegre, enervada de juvenil desgaire, desbordante de esa imponderable fuerza espiritual que fluye en la sonrisa de sus mujeres y en el ademán acogedor de su regazo, abría sus brazos cálidos para recibir al anónimo estudiante provinciano que golpeaba sus puertas cargado de maletas, sueños y esperanzas.

Discurso

El verdadero Libertador

La Sociedad Salón de Lectura conserva pura su fe bolivariana, que ahora viene a decir, embanderada de dignidad responsable, con la voz solemne de las grandes emociones, ante el recuerdo sin muerte de un hombre que fue timonero de rumbos claros en la gran tarde de América, por entre el ancho camino del corazón agitado de su pueblo. No podía estar ausente la palabra de esta casa para ser enarbolada a la media asta de su dolor, igual que un grito proceloso de angustia, en esta fecha que aún sangra en la entraña martirizada de la patria como herida cavada a golpes de arma blanca.

A cien años del día en que arribaron a tierras de Venezuela los restos mortales del Libertador, su pueblo se congrega, convocado por la fervorosa admiración que lo vincula a él con la misma tierna evidencia que el lazo caliente de sangre encadena la mano del hijo al corazón del padre. Y así está hoy el pueblo de Venezuela en esta fecha que es signo común de su dolor: vinculado como el hijo de la tierna evidencia a la serenidad silenciosa de su gran padre el Libertador. Pero con la mano de su dolor clavada sobre los labios para asesinarse el deseo atormentado de gritarle: “¡Padre!, también yo sabré caminar tu camino y serán mis manos las que dorarán el pan de todos nosotros, hecho con levadura dulce de tu libertad; y serán mis hijos los que harán más nuestros los campos que tú sembraste de admiración; y los que más nuestra harán esta tierra que ya fue común como tumba de tus soldados, los otros padres de América”.

La distancia histórica que nos separa del Libertador, engalanada del ditirambo empenachado de tradición guerrera, ataviada de oriflomas rotas y de clarines enmudecidos, nos ha traído a esta Venezuela de hoy un Libertador desfigurado, al cual veneramos sobrecogidos en la arrogancia silenciosa de sus bronces, con sacudimiento devoto y marcial. Y es que el Libertador no ha adquirido aún para los ojos de su pueblo su exacta dimensión de símbolo. La enseñanza activa de su obra, la voz del hombre voluntarioso aún permanece silenciada en sus discursos, amarrada de duros años, muerta en sus vibrantes producciones, lejana e imposible para su pueblo analfabeto que no sabe presentir su elocuencia creadora bajo el brillo dorado de su uniforme. Aún el Libertador no es para su pueblo la advertencia didáctica que debiera ser. Enardecido por la fiebre marcial de sus combates, el Libertador es para su pueblo soñador el soldado sin miedo de las empresas audaces, el capitán jinete de los corceles blancos, cruzando la tierra empinada de Los Andes por entre el gris helado de la neblina, con sus hombros charreteados de nieve. Caminero de la leyenda heroica, timonel de la aventura amarga, su gloria nos llega a la distancia, izando con su brazo desesperado y modelador de pueblos la espada castigadora a la orilla de sus batallas. Ya el Libertador no es para su pueblo lo que debiera ser porque nos lo hemos figurado con nuestra imaginación romántica como hombre belicoso y arisco de sangre moza, cruzando al galope febril por el ancho campo de la fantasía, tremolando su grito embanderado de guerra; y de pie sobre los amplios estribos, azuzando de espolazos hondos la carne de su caballo y haciendo estremecer la tierra en la alta escena de la guerra.

El Libertador no ha de seguir siendo para nosotros el hombre de la leyenda heroica, militar victorioso que se escapa hacia la jurisdicción de la inmortalidad por entre el camino erizado de combates, alzándose en su marcha desesperada de triunfos sobre la espalda desnuda de los muertos sin nombre. En el reloj de América ha sonado la hora de reivindicar el hondo contenido humano del héroe, desnudándolo de la hierática y altiva inamovilidad que le han dado sus trajes de bronce, para ser colocado al frente de su pueblo, ya sin la

aureola marcial, y que vuelva así a ser un hombre entre sus hombres y se humanice como el Simón Bolívar del terremoto del año 1812, y venga a repetirnos, con la voz incendiada de delirios, la lección sublime y perenne del entusiasmo, como en Pativilca⁷, y nos traiga la palabra huracanada de su discurso memorable de Angostura y el abrazo hondo, hermanador de pueblos, de su Congreso de Panamá.

Toda una literatura, perversamente equivocada, de antología errónea, ha venido conspirando contra el significado humano de la obra bolivariana, deformándola y convirtiendo en ser irreal, en criatura del Olimpo, al hombre que le dio aliento y acción, enclaustrándolo en su alta piedra de Dios, como dispensador de milagros. Nada hay tan negativo como este afán innoble de arrebatarse a Simón Bolívar su aleccionadora condición de hombre para inmovilizarlo en la rigidez deshumanizada del Libertador. Por eso cuando el escultor argentino labró desnudo a Simón Bolívar, a horcajadas sobre su caballo, tenso de músculos, con la sangre agolpándose sobre las riendas de bronce, realizando así la más pura concepción bolivariana, todos los guardianes de la gloria marcial de nuestro hombre se alzaron ofendidos; y en actitud gazmoña, con mojigatería de albaceas de la herencia militar del héroe, anatematizaron al artista que desgarró la vestidura del soldado para descubrirnos al hombre que nos está ocultando el denso humo de los cañones y el clarinazo emocional de sus batallas.

Alguien ha de cumplir esta tarea urgente y generosa de reivindicación del esfuerzo bolivariano, para que la obra y el nombre de Simón Bolívar adquieran la tonalidad humana y real que él hubo deseado para sí. Las nuevas promociones intelectuales de América, deslastradas de prejuicios, armadas de valiente sinceridad, están cumpliendo ya este deber trascendental y fecundo: salvar un aspecto fundamental de la obra bolivariana, el más valioso, que

7 Pequeño pueblo de Lima (Perú), donde estuvo Bolívar en una de sus campañas militares. En enero de 1824, Joaquín Mosquera, embajador de Colombia, lo encuentra allí muy enfermo. Le informa que la guarnición de El Callao se había pasado a los realistas. Él le pregunta: "¿Y qué piensa hacer usted ahora?", y Bolívar sin importarle su grave estado le responde: "¡Triunfar!" (N. del E.).

ha ido desapareciendo opacado por el fragor estruendoso de los cañones y por la mentalidad guerrera de quienes le han construido a Simón Bolívar esa gloria marcial de soldado sin miedo. Pero este esfuerzo noble de la joven generación de América ha provocado la violencia puritana de quienes se consideran obligados a defender la tradición militar del héroe.

Ha nacido así la pugna de concepciones entre dos fuerzas intelectuales que no pueden interpretar idénticamente el sentido de la obra bolivariana. Han dicho las fuerzas jóvenes, mentoras en el destino cultural de América, que el Libertador es el más alto símbolo de una época, en el cual debemos estudiar y aprender la lección vigorosa de energía creadora, el esfuerzo fecundo, tajante de sacrificios, la decisión entusiasta y la visión táctica del político avizor. Y junto a esto, han discutido las jóvenes promociones del continente el pensamiento del Libertador, a la luz clara del día, con sentido de concepción moza, leyendo en él como en un inmenso libro del cual hay que conservar la página de los aciertos y reflexionar ante el renglón de las amargas equivocaciones. La historia, que no es una quieta colección de escenas sino un film que se sucede de tiempo a tiempo, moviendo pueblos y hombres, nos ha venido a demostrar cómo el pensamiento bolivariano, vigente y justo para las grandes inquietudes de su época, no podía ofrecer toda su respuesta a los nuevos problemas que nos preocupan en esta Venezuela angustiada de 1942. Es entonces cuando se ha dicho, por la voz limpia de la juventud venezolana, que no está capacitado el pensamiento bolivariano para señalarnos soluciones, pero que sí debemos bucear en el fondo de esa palabra continental para descubrir una intención que pueda aplicarse a nuestros problemas de hoy. Con ello no estamos negando al Libertador ni profanando sus virtudes inefables de ciudadano, porque no es negación afirmar que las preocupaciones sociales de 1942 son otras, muy diferentes a las que en 1813 obligaron a subir a aquel hombre por la calle alta de Los Andes, jadeante de dolor y de ambiciones limpias, para llegar a sus Carabobos y a sus Pichinchas y a sus Boyacás y a la gloria anónima de sus cien batallas que bautizó de sangre generosa la

vida oscura de sus soldados. La gran sinceridad del pensamiento nuevo de América ante el pensamiento bolivariano está en imprimirle movimiento incesante, transformándolo, renovándolo, no ya para servir a intereses extraños y justificar causas injustificables, sino para que se alce de la quietud de las bibliotecas, abandone la solemnidad adusta de los archivos y vuelva a ser la voz conductora de pueblos, no hacia la muerte colectiva de sus batallas, pero sí hacia la más honda cordialidad de los pueblos de América, hermanos en su destino común por sobre la convención artificial de sus fronteras. Es esta la razón justa por la cual censuramos esa mística bolivariana de relumbrón que solo ve en Bolívar al héroe desvinculado de los hombres y lo convierte en oportunidad para que una literatura impresionante y preciosista se vuelque con puntualidad disciplinada y tediosa en nuestras fechas clásicas, ante el pedestal de sus estatuas impasibles o ante la ingenuidad silenciosa de un pueblo, a cuyos ojos se está escondiendo el significado justo del esfuerzo de Simón Bolívar. La juventud nueva de América ya quiere desglosar las páginas de los adjetivos suntuosos al nombre del Libertador porque tiene conciencia de que es hora de callar el palabrerío sonoro en torno al héroe para descender a sus hechos, a estudiar la voluntad complicada de aquel hombre, a interpretar el sentido social de sus esfuerzos y para que vuelva a ser hombre al lado de su pueblo, como ya lo fue en la arrogancia varonil de su Carta de Jamaica o en la de los tumultuosos manifiestos que redactaba con mano emocionada de joven conspirador en los conciliábulos de la Junta Patriótica; y para que vuelva a ser camino y ancho cauce, vereda inquieta y calle soleada, rumbo sin orillas y agitada bandera para un pueblo que anda solicitando, a más de cien años de su muerte, el resultado exacto de su obra.

La juventud de América, jadeante de inquietudes colectivas, ve en Simón Bolívar el símbolo humano forjado con el voluntarioso empeño de un gran espíritu que fue preocupación tendida hacia todas las causas justas. No fue el hombre predestinado —para decirlo con palabra que ya usó un historiador venezolano— enviado por la Providencia para que indicara los caminos en la

encrucijada de esta patria. Él fue el hombre que se formó en la disciplina diaria, en la lucha de la contrariedad, renunciando a la vida plena de comodidades, cancelando pequeñas y grandes satisfacciones para irse por el rumbo de los sacrificios, a dar forma de hecho concreto al tremante ideal que en él fue fuerza animadora e impulso desesperado. Esto es Simón Bolívar ante su juventud de América como personalidad humana: la inconformidad razonada contra los hechos cumplidos, la acción desbocada, el ideal revestido de energías contra la realidad conformista de los más. Y esa es la gran enseñanza de su vida; porque si Simón Bolívar hubiese atendido el consejo hazañero de los resignados, su vida no hubiera sido otra que la común y anónima de todos cuantos con tranquilidad encubridora aceptaban una situación de sometimiento esclavista, y habríamos continuado a la espera milagrosa del hombre que viniera a romper los viejos muros de la casa colonial para que el sol claro de la libertad nos entrara a torrentes. Es allí donde surge la estupenda voluntad de este hombre que renuncia a todas las comodidades que ofrece una vida de paz intranquila y de cómplice aceptación, para internarse camino a la aventura energética, sin calcular beneficios para su propia vida, atento solo al grito profundo de su conciencia porque sabe que hay hombres y mujeres de América transidos bajo la vieja angustia que nos amarró al trono de España; porque sabe que nuestros pueblos se están consumiendo entre la inasible esperanza de adquirir el derecho a gobernarse por sí mismos. Allí está la lección pura, el gran símbolo, el ejemplo activo que todos debemos solicitar bajo su chaqueta entrecruzada de laureles dorados. Así entiende la nueva juventud de Venezuela, porción de la nueva juventud de América, leal a su conciencia y a sus convicciones, el esfuerzo y la obra bolivariana: estímulo de honestidad pura, aliento incontenible de las convicciones limpias, lealtad a la propia conciencia, fuerza desbordada para dar vida a los ideales sin mancilla y mantenerlos incontaminados por sobre la acechanza turbia de los desertores y de los resignados.

Esto es ya Simón Bolívar para la nueva juventud de Venezuela que quiere recoger de él su convicción de hombre voluntarioso que

no quebrantaba su entusiasmo arrogante ante los cantos de sirena, los cuales ya entonces predicaban calma y serenidad. Y así debe estar en la conciencia de América: vigilante perenne de su gente, con el libro del ejemplo abierto en la lección desvelada, repitiéndola a sus pueblos con la voz impetuosa de su Orinoco, por la garganta verde de sus Andes.

La manera como aún se conmemoran en Venezuela las fechas clásicas del calendario bolivariano está contribuyendo a desfigurarnos el justo y recto significado de un movimiento que no fue hecho oscuro, sino todo un poderoso movimiento de transformación social dirigido a modificar un panorama político y económico que entonces vivieron los venezolanos desde el turbio y agitado amanecer de la Colonia. Pero, lejos de acercarnos estas fechas al signo creador de su intención, nos sentimos más a la distancia de los hombres que la engendraron, porque no se nos ha enseñado a mirarlos como mortales formados en el trajín de la lucha ardorosa y recia, sino que los contemplamos a la altura, ellos en su cielo artificial de gloria, dioses de la epopeya sin límites, nosotros en la mezquina realidad de la tierra, oscuros peatones del dolor popular. Continuar ensalzando a nuestros héroes con la vocinglería infecunda de las palabras, retirarlos aún más de sus pueblos, entronizándolos como seres irreales, prófugos de la mano milagrosa de la Providencia para servir su destino de predestinados entre los mortales, es una triste irreverencia que se convierte en la más punzante y perversa de las negaciones, porque con ello se está diciendo que no fue nuestra Independencia la obra cumplida por los hombres de la revolución de entonces, sino el milagro realizado por los predestinados que recibieron el soplo divino en la entraña santificada. Tal la conclusión que hemos de aceptar si se convierte en norma de interpretación bolivariana esa irrazonada manera de agigantar la aureola de heroicidad que nimba las sienes guerreras de nuestro padre Libertador.

Ya es, pues, hora de que su pueblo vea en Simón Bolívar al gran hombre que aún tiene para nosotros vigencia de lección sabia y humana. Es hora de apagar el ditirambo encendido en torno a la

figura de epopeya del capitán orientador de ejércitos, para abrir paso al hombre de ambiciones puras, al que ahora debe estar frente a su pueblo, repitiéndonos con palabra honda, que no han podido opacar los siglos, lo que a través de la historia nos ha dicho la voz altiva de su ejemplo: la libertad no es dádiva distribuida por el capricho de los gobernantes, la libertad ni se mendiga ni se recibe de limosna; la libertad se conquista con el esfuerzo común del pueblo, porque ningún hombre digno ni podrá tomar las cosas por bondad, ni recibirlas de limosna.

Nuestro más puro homenaje a la obra bolivariana debe ser este: rescatar al Libertador de su condición irreal, extraerlo de su cenáculo de dioses, adonde lo ha llevado la admiración intencionada de los que han deseado alzar murallas entre el gran ciudadano y su pueblo. Que esta sea nuestra contribución a la tarea purificadora de la lección bolivariana, para que Simón Bolívar descienda de su templete de la inmortalidad a transitar con ademán de hombre por la calle ancha de su patria, cruzándola de occidente a oriente como en su Campaña Admirable; partiéndola de norte a sur como en su marcha hacia Los Llanos; y reuniéndola toda en la consigna emocionada de su voz como en la gran tarde de Carabobo, cuando eran los Orinocos desbocados los que se desbordaban impetuosos por entre sus brazos y eran Los Andes los que se agitaban sobre sus altos hombros erguidos de victoria, y era todo su pueblo, oscuro de sangre del África, blanco de sangre de España y ardiente de sangre nativa, el que azuzaba su mano en su gran faena de edificador de pueblos.

Detengamos al héroe en su carrera hacia la inmortalidad y que al nuevo grito de “Vuelvan caras”⁸ regrese su mirada hacia este pueblo que ahora lo busca en su intimidad de hombre, para que se coloque a

8 Voz de mando de José Antonio Páez en la Batalla de las Queseras del Medio en 1819 para la realización de una estrategia de guerra que le permitió la victoria frente a las fuerzas realistas. Dicha maniobra consiste en un cambio de dirección de la retaguardia, en la que los que se retiran vuelven cara a sus perseguidores, lo cual crea una gran confusión en los mismos. La maniobra como tal se ejecuta mediante voz de mando o toque de trompeta; siendo la última la más usual. A esta estrategia también se le conoce como “volver cara al enemigo” (<http://www.venezuelatuya.com>) (N. del E.).

la cabeza de las grandes jornadas, rumbo a los mejores destinos que esta patria está solicitando. Que sea él quien nos conduzca, que su cabeza empenachada de tempestad violenta, como en sus admirables oportunidades, sea el rumbo visible en la marcha de este pueblo que ya convirtió en consigna su frase virtual de antología bolivariana: no habremos hecho nada mientras quede algo por hacer.

Padre Libertador: aquí está tu pueblo, extrayendo de tu nombre el aliento animador, para que él sea la más sentida emoción de su juventud, hoy, cuando está enarbolando al tope de sus anhelos las banderas que tus manos habrían izado frente a las nuevas luchas que en esta hora dividen la humanidad.

Padre Libertador: leales guardianes de tu ejemplo, invocaremos tu nombre como bandera de fe y de entusiasmo vivo para que en las horas de vacilación pesimista nos alcemos con tu briosa resolución y sepamos también gritarla con honda fe, con tu grito de Pativilca: ¡triunfar!

Pueblo del Táchira: hagamos de esta fecha oportunidad para remozar nuestra fe bolivariana, la fe pura de engaños, limpia de turbias intenciones, íntima y cordial como el pan sencillo en la mesa desnuda del pobre; y para que así seamos, otra vez, como en las fechas tumultuosas de la Independencia, el pueblo conductor de las patrias de América hacia la purificación auténtica de la democracia. En esta fecha debemos colocar al frente de nuestra jornada el nombre de este hombre para que vuelva a ser, vinculado a su pueblo, el timonero de los rumbos claros en la nueva gran tarde de América; para que nuestra voz se alce con la briosa intensidad de tu juventud revolucionaria y sea consigna empenachada de ardor en la jornada oscura de estos pueblos que están buscando la gran herencia que vos nos dejasteis, padre Libertador. Y para que la tierra ancha y oscura, el agua clara y los campos dorados, la paz tibia y el trigo alto de los campos, el salitre y el petróleo, el oro y el azúcar, el estaño y el platino y todas las minas, la libertad y el pan que nos legasteis sean nuestros en el amor honesto de la patria y para que así América sea la hija tuya y la madre nuestra, padre Libertador.

**Ventanas al mundo:
artículos periodísticos**

Congreso y petróleo

El petróleo ha sido para la historia de los últimos veinticinco años venezolanos manzana de discordia, factor decisivo y fundamental. El petróleo nos ha orientado hacia todos los rumbos. Nos convirtió en tema puntual para las charlas doradas de Wall Street. Nos incluyó en las chequeras de Deterding, Mellon, Morgan y Rockefeller. Luego nos ha traído a esta condición de lacayos del capital inversionista. Nos ha hecho célebres y expertos en maquinaciones palaciegas, en combinaciones diplomáticas, en gestos urbanizados de politiqueros. Hacia todos los rumbos nos ha aventado el petróleo con su soplo majestuoso. No hay renglón en esta historia venezolana de los últimos veinticinco años sobre el cual no haya caído la gota de petróleo para bautizar una intriga.

Muerto Gómez afloraron en la conciencia venezolana las reivindicaciones nacionalistas de su pueblo. Sabíamos que Gómez representaba la personificación humana de un sistema político fundamentado en poderosas bases económicas. Comprendíamos que la muerte de Gómez no liquidaba aquella etapa de desgobierno.

Estaban intactas las bases económicas del sistema. Y había que golpear recia y tácticamente sobre ellas. Contra el imperialismo yanqui-británico se abrió el juicio público del sentimiento venezolano. A la silla de los acusados fueron conducidas las compañías petroleras, colocadas entonces en la picota de la opinión popular. Llovieron los datos estadísticos. Circuló una henchida literatura que hizo público el secreto de las ganancias de las petroleras, de sus maniobras y de

sus privilegios. Y aquel célebre informe que rubricó Gumersindo Torres⁹ con su mano de ministro de Fomento en 1928, el cual dio la vuelta al mundo entre el aspaviento de los accionistas petroleros mientras era ignorado por los venezolanos, subió gallardo, en su rol de requisitoria, a la primera plana de los diarios. Fuego sagrado de la calle venezolana ascendió contra los intereses del petróleo. Una encendida reacción popular inflamó la atmósfera quieta que heredamos de Gómez. Pero las compañías petroleras se apoltronaban impasibles en su esquina del *ring*, con la serenidad flemática que solo los poderosos saben ostentar estoicamente. Aquel envalentonado grito de la calle venezolana no podía alcanzar el alto espíritu de las empresas. Sus intereses no podían ser lesionados por la vocinglería pretenciosa y febril de los criollos impulsivos. Las petroleras habían comprado concesiones en el país, habían tasado conciencias y hecho pingües negociaciones. Gente de mentalidad comercial, sus gerentes saben hablar enfáticamente con cifras. Y así tocaron a las redacciones de ciertos periódicos, utilizando de nudillos el canto plateado de “su majestad el dólar”. La gente honorable empezó pronto a reprochar tal campaña contra las compañías. Era injusto e ingrato atacar a ese trust que vino a enseñarnos cómo debe utilizarse la tierra. Así empezó a armarse aquel fantasma de los brazos rojos que fue el comunismo. Una literatura de desecho, importada de México, Cuba, Panamá, Norte y Centroamérica transitó por las prensas de los diarios venezolanos. Altas barricadas se alzaron así por los gacetilleros al servicio de ese ejército imperialista acampado en Venezuela. Una ola de tinta ahogaba la palabra clarificadora del movimiento popular. Comunistas fueron quienes predicaban mejor participación venezolana en

9 Gumersindo Torres (1875-1947). Ilustre médico y diplomático que “en plena dictadura de Gómez, cuando no había criterios precisos en materia de hidrocarburos, elaboró el primer instrumento legal venezolano sobre petróleo”: el Reglamento sobre el Carbón, Petróleo y Sustancias Similares. Se le debe la primera normativa sobre el negocio del crudo (Ley de Hidrocarburos de Venezuela, 1920) que, como ministro de Fomento, desarrolló “tras determinar que en esta área económica, Venezuela era explotada y perdía valiosos recursos que iban a las compañías norteamericanas y angloholandesas” (“Entrevista a Vicente Lecuna Torres, nieto de Gumersindo Torres”, <http://www.correodelorinoco.gob.ve>) (N. del E.).

la explotación de su petróleo: enemigos de la patria, hijos malos de la entraña venezolana, cruzados de la destrucción, réprobos de la moral. Y así se anotaron el triunfo las petroleras. El duro viento de la represión sirvió de centinela a los intereses del petróleo. Después vinieron suspensiones de periódicos. Expulsiones de ciudadanos. Encarcelamientos. Multas. Disoluciones de partidos. Decretos para suspender la huelga petrolera. En esta tierra las compañías timoneaban y la paz oficial montaba guardia para tranquilidad de la conducta leonina del dólar y de la libra esterlina.

Hoy llegan otros tiempos. Se ha congregado el Congreso no para aprobar una ley de orden público que encadene la libertad de asociación política, sino para discutir los textos legales que regulan la administración del petróleo. Ahora asistimos a un Congreso reunido para discutir en torno al aceite. Pero en la barra no está la claque de las compañías sino la decisión de este pueblo que enarbola su gesto voluntarioso en el trance de rehacer su destino.

Exoneraciones

Cuando se intente unificar la dramática historia del petróleo venezolano, habrá que dedicar en ella un ancho capítulo a las exoneraciones. Para arribar al fondo de este problema hay que cruzar la página de las exoneraciones, puerta dorada de las petroleras por donde, prófugos del fisco venezolano, escaparon millones de bolívars para multiplicar los dividendos de las empresas.

Simultáneamente a la aparición del petróleo venezolano, las compañías petroleras yanqui-británicas se apresuraron a instalarse como huéspedes privilegiados de este país. La Standard y la Royal volcaron sobre nuestro territorio geólogos y capitanes de industrias, hombres expertos en intrigas políticas y cazadores hábiles de concesiones. Empezó la batalla por el petróleo en tierras venezolanas, donde ya estaba acampado el ejército imperialista que comandan Rockefeller y Deterding. Fue una secreta guerra de conquista en la cual se aliaron, en maridaje sórdido, la socarronería criolla de una clase gobernante que prorratéo a piltrafas la vida de la nación y la

política yanqui del Big Stick o Garrotazo¹⁰, entonces vigente en Norteamérica y de la cual nos hablan con elocuencia histórica las páginas dramáticas que escribieron Scott Nearing y Joseph Freeman en su gran obra *La diplomacia del dólar* (1925). Las petroleras entraron pacíficamente en Venezuela. No utilizaron tácticas corsarias ni ademanes rudos de piratas. Aquí había un gobierno complaciente y desvergonzado, capaz de jugarse la túnica de Venezuela al pie de su crucifixión.

Las leyes que debían regir las relaciones entre las petroleras y el Estado venezolano fueron redactadas –siempre se ha dicho– en las gerencias de las empresas. No hubo necesidad de alterar la escena del entreguismo venezolano violentándola con ademanes rudos de conquistadores. Los españoles, acicateados por la codicia ante la leyenda de El Dorado, tuvieron que forcejear bárbaramente para obtener el oro que recogieron ensangrentado de manos de nuestros abuelos. No así las petroleras. Ya alguien dijo que aquí estuvieron presentes abogados y políticos venezolanos dispuestos a lograr ventajas para las petroleras, sin actitudes violentas, con aspavientos melosos de cortesanos.

En la legislación petrolera de Gómez existió el artículo 49 de la Ley de Hidrocarburos¹¹, por el cual las empresas estaban exentas del pago de “derechos de importación sobre todos los instrumentos, aparatos, maquinarias y sus repuestos, buques, enseres, hierro manufacturado, envases, vehículos, efectos sanitarios, materiales de hospital y edificios desarmados que destinen a sus obras de exploración y explotación y refinación y transporte...”. Allí estaba tendido el puente de plata que después fue transitado por los *trusts* del aceite con prodigalidad tal que miembros del Gabinete de Gómez se alarmaron. Las empresas se dedicaron al contrabando legal. Aprovechándose del

10 Doctrina creada por el presidente de EE.UU. Theodore Roosevelt durante su mandato (1901-1909), la cual manifestaba que su gobierno podía realizar negociaciones y pactos con sus adversarios, pero siempre mostrando la posibilidad de una actuación violenta como modo de presión. En Latinoamérica, podía presionar a los países con una intervención armada si estos no aceptaban sus requerimientos (N. del E.).

11 Promulgada el 19 de junio de 1920 (N. del E.).

artículo 49 introdujeron, sin cancelar derechos de importación, artículos de lujo y muebles.

En el año 1930 suscribió Gumersindo Torres, ministro de Fomento, un reglamento por el cual se aspiraba a corregir aquella situación de privilegio para las compañías. Ese reglamento fue objetado por las empresas, las cuales exigieron su reconsideración, con ensoberbecida arrogancia de conquistadores. Torres se negó y respondió con un informe acusador y valiente. El titular de Fomento sintetizó las desventajas fiscales de las exoneraciones en estos términos:

El monto de las exoneraciones asciende en diez años a la cantidad de Bs. 233.359.462,06, y los impuestos recaudados en igual período montan a la cantidad de bolívares 171.952.126,10. De la comparación de estos guarismos resulta el cálculo desconsolador de que habría sido preferible no cobrar impuesto alguno de explotación en cambio del pago de los derechos de aduanas exonerados.

Es allí donde se ha derivado aquella frase atribuida al ministro Torres: “Nosotros les regalamos el petróleo a las compañías y encima les pagamos para que se lo lleven”.

En la actualidad está reunido el Congreso. Allí se revisan las leyes conexas con la explotación del petróleo. El país tiene puesta su desvelada preocupación en las deliberaciones del Capitolio Nacional. Y espera que sea arrancado de raíz este beneficio de las exoneraciones. Ya es hora de cerrar esa puerta dorada al apetito insaciable de las empresas del aceite.

Absolución a las petroleras

Será poco cuanto se diga sobre la revisión de las leyes del petróleo. Tema para ser deshilvanado ante los ojos lectores, debe agotarse hasta sus últimos renglones. Aún ignoramos qué significa esta pregonada revisión de la política petrolera. Todavía desconocemos el valor de estas leyes recién promulgadas. Pero hay que decir la verdad, sin

engaños, para no torturar más tarde el espíritu de nuestro pueblo con mentiras piadosas.

La nueva Ley de Hidrocarburos ha consagrado una monstruosidad jurídica, algo que resta valor a otras conquistas de orden secundario. En esa ley se ha incluido un artículo por el cual la nación renuncia a reclamar todo cuanto le corresponde en virtud de vicios, fraudes y utilidades dolosas de las petroleras. Dicho en otras palabras: se ha hecho “cuenta nueva” con las compañías y se ha cancelado todo reclamo legítimo que pueda corresponderle al Estado venezolano. Contra esta renuncia estuvieron los parlamentarios de la Minoría Unificada¹². Y lo estuvieron, no por afán de exasperados políticos o por sectarismo militante. Lo estuvieron por que no hay razón alguna que pueda justificar este lavatorio de fraudes.

La historia de las concesiones petroleras en nuestro país está edificada sobre la violencia, el fraude, el vicio y la injusticia. Esos contratos fueron construidos sobre bases deleznable que cimentó la dictadura con complacencias y bellaquerías. Las compañías del aceite han jugado plácidamente a conquistadores sobre la estropeada soberanía de un país que fue entregado a piltrafas. Han usufructuado una riqueza que es propiedad común del pueblo venezolano. Lo que heredamos como patrimonio de nuestros padres libertadores ha sido desmigajado bajo la majestuosa arrogancia del trust petrolero. Y “no hay, ni puede haber, figura jurídica alguna que haga de la injusticia derecho”¹³. No puede aceptarse que unos cuantos renglones de palabras, sembrados en el cuerpo de esta ley, hayan borrado aquella historia de hondo dolor, de inhumana explotación y de total desvergüenza.

La nación ha renunciado a reclamar lo que en justicia le pertenece. Y esta absolución enturbia cualquier conquista de otro sentido.

12 Parlamentarios del partido AD e independientes que participaron en el debate que tuvo lugar en la Cámara de Diputados sobre el proyecto de Ley de Hidrocarburos de 1943. La Minoría Unificada estaba integrada por Andrés Eloy Blanco, Luis Lander, Mario García Arocha, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Ricardo Montilla, Jesús Ortega Bejarano, entre otros (N. del E.).

13 Frase de del doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo durante su participación legislativa en la formulación de la Ley de Hidrocarburos de 1943 (N. del E.).

Las compañías, operando en el país con un capital primitivo de 400 millones de dólares han obtenido ganancias de 1.250 millones de dólares. Y esas utilidades están vinculadas a una historia de vejámenes, son páginas dramáticas que ha escrito el imperialismo altanero y ensoberbecido. Utilidades cosechadas entre combinaciones diplomáticas y maniobras de magnates, mientras languidece en sus miserias seculares este pueblo sombreado de dolores y engaños. Las compañías petroleras saben que hay vicios fundamentales en sus contratos y que aquellas ganancias son vulnerables jurídicamente. Por eso se apresuraron a aceptar una legislación que, tras la cortina de humo del aumento en los impuestos, perdonaba sus atropellos. La Mene Grande Oil Company fue obligada, por sentencia de la Corte Federal, a pagar al fisco nacional 15 millones de bolívares. Y los vicios de la concesión López Rodríguez¹⁴ fueron estimados en 32 millones de bolívares que percibió la nación. Mucho más podría obtenerse porque hay innumerables vicios en el fondo de las concesiones, en la historia sombría de los contratos petroleros. Pero todo fue borrado con el signo de absolución, al aprobarse la ley donde la nación renunció a reclamar lo suyo.

No se ha obtenido lo que a la nación corresponde en la revisión petrolera. Cuarenta años habrá que esperar, de acuerdo con las leyes sancionadas, para intentar esa revisión a fondo que reclamamos las organizaciones y los hombres de desvelada preocupación venezolana. Pero nuestro pueblo no esperará cuarenta años. Ya lo dijo Luis Lander en la Cámara de Diputados: "Puede estar seguro el pueblo venezolano de que en su marcha hacia el futuro, en tiempo no muy lejano, podrá reclamar lo que le corresponde y podrá obtenerlo. Acción Democrática siempre estará a su cabeza para hacerlo".

14 Concesión para explotar tierras ricas en petróleo otorgada durante el gobierno de Juan Vicente Gómez (1908-1935) a la empresa petrolera Venezuela Gulf Oil Company y que luego pasó a manos de la Mene Grande Oil Company (N. del E.).

Éxodo campesino

Un nuevo problema ha surgido en nuestra quieta vida pública. El éxodo campesino está pregonando ahora, con la voz elocuente de los hechos, lo que se ha escrito en la prensa independiente de la República sobre el tremendo problema de la tierra venezolana. Gente sorda y de mezquina miopía intelectual ha pretendido escamotear esta verdad que está presente para todo el pueblo venezolano. Y se ha afirmado, con voz audaz, que el problema agrario venezolano es una falsa creación mental de agitadores y demagogos profesionales. Es el sectarismo militante de quienes están interesados en predicar las virtudes de una situación viciada y desmentir la realidad con vocinglería desordenada y anárquica.

El abandono del campo es combatido en Venezuela con la prédica patrioter y sentimental. Por allí hay escritores que están clamando por el retorno a la tierra –a la madre tierra, dicen ellos–, usando la voz franciscana y llorosa para conmover conciencias. Pero tienen la prudente habilidad de no ofrecer las razones por las cuales nuestro campesinado se desborda hacia las ciudades, aventado por la tragedia secular que lo ha convertido en instrumento de la tierra. Para estos predicadores la razón del éxodo reside en el afán campesino de venirse a las ciudades a vivir la hora de placer urbano y a cambiar el gesto rústico por el ademán ciudadano. Hasta allí llega el análisis de estos sociólogos en mangas de camisa que están descubriendo una realidad sui géneris cómoda.

De distintos lugares de nuestros campos están arribando hombres a la ciudad. Vienen a solicitar trabajo los unos. Otros son traídos por contratistas de obras públicas para suplir la mano de obra del trabajador urbano por su brazo depreciado de campesino. Es una táctica posiblemente vinculada al proceso de inscripciones electorales que ha de iniciarse el próximo primero de abril. Al campesinado es fácil engañarlo. Es fácil arrebatarle la cédula electoral o mantenerlo aherrojado hasta el día en que se ha de cotizar su voto. El campesino ignora la Ley del Trabajo, desconoce sus derechos y los beneficios que esa ley le otorga. Contratar campesinos

para las obras públicas es burlar aquella ley, sin complicaciones, sin esfuerzos mentales. Esa gente ignora la existencia de las Inspecciones del Trabajo. Es tan fácil despedir campesinos de las obras públicas. Y mientras tanto aumentan los desempleados urbanos. Nuestros trabajadores son despedidos, preferentemente los que militan en sindicatos o cuya filiación política es invariablemente democrática.

Así actúan dos males venezolanos: el de la tierra y el electorero. El de la tierra echa a los campesinos de sus parcelas y el electorero despide a los obreros sindicalizados o cierra sus posibilidades de ingreso a las obras públicas para hacerse con los campesinos una pasiva clientela electoral. Y mientras tanto arrecia la preocupación económica sobre innumerables familias trabajadoras de la ciudad. Hay obreros con seis meses de cesantía. Hombres desesperados, al borde de las peores tragedias. Existen datos concretos, nombres y apellidos, para que no se diga que estamos escribiendo una página sombría, de falsedad o demagogia.

Llegan los campesinos a la ciudad, empujados por el gran problema de la tierra. De la tierra ocupada, mientras hectáreas ociosas están esperando en el distrito Junín¹⁵ el brazo del hombre para ser incorporadas a la vida activa y productora. Se esperan créditos más amplios para los campesinos, implementos agrícolas para trabajar la tierra, vías de comunicación entre centros productores y de consumo, enseñanza técnica para los agricultores, parcelación de los latifundios de la nación, planes de irrigación. Y mientras esperamos todo esto, se continúa importando arroz, frutas, harina, papas. Y los campesinitos continúan llegando a las obras públicas urbanas, donde se les recibe con los brazos abiertos para desplazar al obrero de la ciudad, el cual exige más altos salarios, conoce la Ley del Trabajo y discute sus derechos. Así se está protegiendo en este Estado la agricultura venezolana.

15 Municipio del estado Táchira, cuya capital es Rubio (N. del E.).

Alguien dirá que el éxodo campesino es invención de agitadores. Pero hay datos concretos para dar a esta verdad toda la extensión que le pertenece.

Libertad de esclavos

A ochenta y nueve años del día de hoy puso José Gregorio Monagas el “ejecútese” a la ley por la cual “queda abolida para siempre la esclavitud en Venezuela”. “Libertad para los esclavos” gritaba entonces el pueblo, condensando en aquella consigna su tremendo deseo de conquistar lo que la Guerra de la Independencia no obtuvo. La Independencia no había planteado reivindicaciones de carácter social o económico. Fue una guerra militar entre la Colonia y la Metrópoli. Independencia política para Venezuela fue el objetivo ambicionado de ese movimiento. Allí está su límite, hasta allí llega la grandeza de aquella guerra que nos emancipó de la tutela borbónica para dejarnos sometidos a los blancos criollos, terratenientes y poderosos. Un movimiento preparado intelectualmente por devotos del enciclopedismo francés, admiradores de la Revolución francesa y “los derechos del hombre”, entre los cuales surgía esplendoroso el de que “los hombres nacen libres e iguales en derechos”, apenas pudo llegar hasta la Independencia política para la nueva República, sin alterar las relaciones sociales de aquella economía.

La ley de 1854, al devolver la libertad a los esclavos, abrió camino a las modificaciones económicas en un país de mentalidad feudal, donde las relaciones entre amos y trabajadores aún se inspiraban en ambientes del medioevo. Fue aquella ley nuevo punto de partida de esta lucha de transformación que hoy está en marcha como ya lo estuvo en los primeros años de la República. No faltaron entonces los predicadores de tragedias, para quienes la emancipación de los esclavos significaba alteración de intereses económicos. Pero la historia vino a confirmar que, no solo estuvieron equivocados aquellos profetas de la tragedia, sino que, además, no se hallaban cumplidas las condiciones sociales para que la liberación de los esclavos produjese la limpia eficacia que de ella se esperaba. Los

esclavos se hallaron de repente convertidos en hombres libres. Pero no hallaban qué hacer con aquella libertad que les estorbaba en las manos. Los nuevos ciudadanos morían de hambre y de miseria a las orillas de los caminos, entre los montes, afuera de las haciendas de sus viejos amos, más allá de la tierra a la cual estuvieron esclavizados. Empezó el éxodo interminable de esclavos hacia las ciudades. Gente atraída por el aliciente de que la libertad sería libertad para comerse el pan con tranquilidad. Y luego fue el regreso decepcionado a las haciendas de sus amos, a servirles nuevamente, ya no como esclavos, sino en condición de falsos hombres libres que se sentían tan esclavos como antes lo fueron... Cosa igual a la que sucedió en Estados Unidos, luego de finalizada la Guerra de Secesión¹⁶. En la versión cinematográfica de *Lo que el viento se llevó* (1939) se puede constatar el retorno de los esclavos a la hacienda del amo, solicitando continuar el trabajo abandonado.

A los ochenta y nueve años de la vigencia de esa ley que abolió la esclavitud debemos reflexionar sobre ella. Todavía nuestro hombre del pueblo no es ciudadano libre. Nada significa que esté consagrada esta libertad en constituciones y leyes, si sus condiciones económicas lo mantienen sometido a la gran tragedia de las clases trabajadoras de Venezuela. Obreros de la ciudad, trabajadores del campo, todos ellos aún sienten el espolazo de su miseria y se saben esclavos en esta Venezuela de 1943. El campesino vive bajo la esclavitud del latifundio y la explotación del terrateniente, entre los males tradicionales del campo: miseria, ignorancia, caciquismo politiquero, enfermedades y hambre. Cultivando la tierra ajena, mientras extensiones ociosas de latifundio aún no han sentido el golpe fecundo de sus manos. Viven nuestros hombres del campo sembrando la tierra, arrancándole frutos que sus labios no morderán, sin libertad para comer el pan suyo y de sus hijos. Estas mismas palabras pueden utilizarse para escribir la tragedia de nuestros trabajadores urbanos, hombres y mujeres para quienes el diario forcejeo no es otra cosa sino su lucha de intereses frente a los intereses patronales. Pero el surco

16 También llamada Guerra Civil estadounidense, se libró entre 1861 y 1865 y su causa principal fue la institución de la esclavitud (N. del E.).

está abierto para esta segunda siembra. Ya echó a andar el tiempo en Venezuela y quedó borrada la hora de los temores. Es tiempo de que nos busquemos a nosotros mismos, al hombre que duerme en cada uno de nosotros, para reunirnos luego en la marcha hacia una patria que nos pertenezca, que sea nuestra y propia venezolana, y posible para sus hijos.

No están muertas las posibilidades. Perfeccionemos las obras de nuestros antecesores. Y pongamos en movimiento a un pueblo que está ansiando la señal para incorporarse a la vida activa de esta patria promisoriosa y esperanzada.

Urgencia de la incompatibilidad

Caracas presenció la noche del lunes el mitin proincompatibilidad. Una venerable figura, la del general Régulo Olivares¹⁷, estuvo presidiendo el acto. En su compañía, ciudadanos de filiación política independiente. A su alrededor, la gente de Caracas, ávida y fervorosa, compartiendo el sentimiento del grupo ciudadano que encabezó aquella reunión.

Esta es, luego ampliada nacionalmente, la estructura ciudadana en torno a la tesis de la incompatibilidad. Fuera del movimiento están el partido de gobierno y un segundo grupo político. Excepción hecha de ellos, toda Venezuela siente la consigna como necesidad insatisfecha, viva y reclamadora. La ha sentido a lo largo de la historia, en reacción decorosa contra un estado de absurdas situaciones. Porque no puede aceptarse que la democracia, funcionalmente activa y fecunda, sea en Venezuela máscara de antruejo con la cual se disfrazan funcionarios públicos en temporada legislativa. Porque nada dice a la conciencia nacional la convocatoria a elecciones

17 Régulo Olivares (1873-1952). Militar tachirenses que combatió a favor de la Revolución Legalista de Joaquín Crespo, en 1892. Luego se unió al Grupo de los 60 que invadieron con el mismo general Castro. Fue jefe de Fronteras, comandante de Armas de Trujillo y gobernador del estado Zulia. También fue ministro de Guerra y Marina y un activo conspirador antigomecista (Miguel Azpúrua. Diario *El Tiempo*, 09/11/2006) (N. del E.).

municipales si luego nuestro Congreso es una sucursal del Poder Ejecutivo, con jefes de aduana legislando, secretarios de gobierno enjuiciando la obra del gobierno, directores de gabinete examinando su personal actuación administrativa. Y porque un régimen así realizado en nada se diferencia, en su origen, de aquellos otros donde el poder reside en un hombre disponedor de la soberanía.

Ha surgido el presidente Isaías Medina Angarita entre la incompatibilidad y la reacción. Se ha dicho que la reacción utiliza la incompatibilidad para impedir la Reforma Constitucional. No hay, no puede haber, argumento más infantil. Es una versión del cuento de Caperucita para turbar mentes de niños. Si el Congreso es del partido del gobierno; si este dispone allí de una mayoría abrumadora; si la voluntad del Partido Democrático Venezolano (PDV)¹⁸ es la voluntad del Congreso, habrá que preguntarse: ¿cómo va a impedir la reacción que sea promulgada la reforma constitucional? ¿Dispone acaso de una segunda mayoría dentro de las Cámaras, o ha de plegarse el partido de gobierno a las consignas de aquella?

No es por eso el peligro de ver truncada la reforma constitucional lo que pueda detener la incompatibilidad. Es el derecho a la vida administrativa del grupo que hoy controla el Poder Público. Su permanencia en el poder se juega ahora. La carta de la incompatibilidad sería su perdición. Aprobada esta, el pueblo dispondría en próximas elecciones del Congreso, arrebatándose al Ejecutivo. Y es esto lo que quiere evitarse. Es lógico que así actúe el partido de gobierno. Que defienda su derecho al goce administrativo. ¿Pero qué solicitan aquellos otros grupos políticos que han rodeado al PDV en su negación de la incompatibilidad? ¿Qué interés puede privar en estos para mantener por más tiempo la impureza legislativa? O son engañados o engañan. Engañados si aceptan la mentira de que no habrá Reforma Constitucional si se insiste en la incompatibilidad.

18 Partido político venezolano progresista que existió durante la presidencia de Medina Angarita (1941-1945). Surgió durante el año electoral de 1941 para lanzar su candidatura (N. del E.).

Engañan si hacen la concesión del silencio sobre la incompatibilidad para ver derogado el inciso sexto.

El PDV se siente seguro de su poder. Y están jugando la carta del engreimiento político. Ha querido decir: "Ustedes amenazan el régimen con la tesis de la incompatibilidad. Retírenla de la circulación para que haya Reforma Constitucional. Si así no lo hicieren, tendremos quienes digan que ustedes van aliados a la reacción".

Esta es la escena que ahora presenciamos desde este rincón de Venezuela.

Reacción e incompatibilidad

Ya no será un frente único el que habrá de soldarse para lograr el adcentamiento de nuestros Congresos. El desmigajamiento de esas fuerzas se ha iniciado, lamentablemente. Quizá como punto de partida para una ubicación de pensamientos políticos hacia el 46 y el problema de la sucesión presidencial. Porque ni el voto directo ni la incompatibilidad pueden ser analizados aisladamente, a modo de iniciativas desvinculadas. Dentro del todo orgánico de la vida venezolana, ellos constituyen parte esencial en este panorama que va a desembocar en la escogencia de un candidato a la Presidencia de la República.

Ni el PDV ni la Unión Municipal están acordes con la incompatibilidad. Habría que agregar: tampoco lo está el presidente Medina. Las razones de los dos grupos políticos no son similares. El PDV no puede aceptar la incompatibilidad en este momento porque sería tanto como firmar con propio puño y letra su partida de defunción. Y las razones son de lógica simplicidad. El PDV es una criatura de origen administrativo. Su vida y posibilidades dependen del Poder Público, más concretamente del Ejecutivo. Y aquel y este tienen sus raíces profundamente hundidas en el Congreso. De aquí adquiere el régimen todas sus fuerzas, alientos y energías. Mientras el Congreso esté en sus manos tendrá también en ellas toda la historia de Venezuela. La de hoy y la de cien años más adelante. Pero tan pronto pierda ese control y esté roto el lazo que los vincula, perderá este aparato toda virtud vital y vendrá al suelo estrepitosamente para desaparecer entre

escombros del poder derrumbado. La incompatibilidad es la pérdida del Congreso para el régimen. Porque entonces irán a esos escaños otros hombres que, aun afiliados al gobierno, no tienen compromisos administrativos con este. Su adhesión será programática pero nunca incondicional. Ya no será un Congreso dócil atado con cordón de plata. Esta es la razón verdadera del PDV para no aceptar la incompatibilidad entre las funciones legislativas y demás cargos ejecutivos y judiciales. Son las mismas razones del presidente Medina que así ve amenazada la estabilidad de su régimen o de cualquiera otro posterior calcado sobre el suyo.

Se ha empezado a decir, con toda la mala fe posible, que la reacción utiliza la incompatibilidad como arma contra el presidente Medina. Esta es una de esas triviales afirmaciones de sentido táctico, puestas en circulación con fines clarificados. Para el respaldo de esa aseveración sus autores presentan como argumentos el hecho de que voces de filiación reaccionaria le hagan eco y la relieven. Pero una medida o una consigna no es reaccionaria por sus defensores o propugnadores. Es reaccionaria por su origen, propósitos y finalidades. Y el origen de la incompatibilidad es de carácter democrático porque diversifica el Poder Público y evita el dominio de un solo hombre; por sus propósitos y finalidades, porque tiende a poner cese a esta farándula de Congresos bautizados en alcobas ministeriales.

Pero hay mucho por decir en torno a la incompatibilidad. Y explicar por qué algunas voces reaccionarias la corean. Explicar también por qué un sector político democrático la repudia. En el fondo, posiblemente, dos hombres se disputan la escena: López Contreras y Medina. Allá hemos de ir.

Clasificaciones

No solo en ciencias naturales privan las clasificaciones. Más allá de las especulaciones científicas se ha impuesto ese afán de disciplinar categorías, de especificar e individualizar caracteres. La política venezolana no ha estado al margen de los clasificadores que se han colado en ellas, descubriendo colores e intenciones. En sociología

la clasificación se impone, pero en un tono más elevado, porque el campo de aquella ciencia está por entero ubicado dentro de la lucha de clases. No así en política. En esta se clasifica arbitraria y divertidamente, con ademán grotesco. Es un vicio que ya perdió su categoría de deporte de diletantes para convertirse en desagradable ocupación de escudriñadores y adivinos.

La clasificación política de los colores sí ha adquirido vigencia universal. Las últimas luchas han estado vestidas con su color específico. Camisa parda del nazismo. Camisa negra del fascismo. Bandera roja del sóviet. Los colores han espiritualizado la lucha. Porque parece que fuera polémica de pintores y no batallas políticas las que se libran bajo el negro fascista o el rojo soviético. La lucha de los colores ya fue más poética cuando la Guerra de las Dos Rosas¹⁹: la blanca y la roja. Porque además de los colores, parecía que combatían los jardines de Inglaterra. Pero en Venezuela la lucha política de los colores se liquidó desde aquella expresión oportuna que amalgamó a liberales y conservadores: "Liberales de cuello azul". Ya no hay colores, porque ahora las cosas han cambiado de nombres y las clasificaciones surgen para una gente apresurada que vive agitadamente y que muchas veces no podrá diferenciar el rojo del carmesí. Ya aquella frase lapidaria de Juan Vicente González, llamando a la bandera liberal "amarilla color de miedo", no tiene vigencia, porque ese partido apenas es un rezago de la historia. Ya no hay colores. Pero hay nombres y designaciones. Palabras elaboradas en las redacciones de periódicos bautizados con agua oficial.

Cuando Rómulo Gallegos habló en el teatro Garbiras²⁰ de nuestra ciudad, hacía una reflexión oportuna y pintoresca. El

19 Guerra civil que ocurrió en Inglaterra entre los miembros y partidarios de la Casa de Lancaster contra los de la Casa de York entre 1455 y 1487. Ambas familias pretendían el trono por origen común en la Casa de Plantagenet, como descendientes del rey Eduardo III. El nombre "Guerra de las Dos Rosas" alude a los emblemas de ambas casas, la rosa blanca de York y la roja de Lancaster (Keith Feiling, *Historia de Inglaterra*) (N. del E.).

20 Teatro Garbiras. Teatro de San Cristóbal que mandó a construir en 1904 el doctor Aristides Garbiras y fue demolido en 1955 (N. del E.).

novelista dijo: “Antes, para combatir políticamente a un hombre y colocarlo en malquerencia con el gobierno, se decía: es enemigo de la causa, de la rehabilitación; ahora, como no hay causa, y hasta sería ridículo hablar de ella, se nos dice: son enemigos del gobierno”. Así ha nacido esta clasificación últimamente trajinada en la República: gobiernistas y antigobiernistas. Es una manera palaciega de clasificar. Y también una manera de ofrecerse a la voracidad oficial, subrepticamente. Porque quienes así hablan para llamarse amigos del gobierno, están hundiendo su pica en Flandes. Es el método socarrón de entregarse entre el sí y el no de los aspavientos y melindres. Y cuando se califica de enemigos del gobierno –antigobiernistas, para decirlo con palabra muy amada por cierto vocero local– a hombres y organizaciones democráticas, se está azuzando al Poder Público para que intervenga contra estos “réprobos de la ley”.

En política venezolana las clasificaciones son risueñas y jactanciosas. Pero en el fondo priva ese afán de la prensa y hombres de criterio represivo, inclinados a barrer la oposición. Posiblemente no sea el gobierno el más interesado. Pero sí sus beneficiarios, gente iracunda porque los partidos democráticos no dejan transcurrir en paz su digestión de presupuesto público.

Estas clasificaciones nuestras han deformado la lucha política. Pero no han quebrantado el espíritu de los nuevos venezolanos, atentos al llamado de la conciencia nacional. La mala fe ha sido la consejera de estos escudriñadores que están descubriendo movimientos “comunistas”, olas de “agitadores”, “malos hijos de la nacionalidad”, “antigobiernistas”, en los cuadros de las fuerzas democráticas, donde solo hay un entrañable amor hacia Venezuela y su futuro destino de pueblo en marcha.

Derechos políticos para la mujer

Desde Caracas nos visita la voz alborozada de un grupo de mujeres inquietas, preocupadas y combatientes fervorosas por la incorporación femenina a la vida política venezolana. Estas mujeres,

chocando contra el paredón alto de las hostilidades y contra la red de prejuicios que aprisionan el espíritu nacional, se han desbordado, victoriosas y optimistas, hacia un campo virgen, inexplorado.

La incorporación de nuestra mujer a la vida venezolana se ha venido cumpliendo lenta y perezosamente. Todo un pesado lastre de prejuicios, de mentalidad medieval y de espíritu gazmoño retardó la presencia de la mujer en el ancho panorama de nuestras actividades públicas. Pero ella supo romper el cerco hostil y quebrar los linderos que la frivolidad masculina quiso trazarle para convertir su vida en una parcela de contradicciones sentimentales y de oscura inferioridad. Nuestra mujer abandonó la ventana de la confianza amorosa para irse a sentar en los escaños de los liceos, instalarse en los bancos de la universidad. Ella salió a la calle a crearse la independencia económica, dispuesta a romper la tutela del hombre y a convertirse en trabajadora de su pan. Así redimió su cuerpo y su espíritu de la esperanza del matrimonio oportuno, la más alta profesión de su vida. Y demostró hallarse en condiciones de derrumbar las deleznable teorías de quienes aún se amurallan en el viejo concepto para señalar a la mujer, como escenario específico de su vida, el hogar, la cocina, la iglesia y las modas. Ahora ya no hay predicadores de la inferioridad mental de la mujer porque ella ha demostrado su madurez intelectual con mejor celo que muchos hombres mercenarios, desleales a su virilidad.

La lucha de la mujer venezolana en pro de sus derechos políticos no puede abandonarse a ella sola. El escritor y el intelectual, el político progresista y el hombre deslastrado de prejuicios han de colaborar en esta hermosa cruzada que nuestras mujeres han iniciado con el cálido entusiasmo de su avasallante fe. Abandonar esa batalla en sus manos sería suicida y negativo. Y el hombre de responsabilidad no puede ser cómplice de una sociedad absurda, de mentalidad estrecha, que pugna por cerrarle rumbos a nuestra mujer. Ya surgirán quienes prediquen contra esta reivindicación femenina, a nombre del hogar, de una falsa moral y de fosilizadas virtudes. Los partidarios del retorno de la mujer a su condición de esclava no renunciarán a enturbiar el agua de esta campaña. Y muchos clamarán por que ella

vuelva a su cualidad de objeto frívolo, de cabeza perfumada y vacía, de adorno grato para la hora íntima del hogar.

No hay razones para negar a la mujer su incorporación a la vida política. Ni jurídicas ni humanas. Hemos superado la etapa de los viejos conceptos. Y la República espera que estas mujeres que saben dar hijos a la patria también tengan su derecho a participar en las inquietudes públicas. El voto no es privilegio para hombres. Tampoco el derecho a ser elegido. Si vivimos en una sociedad donde la mujer cumple su deber de ciudadana, y contribuye a la vida de la nación, debe tomar parte activa en los destinos de la colectividad.

No dejemos a la mujer sola en esta batalla. Acallemos el prejuicio de quienes se sienten envalentonados para pedir el retorno de la mujer al gineceo de los griegos. Que ella venga a nuestra vida política a luchar como venezolana y que ya no sea solamente el pozo dulce para saciar nuestra sed del espíritu y del cuerpo. Emancipémosla de esta odiosa condición y que ella marche al lado de sus hijos, de su esposo, sus hermanos o su novio, como ciudadana del pueblo venezolano.

La Constitución

Este viento azul de la reforma constitucional nos viene cautivando el ánimo certeramente. Quizá hasta deformándonos el concepto de la lucha social, llevándonos al aura romántica de los jacobinos²¹. Y, por no haber puntualizado los hechos oportunamente, podríamos correr el riesgo de propiciar una revisión constitucional edificada sobre la arena, especie de sofisma de oro, buena para la alta alquimia. Una reforma constitucional abstracta, no madurada en el proceso social, sin raíces ni principios económicos

21 Se refiere a un grupo político de la Revolución francesa, el cual se llamó así por el sitio donde se reunían: el convento dominico de la calle St. Jacques (San Jacobo). El jacobinismo fue ideología caracterizada por el centralismo de un Estado fuerte que no dudaba en distorsionar la ley e ignorar los derechos individuales (libertades públicas, propiedad) en beneficio de la Revolución. La raíz del espíritu jacobino era el oportunismo revolucionario, que supera la norma: "Perezca la Ley, para que la República se salve" (Jesús Pabón, *Cambó*) (N. del E.).

que la alimenten, no irá más allá de la expresión política. Los hechos serán de elocuencia para demostrarla a la luz de la realidad, allí donde las palabras deben ser abandonadas por inútiles y escasas.

Sabemos que el voto directo es imprescindible para moldear una Venezuela de limpia fisonomía democrática. Porque sin él continuaremos en esta farsa deleznable de mala escena. Pero también es cierto que el voto directo no vendrá a beneficiar el destino democrático de Venezuela ni a mejorar sus posibilidades sociales, humanas y políticas, al golpe del milagro. Solo cuando tengamos hombres y mujeres plenamente libres, con voluntad y pan propios, podremos confiar en la totalidad ciudadana del voto. Será la fecha de la conciencia, gallarda y pujante. Mientras tanto nos estaremos confeccionando mentiras piadosas, dándonos el voto directo para que el empleado público, elegido por favor político y no por triunfo propio en la carrera administrativa, sufrague por el candidato de su superior; permitiendo que el gran terrateniente disponga por coacción de los votos de sus peonadas; y de que el Estado, en su condición de Moloch²², con su presupuesto tentacular de 400 millones, disponga de la clientela parasitaria a su antojo, dictándole el voto frente a la urna electoral.

Tendríamos que llegar a la reforma constitucional por el camino de la lógica. Primero dar tierra y libertad económica al campesino para que así vote por su candidato y no por la insinuación taimada del latifundista. Luego crear la carrera administrativa para que el empleado público sea servidor del Estado y no del gobierno. Más tarde impulsar las industrias para que cada venezolano disponga de propias posibilidades y no seamos el pueblo pobre dentro del Estado rico, sumiso a sus consignas. Lograr estas reformas sería detener la marcha política largos años. Pero tendríamos bases seguras, razones positivas para confiar en la estabilidad del voto directo como institución. Lo contrario es llegar

22 Antiguo dios de los fenicios, cartagineses y sirios representado como una figura humana con cabeza de carnero o becerro, sentado en un trono con una corona a quien se le hacían sacrificios de niños. Ruiz Pineda usa el término como sinónimo de monstruo (N. del E.).

a la reforma constitucional por el camino falso, corriendo el riesgo de desfigurar el concepto democrático y otorgar credencial de limpieza a los vicios electorales que nos agobian.

Pero no podremos esperar que la reforma constitucional sea fruto en el proceso social venezolano. Hemos de aceptarla así, como nos llega, a mitad del tiempo. De nuestra capacidad para ejercerla y vivirla dependerá también el destino de su vigencia, el éxito de su misión y su tarea. Esperémosla y que ella nos diga la palabra de la definición.

Las minorías en la vida nacional

Hemos venido hablando sobre la reforma constitucional. Exponiendo lo que Venezuela esperó de este estatuto. Lo que ella anhelaba en la carta limpia de su destino. No en el afán de centralizar críticas sobre el régimen, sino por ser hora de hacer la siembra, sin enconos, sin duras palabras para que luego haya frutos de nuevas reformas en la hora segunda de la Constitución. Y porque así se borra la zona de penumbra que dejó sin luz esta reforma que hoy discuten las Cámaras Legislativas.

Se ha hablado del sistema electoral venezolano. De su viciosa organización, hecha para encubrir la voluntad de quien haya reclutado la mayoría de votos. Sin posibilidades para los grupos electorales que no lograron la victoria. Es un sistema para mayorías, excluyente, de dominio injustificado. No puede apoyarse que aquel otro grupo electoral que, sin ser mayoría, obtuvo altura de votos en el proceso, quede fuera del ejercicio de la soberanía. Ese grupo representa una fracción del pensamiento y voluntad de los ciudadanos. Representa parte de su voluntad. Es un pensamiento distinto al vencedor, con otra posición frente a la vida social. Con nuevos sistemas para enjuiciar la política, la economía y la sociedad. Por eso es merecedor de representación. La patria no es la patria de las mayorías. No es la patria del número más alto de votos. Ella está formada por la adición de voluntades, por los pensamientos y sentimientos congregados. Por eso la función

pública debe corresponder a esa estructura de la patria. Allí donde la función pública es ejercida exclusivamente por un grupo de la ciudadanía ya no hay gobierno de todos. Hay el gobierno de los más sobre los menos. Y Venezuela necesita el gobierno de todos porque solo así habrá unidad en la acción y responsabilidad pública. El concurso de sus fuerzas en la disciplina de la función es imposter-gable. Y sería suicida toda labor encaminada a impedir la incorporación de esos otros grupos, todavía al margen de la actividad.

La representación electoral para las minorías debe ser complemento del voto directo en la elección de diputados. Ninguna influencia transformadora dejará sentir esta reforma constitucional si a la hora de los comicios Venezuela presencia un desenlace igual al ya conocido. Será una manera de alterar el camino. Pero nunca la meta. Concejos Municipales, Asambleas Legislativas y Congresos donde solo se oye la voz del grupo constituido en gobierno nada dicen a la inquietud ciudadana. Serán asambleas de consulta, cuerpos auxiliares del Poder Ejecutivo, instrumentos a su servicio. Solo voces aisladas, presentes allí después de duro esfuerzo para el arribo, podrán alzarse para consignar su disentimiento, su inconformidad. Nada más. Pero otra sería la realidad del hecho si las minorías tuvieran representación electoral. Llegarían a los Concejos, Asambleas y Cámaras Legislativas Nacionales. Se oiría allí la voz de los grupos que no obtuvieron mayoría electoral. Habría diversidad de opinión, libre juego de criterios. Y Venezuela ganaría porque nuevos pensamientos, armonía y unidad estarían al servicio de sus aspiraciones.

La representación electoral de las minorías ha de ser considerada por el Congreso. No ya en la Constitución sino en la Ley de Censo Electoral y de Elecciones. Solo así obtendrá valor el voto directo en la elección de diputados al Congreso Nacional.

Día Panamericano²³

América ha enarbolado en este día todas sus banderas. Y todos los himnos de sus pueblos se encienden como un solo canto, en la fecha de la hermandad continental. Día para reafirmar nuestros vínculos, debemos sentirlo como algo propio, unido a nuestro destino común.

El panamericanismo ha sido una hermosa palabra, sonora y brillante en labios de embajadores, suerte de mágica doctrina para adormecer el pensamiento de generaciones. La literatura protocolar de la diplomacia ha encontrado en el tema panamericano el más rico filón para aderezar bellos discursos en los cuales se combinan los nombres de Washington y Lincoln y las hazañas de Simón Bolívar y José de San Martín. Tal fue el destino del panamericanismo en los últimos tiempos, hasta el advenimiento del presidente Roosevelt a la Casa Blanca. Fue en nombre del panamericanismo que se realizaron las más violentas incursiones yanquis en la soberanía de nuestros pueblos. El intervencionismo de la bandera de las barras y las estrellas, en nuestra vida doméstica, fue constante y demoledor. La política del garrotazo presidía las relaciones de los Estados Unidos con nuestras jóvenes repúblicas. Y sobre esas bases se quería construir el panamericanismo, en el cual llevaría la voz cantante la nación yanqui, asistiendo nuestros pueblos como convidados de piedra. De ahí la frase mordaz que alguien usara para designar nuestras conferencias panamericanas: “asambleas de ratones presididas por el gato”.

En *La diplomacia del dólar* –aquel dramático libro de dos escritores yanquis antiimperialistas– están sintetizadas las más sombrías páginas que pudieran escribirse sobre la arrogancia del Tío Sam al comandar nuestra vida pública. Allí están reseñados, valiente y

23 En 1890 se creó la Unión Internacional de Repúblicas Americanas, producto de la Primera Conferencia de Estados Americanos reunida en Washington. En 1910 esta misma agrupación se convirtió en Unión Panamericana y en 1948 adoptó el nombre de Organización de los Estados Americanos (OEA). Esta organización seleccionó el día 14 de abril de cada año para conmemorar el Día del Panamericanismo que se celebra en Venezuela, por decreto presidencial, desde 1930 (<http://www.bibliotecayacucho.gob.ve>) (N. del E.).

crudamente, los episodios de la carrera de violencias que Wall Street realizó por el ancho solar de América Latina. La época en que la Casa Blanca custodiaba los manejos leoninos y oscuros del dólar está captada magistralmente en esta obra que es una requisitoria audaz contra el intervencionismo, entonces realizado a nombre de la demagogia militante que utilizó la Doctrina Monroe²⁴, a manera de pabellón para cubrir actos arbitrarios.

El panamericanismo ha cobrado vigencia leal y justa con la tesis de la Buena Vecindad. En la Casa Blanca está instalado un hombre que representa el pensamiento de su partido, la gran mayoría del pueblo yanqui. Y aquel partido tiene un concepto más amplio y táctico de la vida continental, del destino de nuestros pueblos y del entendimiento que ha de presidir nuestras relaciones en esta hora de lucha antifascista y en el mundo de la postguerra. Es así como ha sido cancelada la página de las violentas intervenciones en nuestra vida pública. La prueba de fuego para la tesis de la Buena Vecindad fue hecha cuando México expropió, bajo el comando revolucionario y nacionalista de Lázaro Cárdenas²⁵, a las arrogantes compañías petroleras que operaban ignominiosamente en el país azteca. Las compañías acudieron a Wall Street, quizá recordando aquella frase del expresidente Calvin Coolidge²⁶: “Detrás de cada dólar yanqui habrá un cañón yanqui”. Pero fue un golpe de puertas la respuesta de la Casa Blanca. Así triunfó la tesis de la Buena Vecindad sobre el intervencionismo.

El Día Panamericano ha de ser para nuestros pueblos algo más que una fecha que señalen los calendarios con cifras rojas. Debe ser

24 Doctrina elaborada por John Quincy Adams y atribuida en el año 1823 a James Monroe, quien fue presidente de Estados Unidos de 1817 a 1825. Sintetizada en la frase “América para los americanos”, establecía que cualquier intervención de los Estados europeos en América sería vista como un acto de agresión que requeriría la intervención de Estados Unidos (N. del E.).

25 Lázaro Cárdenas, presidente de México de 1934 a 1940. Nacionalizó la industria petrolera, lo que trajo como consecuencia que los británicos rompieran las relaciones diplomáticas con su gobierno, y el petróleo mexicano y otros bienes fueran boicoteados (N. del E.).

26 Calvin Coolidge: presidente de EE.UU. (1923-1929) (N. del E.).

sentido como el propio destino colectivo de millones de hombres y mujeres. Porque ha de ser de la entraña viva de América de donde surgirá el nuevo concepto para este “siglo del hombre del pueblo”. Nuestra función histórica así lo reclama. Y es hora de que solicitemos, por debajo de las pompas litúrgicas de esta fecha, el verdadero significado del panamericanismo. Es hora de que renunciemos a ser “los Estados Desunidos del Sur” de que hablara Domingo Faustino Sarmiento²⁷. Y de que por sobre las líneas de nuestras fronteras formemos el espíritu de una América promisoría y estable, orgánicamente unificada y capaz de hacerse sentir como un pueblo de conciencia continental.

España

Ayer se cumplió el décimo segundo aniversario de la II República española²⁸. Una alta fecha que no puede ser ignorada ni puesta al margen de las inquietudes secundarias de esta vida. Hay que apartar la pupila y el espíritu de preocupaciones subalternas, para hablar de esta fecha que es cifra de fe en la vida española. Y hay que hacer un alto en la actividad del pensamiento y saludar a España; sangre, amor y presencia en esta lucha, valor y símbolo en la marcha de la humanidad.

No se puede nombrar a España sin que se diga con aquel poeta: “¡Ay!, cómo me dueles por dentro”, o se exclame: “Y un río de leones me sube por la sangre”²⁹. Y es que España duele como un recuerdo triste cuando se nombra. Pero en adelante ya no será el dolor, sino la fe, lo que ha de acompañar a los hombres y a las mujeres cuando

27 Domingo F. Sarmiento (1811-1888). Escritor, político, docente y presidente de Argentina en el período 1868-1874 (N. del E.).

28 El 14 de abril de 1931 se instauro en España el régimen político republicano que sucede a la monarquía de Alfonso XIII y que desencadenó la Guerra Civil en 1936 (N. del E.).

29 Ruiz Pineda seguramente parafrasea el verso de Federico García Lorca “Como un río de leones” perteneciente a su poema “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías” (N. del E.).

se nombre a España. Porque sabemos que al final de esta hecatombe regresará el pueblo español, por sobre la pretensión de sus verdugos, a erguirse con la fiebre de acero de sus mineros de Asturias³⁰, y a clavar en Madrid su canto de victoria, como en la tarde del Cuartel de la Montaña³¹, cuando supo enfrentarse con las manos vacías al orgullo de sus generalotes traidores. Así ha de reaparecer España. Esa España que no ha muerto y que no ha sido doblegada por la jactancia de Francisco Franco, el mal llamado “Soldado de Dios”.

España fue el campo deportivo para la guerra de ensayo del nazismo. Allí intervino esta fuerza experimentando su poderío contra un pueblo abandonado a sí mismo, luchando con los brazos desnudos, pero con la arrogancia de saberse defensores de una causa justa. Francia e Inglaterra jamás miraron con responsabilidad aquella masacre que se estaba realizando, a nombre de Cristo y su religión, en los campos alegres de Andalucía y en todas las ciudades de España. De nada valió aquel grito desesperado de Lluís Companys³², desde Cataluña: “Vuestras fronteras están en los Pirineos”. Y de nada valieron, tampoco, los angustiosos reclamos del general José Miaja.³³

30 Lázaro Cárdenas Presidente de México de 1934 a 1940. Nacionalizó la industria petrolera, lo que trajo como consecuencia que los británicos rompieran las relaciones diplomáticas con su gobierno, y el petróleo mexicano y otros bienes fueran boicoteados (N. del E.).

31 Edificación militar de Madrid construida durante el siglo XIX que alcanzó gran notoriedad por tratarse del lugar en el que se inició la sublevación militar de 1936 en la capital española durante la Guerra Civil (N. del E.).

32 Lluís Companys (1882-1940). Político y abogado español, de ideología catalanista y republicana, líder del partido político Esquerra Republicana de Catalunya, ministro del Gobierno de España durante 1933 y presidente de la Generalidad de Cataluña durante la Segunda República Española, desde 1934 hasta 1940. Exiliado tras la Guerra Civil, fue capturado en Francia por la Gestapo, la policía secreta de la Alemania nazi, a petición de la policía franquista. Trasladado a España fue torturado, sometido a un consejo de guerra y finalmente fusilado en el castillo de Montjuic (“Lluís Companys, 70 años de un crimen contra Catalunya”, Público, 15 de octubre de 2010) (N. del E.).

33 José Miaja (1878-1958). Fue un militar español y persona clave (jefe de la Junta de Defensa) en la defensa de Madrid entre noviembre y diciembre de 1936, durante la Guerra Civil española. Combatió hasta el final de la guerra y, tras ella, optó por el exilio, primero en Francia y después en México (Rafael Casas de la Vega, *Seis genera-*

La tesis de la No Intervención se había aceptado en Francia e Inglaterra como ataúd para España. Los errores de Francia e Inglaterra al tolerar aquella espantosa carnicería ocasionarían años más tarde la invasión de Austria, Checoslovaquia, Polonia, etc., por las fuerzas nazis. Fue allí donde se escribió el primer capítulo de esta guerra. Pero la miopía de las clases dirigentes de ambos países se tornó en actitud suicida, al clavar torpemente la cabeza, como el avestruz, frente a la tormenta. Por eso España es y será la recriminación más honda contra los intereses imperialistas francobritánicos que aceptaron resignadamente aquella guerra de ensayo del nazifascismo.

Este decimosegundo aniversario de la República española se celebra en la península dentro de una paz de fuerza. Franco, respaldado por la economía de la España Negra, aspira a restaurar, con pujos borbónicos, el imperio de la Hispanidad. Pero este señuelo febril solo produce hilaridad a nuestra América joven y antifascista. Franco sabe que su destino lo están decidiendo los ejércitos aliados. Y que por cada kilómetro que el Ejército Rojo haga retroceder a las fuerzas nazis, habrá un día menos de tranquilidad para su gobierno. Franco sabe que cada avión nazi derribado es una esperanza menos en su trayectoria de verdugo del pueblo español. Y que, al final, cuando las armas aliadas hayan signado la paz, su gobierno se vendrá al suelo como pirámide de papel.

Esta fecha nos acerca a España. Nos reúne en torno al pueblo que supo hacer frente al nazifascismo sin más fuerzas que su propia fe. A ese pueblo vamos por el camino de este día, cifra orgullosa en su vida fecunda y aleccionadora. A encontrarnos con España que aún combate en su gran puesto de centinela de la humanidad.

Política electoral

La política es una disciplina social, de conceptos, tácticas e ideas. Tal es su interpretación justa y lógica, considerada como ciencia o fenómeno sociológico, determinado por factores específicamente

les de la Guerra Civil. Vidas paralelas y desconocidas, 1998) (N. del E.).

económicos. Es el concepto de la política en su movimiento histórico, que tiende a transformar situaciones y a descubrir las determinantes directoras de esas mutaciones. Considerada así la política, es una ciencia activa, enraizada a la economía de los pueblos, vinculada al desarrollo creador de la humanidad. Para otros, la política no es una disciplina científica, ni tiene relación alguna con factores sociales y económicos. Para estos, la política es la lucha por el cargo público, la defensa de la posición oficial. Es algo empírico, oportunista, calculador, que mira simplemente a la tranquilidad orgánica del ciudadano, sin preocuparse ni por el futuro, ni por las leyes que guían las transformaciones sociales. Son estos los dos conceptos de la política. El uno mira al futuro, se proyecta, con sentido previsorio y fecundo, sobre el tiempo; el otro se enquistaba, quieto y rígido, en la hora actuante, aspira solo a ganar elecciones, a conservar posiciones, sin preocuparse por las disciplinas fundamentales de esta ciencia.

Los dos conceptos existen en Venezuela. Y están representados por dos fuerzas económicamente opuestas: pueblo y gobierno. El pueblo venezolano, la masa amorfa, deseosa de la transformación económica, se mueve conducida por razones sociales y solicita una vida totalmente diferente a la actual. El gobierno apenas cumple funciones de administración y defiende sus intereses, que son los de las clases dominantes, política y económicamente. En cambio, el pueblo mantiene un anhelo común: el de modificar las relaciones económicas de esta vida pública que descansa sobre el latifundio y los intereses semif feudales del Estado venezolano.

Nuestro pueblo fue a la Guerra de Independencia esperando mejoras económicas. Pero de allí regresó, agobiado por cien batallas, a alimentar ensueños en sus diarias angustias, mientras los blancos continuaban siendo dueños de las tierras. Y después ese pueblo fue a la Guerra Federal, bajo la consigna de Martín Espinoza³⁴: "Hagamos

34 Martín Espinoza: General que formó parte de las llamadas "Trece fieras", un emblemático grupo que estuvo en las filas de Ezequiel Zamora, quien era el líder de los campesinos, cuyo principal lema era "Tierra y hombres libres". Martín Espinoza cometió innumerables atrocidades durante la Guerra Federal (1859-1863), con su grito de guerra: "Mueran todos los blancos y todos los que sepan leer y escribir"; entre otras barbaridades

patria para los negros y para los indios”, esperando su parcela de tierra. Pero en el Tratado de Coche³⁵ –terminada la lucha– se abrazaron godos y liberales, y el pueblo que guerreó durante cinco años regresó a sus ranchos a acariciar esperanzas, nuevamente engañado, mientras la tierra continuaba en las manos de sus amos tradicionales. Y hoy, a 133 años de la Independencia, nuestro pueblo continúa luchando por convertir en realidad su ambición de todas las edades: tierra y libertad económica. Y este es el anhelo que hoy guía al pueblo para combatir políticamente desde los cuadros de su partido Acción Democrática: el de convertir la democracia política en democracia económica, donde haya pan, tierras, trabajo y dignidad para todos los venezolanos. La lucha de estas fuerzas políticas es lucha hacia el futuro. Porque están batallando por un concepto, no en defensa de una posición que ha de conservarse. No es la suya una lucha para ganar elecciones simplemente, sino una lucha que está encaminada a algo más denso y perenne: modificar la estructura económica del país. Este es el programa y esta es la razón del movimiento democrático venezolano. Allí hay un concepto dilatado, científico, sobre la política. No se está batallando exclusivamente para llevar a Concejos Municipales a hombres independientes: hay algo más por hacer. Y ese algo es la incorporación económica del pueblo venezolano. Tal es el concepto de la política considerada como fenómeno social y factor de transformación en el proceso dinámico de la historia. El otro concepto es el de conservar posiciones, ser dueño de un cargo público, triunfar pasajera y momentáneamente. Es el concepto de quienes entienden la política, en sentido electoral, como lucha de votos. A esta interpretación

les cortaba los dedos a sus víctimas para quedarse con los anillos que ostentaban, violaba a las mujeres blancas y se casaba en cada pueblo con la doncella que más le apeteciera, para luego entregarla como trofeo a sus hombres. Ezequiel Zamora, indignado con los excesos de este hombre empecinado e insensible a sus consejos y amonestaciones, y resuelto por otra parte a no consentir que el ejército se contaminara con inclinaciones al mal, determinó fusilarlo (Nelson Vielma, “Que mueran los blancos y todos los que sepan leer y escribir”, *Diario La Costa*, 07/04/2010) (N. del E.).

35 Acuerdo que estableció la culminación formal de la Guerra Federal. Su nombre se debe a que fue concluido el 23 de abril de 1863 en la hacienda Coche, próxima a Caracas (N. del E.).

corresponde el pensamiento del presidente Medina cuando invita a sus amistades políticas a actuar electoralmente en defensa de su régimen. Es un concepto equivocado el de considerar la política electoralmente, en beneficio de sufragios o número de votos. Podrán ganar elecciones esas amistades políticas del presidente Medina. Copar el Congreso con representantes. Pero no detendrán el movimiento popular que es unidad de fe, pensamiento, ideas y voluntad. Estos procesos, que arrancan de lo más profundo de la realidad económica, nadie puede detenerlos. En Francia nada lograron los esfuerzos de los jefes de Estado y periodistas oficiales para frenar aquel caudaloso movimiento de la Revolución. Así sucederá en nuestro país. A este llamamiento del presidente Medina acudirán gente por razones administrativas. Y ganarán elecciones. Pero el pueblo venezolano, que solicita algo más profundo que un triunfo municipal en comicios, no será detenido. Y triunfará arrollador, hoy o mañana. Su marcha nadie podrá detenerla. Ni los aspavientos de los evangelistas ni los esfuerzos de los capitanes electorales.

“El pensamiento no delinque”

Interpretar es, a veces, tarea más ardua que crear. Quien crea puede razonar subjetivamente, explicarse. Pero interpretar es penetrar el pensamiento ajeno y nada es tan difícilmente ubicable como la intención intelectual. No obstante quiero ahora viajar alrededor de aquella frase de don Fernando de los Ríos³⁶ –la que afirma que “el pensamiento no delinque”– y glosarla en la brevedad de esta columna.

Habrán que establecer, previamente, el concepto del delito como acto. El acto es la modificación, el cambio de estado consciente. Primero existe una confusa actividad sensorial que luego

36 Fernando de los Ríos (1879-1949). Político, dirigente e ideólogo socialista español considerado como una de las figuras más relevantes del pensamiento socialista de su país, destacando su propuesta de un socialismo humanista, desde una perspectiva reformista y no revolucionaria y dentro del marco político de la democracia liberal burguesa (N. del E.).

se manifiesta en la conciencia y de allí va al movimiento. Este es el recorrido del acto. Así adquiere consistencia de hecho, se hace acto lo que era fenómeno psíquico. El delito surge, precisamente, del acto ya proyectado de la vida psíquica a la vida exterior. Pero atraviesa la extensión de tres zonas: el pensamiento, la violación y el movimiento. Primero es idea, luego deseo y finalmente fuerza. La integridad del delito está en la conjunción de las tres circunstancias. No es delito el solo pensar ni es delito el solo querer. El pensar, el querer y el obrar forman el delito en la unidad del acto. Mientras un estado psíquico sea pensamiento o voluntad no delinque. El delito implica la destrucción de un bien jurídico, la lesión de un derecho. Con el pensamiento no puede destruirse ese bien ni ser herido ese derecho. Podrá querer su destrucción: será pecado. Podrá equivocarse en su actitud frente a la lógica: será error. Pero el delito implica siempre acción u omisión de un acto que se estaba obligado a realizar. No hay en el pensamiento-acción. Lo que aún no ha salido de idea a voluntad y de voluntad a fuerza no es delito.

La división entre el pecado y el delito no es oscura. Podrá tener sus zonas de penumbra, pero donde termina la moral termina el pecado; el delito empieza allí donde comienza el derecho. Se puede atacar la moral, violar sus normas sin herir el derecho. Por eso Jeremy Bentham³⁷ encerró en círculos concéntricos la moral y el derecho. La división entre el pecado y el error tiene su límite en la moral y la lógica. Así ubicamos las tres fases en la frase de Fernando de los Ríos: el error contra la lógica; el pecado contra la moral; el delito contra el derecho. Hay error cuando se altera el orden lógico de la disciplina humana. Hay pecado cuando se altera la norma moral. Hay delito cuando se altera el orden jurídico.

37 Henry Bentham (1748-1832). Filósofo, economista y escritor inglés, padre del utilitarismo, doctrina que preconizaba que todo acto humano, norma o institución, deben ser juzgados según la utilidad que tienen, esto es, según el placer o el sufrimiento que producen en las personas. A partir de esa simplificación de un criterio tan antiguo como el mundo, proponía formalizar el análisis de las cuestiones políticas, sociales y económicas, sobre la base de medir la utilidad de cada acción o decisión (<http://www.biografiasyvidas.com>) (N. del E.).

La Iglesia en su Derecho Penal Canónico va más hacia la ética, se fundamenta en la perversidad moral del agente del delito. No implica esto que todo pecado sea delito, pues se acepta que hay “el pecado propiamente dicho” y el pecado grave que es el crimen. Esta es la definición del propio San Agustín. De allí que el pecado sea universal y el delito, particular. Por eso el delito lesiona más que el pecado. Aún más: el pensamiento –aun siendo criminal– no es punible y por eso toda coacción contra el pensamiento es inconcebible y no solamente absurda sino antijurídica.

El pensamiento es solo un fenómeno subjetivo, psíquico, sin acción externa. Es diferenciable del querer, de la voluntad. Una idea puede ilógicamente ser concebida, inmoralmente concebida; pero mientras sea solo idea y no acto no ocasionará delito. El pensar puede ser un comienzo del querer o del obrar. Pero en sí, dentro de sí, es solamente un fenómeno intelectual que no puede ocasionar ni beneficios morales ni perjuicios jurídicos. Dejar pensar no es dejar delinquir. Cesaría entonces la libertad del pensamiento. Habría que estar dentro del hombre para saber cuándo su pensamiento es criminal y cuándo no. Y terminar, dentro del Derecho penal, con la libertad del pensar, que es tanto como la libertad del vivir.

República dorada

La prensa de Londres y Washington anuncia, a grandes titulares, el ascenso de la producción petrolera en Venezuela. Y adelanta su opinión sobre el destino social de nuestra República dorada, donde ya está resuelto el grave problema de su economía con el hallazgo de esta piedra filosofal de los milagros que es el petróleo. Los comentaristas dedican largos párrafos para hablar de la abundancia venezolana, destacando la envidiable posición del país en su condición de primer exportador de aceite. Hay algo de deportivo y juvenil en ese comentario. Se precisa el hecho de que Venezuela haya ido cobrando auge paulatino en el desarrollo de su industria petrolera hasta colocarse a la cabeza del pelotón de repúblicas productoras. Todo ello rodeado de esa ancha faja de literatura donde se habla de una brillante vida

del pueblo, sin privaciones ni inquietudes azarosas de sentido económico. Hemos realizado –en concepto de esa prensa–, el milagro total; y el nuestro es ya un pueblo timonero de riquezas, a flote de alegría sobre el negro mar del petróleo.

Ya es terca toda alusión sobre el petróleo. Se ha agotado el concepto de la reivindicación nacionalista, para destacar la condición fundamental del problema. Una densa literatura ha desintegrado las cifras, barriéndolas de ese polvillo de oro que el barón Rothschild imaginó sobre todas las cosas venezolanas en su gira frívola de turista³⁸. Tan hondo fue aquel clamor nacional que no pudo regatearse por más tiempo el vivo deseo de la conciencia venezolana. La revisión de la política del petróleo –cumplida bajo el golpe azul del optimismo– fue la culminación de aquel proceso de la opinión. La bandera de la reforma fue izada por el presidente Medina en su discurso de Maracaibo y luego coreada por la unanimidad del pueblo venezolano. Pero de la reforma regresamos con el espíritu totalmente ganado por la decepción, convencidos de que solo un tímido y modesto banderín fue tremolado por la mano oficial después de aquel caudaloso movimiento del pensamiento público. Las cifras, mejor que los largos renglones de la palabras inmóviles, pueden sintetizar la historia de este proceso de la reivindicación petrolera y demostrarnos el escaso provecho que Venezuela continúa derivando de sus riquezas.

El aumento de la renta petrolera para el presente ejercicio fiscal fue estimado en la cantidad de 106 millones de bolívares. O sea que solo aumentó en 40 millones sobre la cantidad anteriormente percibida por este renglón de ingresos. Sustancialmente nuestro presupuesto no fue alterado. Esos 40 millones de bolívares sirvieron para cubrir las resquebrajaduras internas de la administración pública, fueron los “paños tibios” para el mal venezolano. La instrucción no fue mejorada. La agricultura no recibió nuevos impulsos de crédito. Las industrias no sintieron el efecto saludable de la reforma petrolera. El arancel no fue reducido y las mismas altas clasificaciones

38 En 1935 el barón Rothschild, de la empresa petrolera angloholandesa Royal Dutch Shell, decía: “Venezuela huele a oro” (N. del E.).

continuaron encareciendo los artículos alimenticios que importamos. En cambio, fue necesario reducir la cuota asignada en función del situado constitucional a los tesoros de los Estados. En un 17% disminuyó la capacidad adquisitiva del pueblo venezolano días después de realizada la revisión del petróleo. Los grandes milagros que habría de producir para nuestra vida la tímida reforma de hidrocarburos se diluyeron en ese Moloch nacional que es nuestro presupuesto de gastos públicos.

El presidente de la República dijo en su mensaje al Congreso, luego de cumplida la reforma de la legislación petrolera, que ya esa reivindicación no sería bandera de lucha política en Venezuela. Pero las cifras y la realidad han venido a demostrarnos que ella continúa siendo limpia bandera de lucha y de combate en los cuadros democráticos del país. Habrá banderas para agitar en esos cuadros mientras Venezuela permanezca atada al contralor extranjero y nuestra economía sea dependencia del capital inversionista y la población venezolana el pariente pobre frente al familiar rico. No hemos llegado a la meta. Porque ningún venezolano podrá aceptar que en esta condición de primer exportador de petróleo continuemos recibiendo piltrafas mientras pingües utilidades multiplican los dividendos de los magnates.

Las frases de la Misión Fox³⁹ todavía están vigentes e inalteradas en el país. Continuamos siendo la nación de más altos ingresos en el mundo, "sin deuda externa y casi ninguna deuda interna; sus nacionales, sin embargo, son pobres y los efectos de la pobreza se manifiestan en todas partes". Es la frase de la realidad. Pero los adormecedores de pueblos nos dirán ahora que hemos conquistado el

39 Investigación realizada por el gobierno de Estados Unidos, por petición de su par venezolano Eleazar López Contreras, en 1939. Durante tres meses y medio, la misión estadounidense recopiló una serie de datos sobre la situación y características de la economía mundial e hizo una breve descripción de la estructura socioeconómica y política de nuestro país. Dicho informe se realizó en momentos de cambios que influyeron a favor de la iniciativa del presidente Eleazar López Contreras, interesado en buscar asesoramiento para adecuar el aparato público del Estado a las transformaciones exigidas por la dinámica mundial (Banco Central de Venezuela, <http://www.bcv.org.ve>) (N. del E.).

más envidiable de los puestos en la producción del petróleo. Emoción para deportistas porque en pie continúan los grandes problemas de la nacionalidad.

Frente a la vida cara

Si en alguna oportunidad ha reunido Venezuela la unanimidad de su gente en torno a sus preocupaciones, ha sido con ocasión del encarecimiento de la vida. Desde la fatiga proletaria del hombre anónimo que cruza en su diaria romería imposible de mercados hasta el rentista de aquilatadas ociosidades. Ha sido un clamor concertado, erigido sobre una común base de palabras reclamadoras. No ha habido el hombre aislado, la figura señera que escape a esta moderna tortura. Y mientras internamente los venezolanos nos debatimos sobre el mar ancho de angustias, el cable que viene del Norte nos informa que nuestro país tramontó la curva de la felicidad en su arrollador ímpetu del petróleo.

La política económica puesta en vigencia para neutralizar este agudo golpe de la vida cara no puede torcer el rumbo de los acontecimientos. Tímidas medidas, proyectos de ilusoria dimensión y la demagogia instalada sobre el riel de las palabras. Los problemas continúan durmiendo, con sus raíces intactas, mientras los organismos reguladores campean de orgullo en perspicaces documentos donde descubren que la vida se encarece. Y ahora, cuando se alza de nuevo la voz del reclamo puntualizador, se responde anunciando que todo está en estudio. Pero los aranceles continúan en su función de barrera, duplicando, cuadruplicando el valor de los artículos alimenticios que no producimos y adquirimos en el exterior. So pretexto de un mal entendido proteccionismo, la harina de trigo importada –para citar un caso– paga un aforo arancelario de 24 céntimos por kilo, aumentándose así en un 133% su precio original. La conclusión es conocida: el consumo de harina de trigo alcanza en Venezuela la escuálida cantidad de 28 gramos por cabeza, mientras en Europa la alimentación personal de ese producto oscila entre 200 y 400 gramos diarios. Esta es la aplicación de la subalimentación del

pueblo venezolano. De aquí se deriva ese mal endémico del país que los médicos denominan "avitaminosis" y que el pueblo conoce con el nombre de hambre. Pero se insiste en que así se protege la producción interna de trigo, cuando lo cierto es que esta solo alcanza a 4.000 toneladas anuales en tanto que importamos 41.000 toneladas anualmente. Así podemos recorrer la escala general de los aranceles y encontrar allí la primera razón de la vida cara. Artículos encarecidos hasta el cuádruple de su precio original en Washington. La leche dietética, cuyo consumo infantil no merece destacarse, todavía continúa en su alto precio, no obstante que los industriales criollos reunidos en el Congreso Venezolano de la Leche votaron la supresión de ese gravamen. En un país donde el Fisco Nacional descansa sobre la importación, el arancel ha de servir a manera de sangría sobre el consumidor.

Completando la labor de encarecimiento del arancel, encontramos esta desastrosa estructura impositiva venezolana. El grueso de la población, integrado por las clases medias y trabajadoras, resiste el peso secular de la carga, ya que sobre ellas se afinsa la exhaustiva acción del impuesto indirecto. El primer paso dado en la Ley de Impuesto sobre la Renta abre el camino para la posterior gran reforma que reclama Venezuela, a objeto de convertir la justicia social en práctica permanente del impuesto. La tercera razón del encarecimiento de la vida está en los anacrónicos y feudales impuestos sobre el consumo. Estos impuestos suplementarios sobre la gasolina, los fósforos y la sal, puestos en vigencia en el curso de la presente administración⁴⁰, dan el concepto total. Nada justifica que en un país como el nuestro, donde la población y su vida se desplazan sobre vehículos automotores, sea gravado el consumo de la gasolina. Y menos el de la sal y los fósforos. Otro tanto sucede con el llamado impuesto de degüello encaminado igualmente a succionar los escuálidos presupuestos domésticos de la población venezolana. Y como si todo esto fuese insuficiente para agravar el encarecimiento de la vida, nos encontramos ante el panorama de la agricultura nacional

40 El gobierno de Isaías Medina Angarita (1941-1945) (N. del E.).

incapaz para autoabastecernos. Importamos arroz, harina, azúcar, frutas, papas, legumbres, etc., mientras continúan las tierras ociosas en espera de manos agricultoras. Y mientras el campesinado reclama inútilmente créditos baratos y a largo plazo, vías de comunicación, maquinaria, enseñanza técnica y protección sanitaria. Aquella vieja figura del escritor español todavía es realidad venezolana: “Tierras sin hombres y hombres sin tierras”⁴¹.

Si el régimen de gobierno se halla interesado en combatir a fondo la vida cara, allí están sus tareas. Revisión de arancel, de los impuestos sobre el consumo y sustitución por impuestos directos, intensificación de la agricultura. Solo así podríamos, gobierno y pueblo, dar la batalla de la victoria sobre la vida cara. Pero con los “paños tibios” de las juntas reguladoras no haremos otra cosa sino engañarnos con mentiras piadosas rehusando el examen crudo de los problemas. La demagogia es útil como medida de adhesión, pero nunca como programa de gobierno.

Día del Estudiante

Fecha de sangre impetuosa y de homenaje a la convicción juvenil es esta del 17 de noviembre, Día Internacional del Estudiante. Punto de partida en la marcha organizada del estudiantado, ya sirve su destino solidario en la hora de la integración.

Viene desde la matanza en Checoslovaquia y trae esa locura arrebatadora que brota de los liceos y las universidades como un río tormentoso de largas y encrespadas multitudes. Trae el vigor múltiple de los escaños escolares, el sueño jacobino, la ilusión prometedora, reunidos bajo el golpe común de la fraternidad.

La celebración del Día del Estudiante no puede ser oportunidad para silencios. Conmemora un día de sangre, muerte y libertad. Pero la voz no es de llanto conmovido ni son lágrimas de ofrenda las que rodean su celebración. Es fecha de esperanza, canto de victoria

41 Se refiere a Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), escritor, jurista y político ilustrado español (N. del E.).

en la lucha mundial de la juventud. La inquietud de las generaciones estudiantiles está canalizada hacia su gran tarea social. Son una fuerza colocada a la vanguardia de los pueblos, erguida en la marcha, conductora de la bandera emotiva que brilla en sus manos como trofeo de la seguridad. Su tradición es el mejor testimonio en la trayectoria pública del estudiantado. Desde la China silenciosa y heroica, hasta la Argentina torturada y rebelde. Sus grandes batallas están escritas a la orilla de los pueblos, son cantos de afirmación en Francia, Bélgica, Rusia, Italia, México y Chile. Para llegar del fondo de la historia, en cada pueblo, a sus días de libertad, hay que pasar, primero, por la universidad y allí encontrar la presencia del estudiantado en sus grandes luchas. Checoslovaquia es un campo simbólico en el desfile tumultuoso de las juventudes estudiantiles. Los fusileros nazis disparando sobre Jan Opletal⁴² repiten la escena de nuestra casa universitaria frente a Eutimio Rivas⁴³. Cada pueblo tiene su universidad, y cada universidad su muerto que le bautizó la entraña con el calor hondo del árbol caído que dejó clavadas sus raíces.

Los negadores de la acción vital, intérpretes de la juventud como episodio orgánico, ya quisieran que los pueblos y los hombres naciesen adultos. Para no atravesar esta hora tormentosa de las definiciones, forjadora y cruda, donde se forma el hombre y selecciona sus caminos. Pero todos libramos esta batalla, entablada entre dos mundos. Lucha el estudiante con su fuerza emocional y su voluntad impetuosa contra un mundo salpicado de realidades y de pruebas amargas. La trayectoria estudiantil, como itinerario del hombre, es símbolo y destino en la vida de las multitudes. De Sigmund Freud a Gregorio

42 Jan Opletal: estudiante checo de Medicina asesinado durante una manifestación estudiantil contra los ocupantes nazis de Checoslovaquia efectuada en Praga el 28 de octubre de 1939 (Cómite Venezolano de Yad Vashem, <http://w2.yadvashem.org.ve>) (N. del E.).

43 Eutimio Rivas: estudiante venezolano asesinado el 10 de febrero de 1937, en la Universidad Central de Venezuela, por las fuerzas policiales de la Gobernación del Distrito Federal, mientras participaba en una protesta contra el gobierno del general Eleazar López Contreras (N. del E.).

Marañón⁴⁴, está la tesis de la juventud revolucionaria, iconoclasta, biológicamente atrincherada contra un mundo pasivo e infecundo, signado de resignaciones. Es el colocarse donde está el débil, batirse desde las filas que defienden la justicia, servir el destino de los pueblos ansiosos de liberarse. Allí está colocado el estudiante, aportando su fe encendida de optimismos. Es la hora de las marchas, de la jornada en ascenso, de la energía destinada a las grandes empresas. Pero llega el día del encuentro con el destino que le ha venido forjando la universidad o el liceo. Un día cualquiera se encuentra convertido en profesional, en hombre de responsabilidades públicas, es centro de destinos colectivos. Aquí está la encrucijada. De un lado le llama la comodidad de una vida tranquila, erigida en pasividad bien rentada, libre de batallas sociales, sin compromisos con su colectividad. Del otro está la trinchera que siempre ha sido su lecho, la actividad social, el deber frente a su pueblo. Quien no haya decidido su destino en la propia reflexión y haya sido un cumplidor de gestos románticos, vivirá horas de prueba. La mayoría deserta de sus hermosas empresas estudiantiles y va a unirse a quienes ayer combatía desde la enérgica fe de los claustros estudiantiles y de sus organizaciones jóvenes, a pactar con los enemigos de sus compañeros y a enajenarse mentalmente. Solo el grupo señero, leal a las propias convicciones, no arría la bandera y sale a vivir lo que ya llamó Romain Rolland la prueba cotidiana del pan.

El Día Internacional del Estudiante ha de servir de solidaridad hacia las masas estudiantiles que luchan contra el fascismo. Pero de afirmación interna de cada hombre o mujer joven que vive su hora escolar. No pueden esquivarse los problemas ni las responsabilidades. La juventud estudiantil es una fuerza colocada al lado de las grandes causas humanas, defensora de la dignidad y la superación de los pueblos. Esa causa reclama lealtad y firmeza, devoción y entrega. Pero el deber no termina a las puertas de las universidades el día del egreso estudiantil. La responsabilidad va más allá, a transitar luego

44 Gregorio Marañón (1887-1960). Médico endocrino y científico español, que realizó importantes comentarios sobre el psicoanálisis y las teorías psicosexuales de Freud (N. del E.).

la vida total en la marcha profesional. Quien fue soldado en la causa de su pueblo, en los días estudiantiles, tendrá que serlo mañana en la actividad que le ofrezca la vida. Los desertores a mitad del camino están traicionando una tradición gallarda del estudiante, que bien empieza con José Félix Ribas en La Victoria, conductor bronco de estudiantes venezolanos, o termina en la sangre de Jan Opletal en las calles de Varsovia.

Principio de autoridad

Para un observador político, estudioso de nuestra estructura constitucional, merecería renglón vivo, párrafo animado, esta virtud pública del principio venezolano de autoridad. No podría pasarse sobre ella en una incursión tierra adentro de nuestro régimen. Se le halla en todas las cosas, presente en la actividad múltiple del hecho público, rubricando el signo administrativo. Lo que podría ser raro motivo para la divagación del comentarista político, se convierte en tema suntuoso para el examinador del Poder Público.

Un viejo tratadista de Derecho Constitucional nos lleva de la mano para atravesar la larga distancia de conceptos que separan la asamblea griega del conciliábulo en nuestros sistemas tropicales de gobierno. No es el recuento de la virtud pública, el desbordamiento de soberanía fecunda lo que vigoriza aquellas épocas de la humanidad. Es el contraste violento en el concepto lo que impresiona mayormente al hombre estudioso de las dos edades. Los griegos vinieron con su democracia de la raíz del pueblo. Una economía no mediatizada, sin la interferencia oligárquica del grupo, debía imponerse como fuerza determinante. Así ha sucedido en otros pasajes de la historia pública contemporánea. Pero hay pueblos al rezago, seguidores cansados de la huella adulta de las naciones mayores. Entre estos el nuestro, en su romería de imposibles, caminador seguro y confiado porque tramontó la línea de la prueba donde se desmantelan las voluntades y regresan los escépticos. Nos quedan defectos públicos, fallas fundamentales, vicios capaces de quebrantar el espíritu más optimista. Por sobre todos ellos flamea el principio de la autoridad como banderín

negro de negación. Es la figura del propio yo, dominador y fuerza, principio y fin feudal de los procesos.

Largos meses lleva un sector de la opinión venezolana reclamando la revisión del equipo de gobierno. Se ha discriminado, en ese examen implacable donde los hombres son desintegrados en virtudes y vicios, la fe pública y democrática de algunos gobernantes. Se ha demostrado la contradicción de relieve entre las palabras del jefe de gobierno y los hechos negadores de sus subalternos. Allí donde el presidente de la República dejó la frase afirmativa de sus discursos, recomendando respeto a los libertadores, ha retoñado el gesto altivo de su colaborador. Y donde echó la promesa como una semilla de aliento, brotó el ademán represivo y se abrieron los centros de reclusión. Pero esa Venezuela viva y permanente, que no ha perdido la fe en sus hombres y en las promesas, ha observado el contraste y realizado para sí el juicio personal. Somos un régimen de carácter presidencialista, donde el comienzo y término de la vida pública se inician en manos del jefe de gobierno. Él es programa, consigna, tarea. En su asamblea personal e interna de sentimientos, pensamientos y apreciaciones se discute el destino de la República. Pero fuera de ella está el pueblo con la palabra abierta para el reclamo puntual en la hora de las decisiones. Así se llega a aquella asamblea del hombre donde Venezuela es una aspiración que no ha sido invitada y permanece en el portal inaccesible. Nuestra prensa grita su inconformidad con los actos que un gobernante ha venido realizando para ofrendar a su superior el triunfo de las urnas electorales. Más allá se denuncia la inercia infecunda de otro gobernante, mientras los pueblos esperan el maná oficial que redima de todos los dolores venezolanos. La soberanía está ejercida por el pueblo en esa voz pública que reclama remociones y denuncia magistrados en contradicción con las promesas del régimen. Pero hay el fenómeno singular de que quien es soberano tenga que mendigar el cumplimiento de esa soberanía. Los gobernantes continúan al frente de sus funciones, contra el deseo de la opinión, en rebeldía con el sentimiento de los gobernados. El principio de autoridad los mantiene en su posición de privilegio, reacios a la voz pública, provocadores y violentos. Un balance interno nos

lleva a conclusiones desconsoladoras. Si el jefe de gobierno tiene la facultad de remover a sus colaboradores; si ellos no responden en la efectividad de la acción a la promesa de sus discursos, ¿qué puede mantenerlos allí? El voto de confianza que significa su permanencia en el poder contra la voluntad colectiva está dirigido en este caso, más que a sus colaboradores, al jefe de gobierno.

Nuestras crisis políticas tienen su nacimiento caprichoso y arbitrario. A veces las determina el azar. Venezuela espera desde hace meses la remoción de presidentes de Estado y miembros del Gabinete. La espera como una respuesta a nuevas necesidades públicas. Diariamente se descubre el signo revelador de esa crisis. Se bucea en los pensamientos del jefe de gobierno, en la dirección del viento oficial. Y todo ello por un pueblo en quien reside la soberanía y la ejerce a través de los poderes públicos. El principio de autoridad ya es, por ello, una consigna venezolana de gobierno que está adquiriendo a diario el derecho personal a figurar, como, admonición pública, en la página de los prólogos de nuestra Constitución Nacional.

Remiendos ministeriales

Las crisis políticas venezolanas concluyen en tenues borrascas burocráticas de nombres. Nacen y terminan en manos presidenciales como criaturas del magistrado. Nadie las presiente en sus días de gestación ni las origina como movimientos de descenso oficial. Llegan solas, alimentadas quizá por el fuego del rumor donde se incineran las pequeñas ambiciones de nuestros hombres. Son superadas bruscamente, sin alteraciones en la opinión pública inerte y callada, en larga y obligada abstención. En países de actividad pública, donde la soberanía es ejercida por el pueblo, la crisis nace en el seno de sus partidos, primero. Y va luego a destrozarse las bases del ministro en el sacrificio de la prueba polémica. El presidente es un instrumento de acción al servicio del pueblo. Cumple su función de superador de las crisis de gobierno alineando nuevos hombres en el Gabinete. En nuestro país, donde virtualmente la soberanía reside en el pueblo, la crisis política es una acción personal del jefe de gobierno, suerte

de movimiento reflejo que nace en él y a él regresa. La opinión es un convidado de piedra que mira este juego perenne de ajedrez político.

Hay caminos que tienen su razón. Antes o después de sucedidos son descubiertas las causas determinantes. Pero quizá no ocurra así en presencia de esta remoción ministerial, dentro de la cual no se halla presente su motivo fundamental. Han sido sustituidos algunos nombres, cambio de fichas, desplazamiento de hombres. Pero ello no implica modificación sustancial en el plan activo del régimen. Si algo puede deducirse de este reajuste de Gabinete es la pobreza humana en el equipo de gobierno o su admirable sabiduría. En nuestro Gabinete los ministros cumplen una gira turística que puede empezar en la Secretaría del presidente de la República y terminar en algún Ministerio; de allí retornan lo andado y continúan luego su marcha de veraneantes, deteniéndose a la deriva en cada lugar. Son hombres múltiples, capacitados para resolver los grandes problemas agrarios, económicos, de finanzas, políticos, etc. Es esa la deducción lógica. En Venezuela –lamentable o felizmente– no existe la especialización administrativa. Quien hoy es interventor de aduana podrá ser mañana gobernador del distrito. De allí irá –en ese escalafón dorado– a la Dirección del Gabinete. Después descubrirán en él un técnico agrario y ocupará la cartera de agricultura. Allí empieza su ronda de político, deteniéndose en cada Ministerio para obsequiarle al país algo de su sabiduría. Es la impresión dolorosa que estamos adquiriendo como lección de experiencia los venezolanos de los últimos días. Los hombres de gobierno nacen, crecen y mueren en ese ciclo de la transformación. No se nace técnico en finanzas ni en agricultura. Se puede ser secretario del presidente de la República y redactar felices o lamentables discursos para salir de allí dotado de inteligencia madura a resolver este complejo y agobiante problema de la tierra y los hombres venezolanos.

Hay signos indicadores en esta remoción ministerial. Ya el gobierno ha confesado su crisis humana, su deseo de continuar en la rutina burocrática, cumpliendo tareas pasivas como patrono de tres millones y medio de ciudadanos. Nada de plan orgánico en

los Ministerios. Que vengan hombres, estén o no capacitados para el ejercicio funcional, a dar órdenes, suscribir recibos, estampar firmas en largas y elocuentes comunicaciones. El plan activo, el estudio a fondo de los grandes problemas, la articulación de un programa, la formación orgánica de un censo de necesidades, no cuentan en esta oportunidad. Hay que realizar la rotación de funcionarios para que todos dispongan de la ocasión de sentarse en el sitial de gobierno. Los programas, los planes, son buenos para ofrecerlos como promesas electorales en los días anteriores a los movimientos colectivos de opinión. La patria es una colección abrumadora de problemas y ella puede esperar su turno en el portal de los resignados.

Esperemos la respuesta de este Gabinete a dos cuestiones fundamentales en la hora venezolana: reforma agraria y vida cara. Hacienda y Agricultura y Cría son carteras decisoras en este momento nacional de expectación y reclamo. Los hombres allí colocados posiblemente no respondan a la urgencia activa de la necesidad nacional. Sus labores serán rutinarias, de tranquilidad e inercia. En una hora para la acción el régimen ha podido colocar al frente de aquellos destinos hombres de actividad despierta, capaces de ofrecer el plan audaz que reclama la República para combatir dos deficiencias de su vida. En las reservas humanas del gobierno hay hombres de mentalidad creadora y combativa. Todavía continúan en espera de su turno, amontonados algunos, en las filas del PDV; los otros, rumiando su intranquilidad. Pero la última en el turno, la no llamada, será Venezuela que también rumia su desesperanza y su sed urgida de soluciones.

Elecciones y cemento armado

Las elecciones venezolanas nunca han llegado solas. Siempre están precedidas o acompañadas de grandes y variados signos. Desde los Monagas⁴⁵ nos trae la historia una henchida colección

45 Se refiere a José Tadeo Monagas, presidente de Venezuela durante los periodos de 1847-1858 y 1855-1858, y a José Gregorio Monagas, que gobernó en el período de 1851-1855 (N. del E.).

de procedimientos que afloran en días electorales. Ya en aquellos tiempos, para arrebatarse el triunfo a Antonio Leocadio Guzmán⁴⁶, aguzaban su ingenio los prestidigitadores electoreros de la época y, posteriormente, en el fondo de las urnas electorales se han hallado, alternando, la sagacidad y el engaño. Este rezago de la historia no se ha ido a la deriva. Lo arrojó a tierra firme el pleamar o lo han rescatado los capitanes a bordo, tripulantes de todos los barcos oficiales que surcan nuestros largos caminos de agua. Y es así como ahora surgen, remozadas e ingenuas, las atrevidas maniobras de otros tiempos, deslastradas ya del cerrilismo de entonces y cubiertas del manto de palabras que le ofrecen los demagogos de la actualidad.

El hombre del pueblo, con esa intuición perspicaz de observador maduro, sabe descubrir la proximidad de las elecciones, aun desconociendo las cifras del calendario político, tal como el campesino señala desde la víspera el invierno matinal. Porque en la atmósfera nacional se condensan factores elocuentes que anuncian la presencia de las elecciones. Llega primero la literatura de comicios. Es la tradicional palabra electoral, así venga en comunicado de prosa barroca o en circulares aderezadas de equilibrio, con la imagen de una justicia de ojos abiertos. Y esa literatura es voz de alerta sobre el día de elecciones. También llegan las represiones, aquellas maneras toscas de asediar la voluntad del ciudadano hasta rendirla incondicionalmente. Los gobernantes se hacen más escrupulosos en el ejercicio de las libertades. Y llueven las amenazas de los pequeños y grandes jefes, empecinados en conquistar galardones de glorias subalternas.

Pero nada es tan indispensable para las elecciones como el cemento armado. Así como hay estadistas de elocuencia creadora, de audacia fecunda y de proyectos, también hay los estadistas de cemento armado. Son cazadores de votos con decretos de puentes y

46 Antonio Leocadio Guzmán (1801-1884). Padre de Antonio Guzmán Blanco. Ejerció la política y el periodismo y fue fundador del Partido Liberal. En septiembre de 1846, cuando comenzaba a promover su candidatura presidencial, fue acusado de conspiración en primera clase y sentenciado a muerte en 1847, pena conmutada por la del destierro, el primero de varios a los que fue sometido por sus intervenciones en la política de los distintos gobiernos de los siguientes treinta años (N. del E.).

edificios para escuelas y carreteras para el campo olvidado. El estadista del cemento se desborda en preocupaciones hacia sus pueblos, en vísperas de elecciones. Ingenieros vienen e ingenieros van con sus teodolitos y sus altas varas de medir, de abigarrados colores, por campos y barriadas de ciudad. Se levantan planos, se trazan carreteras, se construyen puentes, se edifica una nueva patria sobre el cemento. Y lo que no se hizo en días apacibles y tranquilos, se promete desesperadamente en horas de elecciones. Hay una impresionante actividad y llegan promesas para transformar el mundo. Los pueblos, indudablemente, aprovechan. Por eso ya se dijo en otra ocasión: ojalá hubiese elecciones cada mes para oír a los gobernantes ofrecer escuelas y casas, mercados y cloacas en cada pueblo de esta tierra.

Pero la demagogia no llega hasta ahí. Se torna agresiva contra la libertad y el estómago de los trabajadores. Porque es allí donde se hacen las grandes razias electorales y se secuestran carnets. Y solo hay cabida para el obrero dispuesto a consignar su voto por candidatos caídos del cielo oficial. ¡Ay de los renuentes!, porque serán despedidos, ya sin la cédula. Por eso el cemento armado es útil para las elecciones. Porque a su voz se congregarán pueblos y trabajadores. A los pueblos se les dice: “Qué hermosa obra es esta, si votáis por candidatos del gobierno, tendréis una escuela en cada esquina”. Y a los obreros se les dirá: “Votad por nuestros hombres y estaréis todo el año trabajando el cemento”. Es la táctica de quienes se empeñan en confundir el Estado con una facción electorera y colocan sus dineros, sus jornales, sus salarios y todos sus resortes jurídicos y legales al servicio de una plancha electoral.

El cemento armado ha ganado muchas elecciones en Venezuela. Es más efectivo que el voto acumulativo o las Cívicas Bolivarianas⁴⁷.

47 La práctica del voto acumulativo, no prevista en la Ley de Elecciones, consistió en acumular los votos de varios candidatos para un solo cargo y otorgárselos al más votado. La maniobra descrita fue muy utilizada en el estado Táchira permitiendo reducir el margen de ganadores por parte de la oposición de izquierda (diario *La Esfera*, 1937). Fue introducida por Juan Francisco Franco Quijano, técnico electoral colombiano que fue contratado por el entonces ministro de Relaciones Interiores, doctor Luis Gerónimo Pietri, para frenar el avance izquierdista en las elecciones

Los jefecillos electorales no aman el cemento porque ven en él un rival que los domina. Pero hay gobernantes que en vez de propiciar con dineros públicos campañas de partidos liberales, colocan el cemento armado al frente de consignas electorales, como un gran capitán orgulloso que comanda a su gente hacia las mesas de votaciones. Ya en nuestros pueblos conocemos la virtud de este factor electoral. Y cuando él llega se le recibe cariñosamente entre el alegre aspaviento de los telegramas que anuncian obras públicas y el regocijo de los trabajadores. Pero el cemento armado no podrá amurar la voluntad de esos pueblos ni la dignidad altiva de nuestros trabajadores.

El Congreso

Una densa zona de silencios conspirativos intenta ahogar la palabra del Congreso. Las páginas de los periódicos han enmudecido frente a las tareas del soberano cuerpo, las cuales se deslizan en ese ambiente mustio de quietas indiferencias. Parece como si el Congreso, más que reunido, estuviese de vacaciones, disfrutando plácidos días bajo la sombra augusta de la República. Pero está reunido. Más de quince días han transcurrido desde la fecha de su instalación. Y sin embargo, su vida es la del enfermo agónico, envuelto en dolorosos silencios, cruzado de resignaciones.

¿Y qué puede esperarse de un Congreso donde las curules están ocupadas por una inmensa mayoría de funcionarios públicos? Han ido allí, desplazados de sus cargos, a esperar que del Ejecutivo lleguen

de 1940. La Agrupación Cívica Bolivariana fue un grupo de organismos electorales creados en aquellos estados donde se realizarían las elecciones para elegir concejales y diputados a las Asambleas Legislativas en 1940, encargados posteriormente de elegir a los miembros del Congreso que tendría la responsabilidad de nombrar al nuevo presidente de la República. La presencia ascendente de una izquierda que deseaba tener injerencia en este delicado asunto generaba tensión en el alto gobierno. La Agrupación Cívica Bolivariana actuaría en este sentido como una suerte de maquinaria electoral sufragada con fondos oficiales para asegurar el predominio de las fichas gubernamentales en los diferentes cargos de elección popular (José Alberto Olivar, "La Agrupación Cívica Bolivariana: instrumento de control político electoral del postgomecismo (1937-1942)", *Mañongo*, n.º 28, vol. XV, enero-junio 2007) (N. del E.).

proyectos para distraer sus ocios legislativos. Ni una preocupación nace en ellos. Ni una iniciativa, porque allí están para alzar la mano con la señal de costumbre para aprobar lo bueno o improbar lo malo. Lo bueno llega de Miraflores. Lo malo es “antigobiernista”.

Estos Congresos muertos, de grandes silencios, son una recriminación para nuestros métodos electorales. Porque de allá arrancan estos Congresos con funcionarios públicos en inmensa mayoría, gente gregaria, llegada allí para sostener el prestigio del régimen. Estos Congresos así nacidos se confunden con los demás poderes públicos porque entre los congresistas hay miembros del Poder Judicial y del Poder Ejecutivo, los cuales abandonan sus cargos en vísperas de Congreso para vestirse de legisladores. Y así se convierte en otra bella expresión de antología jurídica aquella premisa de la autonomía o independencia de los poderes públicos. En Venezuela los jueces y miembros del Poder Ejecutivo también hacen leyes. Muchos dirán que esto es necesario para el mejor ordenamiento de las instituciones. Y se necesita audacia para hablar así.

Un congreso de funcionarios públicos no tiene autonomía ni independencia. Porque no se siente legislador. Sus miembros están vinculados a la maquinaria de gobierno, a la Administración Pública. No actúan espontáneamente. Hay que esperar que la consigna venga de arriba. El llamado “bloque” es en el Congreso el gran grupo de legisladores. En el “bloque” están los directores de gabinete, los directores de administración, los directores de obras públicas estatales, los consultores jurídicos de los ministerios agrupados bajo la disciplina del jefe. El “bloque” es una pequeña república, con sus mandatarios y sus subalternos. Allí se discute todo y todo se decide antes de sesiones. Se nombran presidentes de cámaras, se escriben sus discursos, se distribuyen proposiciones y proyectos. Hay una división previa de trabajo que da impresión de disciplina. Pero debajo de todo hay el afán de mantenerse leal al régimen y de distinguirse en el Congreso para el ascenso administrativo. Luego un Congreso dominado por el “bloque” da la impresión de algo muerto y soñoliento. Funcionarios públicos a montones no hacen otra cosa sino esperar las directivas que trasmitan sus superiores. Es disciplina de soldado la que se vive en esa república ateniense.

Todo aquello ha desprestigiado nuestro Congreso. Lo ha convertido en algo secundario. Y es de allí de donde ciertos voceros obtienen argumentos para afirmar, con énfasis dogmático, que estamos en plena crisis del parlamentarismo y que los Congresos debieran ser clausurados para sustituirlos por Asambleas corporativas. Nosotros decimos que no hay crisis de parlamentarismo sino de formación del Congreso. Porque el día que podamos establecer Congresos independientes, desvinculados de los otros poderes públicos, donde no haya mayorías de funcionarios de la administración, tendremos preocupación e inquietudes colectivas en las Cámaras y cada diputado o senador pensará por sí mismo, con iniciativas propias, sin esperar la orden de sus superiores. Esta es la verdad. Esto es lo que está destruyendo al Congreso y convirtiéndolo en convidado de piedra. Pero que no se diga que los Congresos son inútiles, porque se está negando audaz y atrevidamente.

La nación oye sus propios dolores. Necesitamos una reforma a fondo de nuestra vida agraria, leyes y dineros para educación rural, apoyo arancelario para la industria nacional, créditos baratos para los campesinos, reforma universitaria, contralorías para todo el país, legislación sanitaria para coordinar esfuerzos. Pero el Congreso no oye los dolores de la patria. Su mayoría está ocupada en oír la palabra del jefe del "bloque". Y después operará el ascenso administrativo, el premio para sus labores de inercia organizada.

La reacción

La política, como superestructura, se halla determinada por la economía de los pueblos. Las luchas políticas, las alternativas sociales obedecen a factores de carácter económico. No es el capricho de los hombres lo que ocasiona el forcejeo social a lo largo de la historia de la humanidad. Esas luchas han sido originadas por sistemas económicos en pugna, por concepciones clasistas derivadas de intereses materiales. La Revolución francesa fue batalla de la burguesía contra el feudalismo. Nuestra Guerra de Independencia fue lucha de blancos criollos contra las clases dominantes de España. La actual

guerra es el resultado del choque de dos imperialismos en discordia: el alemán y el franco-británico⁴⁸. Y así todas las luchas colectivas. En cada una de ellas está el factor económico dirigiendo el movimiento de la comunidad.

La lucha cumplida en nuestro escenario político está igualmente determinada por directivas económicas. Luchan dos concepciones, dos maneras opuestas de enjuiciar nuestra economía y de interpretar nuestro panorama social. El grupo de la reacción –representante del latifundio, la banca, el alto comercio, el capital inversionista– defiende sus intereses de clase y se esfuerza porque subsista una Venezuela analfabeta, sin cultura en sus masas, con su economía agraria detenida, intervenida por el imperialismo, sin industrias, con altos aranceles, vida cara y un sistema tributario originado en la Colonia; la reacción se interesa por prolongar esta situación de atraso e incultura, porque mientras haya masas campesinas ignorantes, trabajadores analfabetos, vida cara, tributación inhumana, altos aranceles, el grupo de la reacción continuará disfrutando de magníficas ventajas, utilizando al pueblo mísero, inculto y desnutrido como bestia de carga. Y esta es la razón por la cual se apresura a combatir el movimiento democrático, en cuyas consignas de lucha está presente el hondo deseo de destruir las causas que nos mantienen como pueblo de economía mediatizada por la industria del petróleo, con el 70% de la población analfabeta, donde solo el 26% de la tierra es aprovechada y el pueblo es inmensamente pobre dentro del Estado rico. No es un dulce afán de lucha política lo que obliga a la reacción a ocupar su barricada antipopular y batallar contra el pensamiento joven de las fuerzas políticas que aspiran edificar una Venezuela libre de las tutelas económicas de grupos privilegiados, totalmente nuestra.

Así se explica por qué en filas de la reacción venezolana se agrupan los sectores económicamente más favorecidos de nuestra población, dispuestos a prolongar una etapa de atraso y pobreza nacionales. Es lógico que allí estén combatiendo el pensamiento

48 La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) (N. del E.).

democrático, los grandes propietarios, el comercio mayoritario y acaparador, el gran terrateniente y el banquero. Pero resulta risible y extraño que gente empobrecida, venezolanos de clase media y trabajadora, estén al lado de la reacción, contribuyendo a la supervivencia de un sistema donde solo se actúa política y socialmente en defensa de específicos intereses de clases no populares. Los unos han ido como desertores de su clase, los otros por oportunismo militante.

Ayer decía que la ausencia de un partido de la reacción ha contribuido a enturbiar nuestro panorama y a ocasionar grandes aberraciones en la lucha política. Porque si las derechas se organizaran, allá irían quienes están obligados por razones económicas a combatir contra el movimiento democrático. De inmediato se clarificaría la lucha y ese grupo timorato e ignorante que predica guerra a muerte contra las fuerzas populares o inconscientemente labora con las causas antivenezolanas, vendría a buscar su gente, la del pueblo, para luchar desde allí por la transformación social del país. Pero no sucede así y nos hallamos ante una clase reaccionaria, donde militan hombres de legítima extracción popular, desposeídos, mientras personajes de nítida filiación reaccionaria, factores de las oligarquías financieras respaldan al régimen del presidente Medina en reformas progresistas, tal el caso del exministro Machado Hernández al suscribir la Ley del Impuesto sobre la Renta⁴⁹. Y es que la ausencia de ese partido de la reacción venezolana ha convertido al gobierno en cabeza visible y en eje de las fuerzas políticas prodemocráticas. Anormalidad es esta que solo podrá corregirla la organización de los sectores enriquecidos en un partido de clase, capaz de actuar políticamente como expresión económica de su estrato.

Democracia agraria

La presencia de consignas fundamentalmente agrarias en el programa de un partido de esencia venezolanista –como lo es Acción Democrática– no obedece al dorado afán de edificar reivindicaciones

49 Ley aprobada en julio de 1942 (N. del E.).

sobre terrenos deleznable, agitando falsos problemas, producto del entusiasmo intelectual de un grupo demagogo. Se ha afirmado que el movimiento democrático y popular venezolano ha trasplantado a nuestro país, para ser izadas en el tope de su astas, consignas exóticas, arrebatadas a pueblos de experiencia política y social, donde ya están superadas las etapas semif feudales que aún no ha tramontado Venezuela. Y aquella afirmación es solo deseo de desconocer la angustiada realidad nacional, ocultando el problema complejo de esta patria que pugna por emancipar su economía de las tuteladas impuestas por contralor extranjero.

Somos un país de fundamentadas características agropecuarias, donde un alto porcentaje de la población está instalado en zonas rurales. Un país carente de industrias, adherido a los mercados externos, en función de distribuidor de la mercadería que importa, la cual ya desde el año 1938 superó la alta cifra de los 310 millones de bolívares. En el campo, el dominio latifundista, entrada la producción agraria, origina el monocultivo como forma de explotación de la tierra y prolonga la odiosa situación en vigencia desde los albores de la Colonia, cuando la tierra estuvo en manos del grupo mantuano que alimentó a la masa parda con “la diaria ración de oraciones” de que habla François Depons⁵⁰ en sus punzantes anotaciones de viajero. Régimen antieconómico, de espantosa injusticia social, el latifundismo como fuerza absorbente y dominadora ha utilizado su posición de privilegio para estancar el desarrollo de nuestra producción agraria y mantenernos, a más de 130 años de la Independencia, a merced de los mercados extranjeros que nos suministran arroz, papas, frutas y harinas.

La presencia del petróleo –segundo factor que contribuye a deformar nuestra economía– nos ha convertido en un país dependiente de una industria extractiva, perecedera, totalmente

50 François Depons (1751-1812). Corresponsal político y diplomático del gobierno francés en Caracas, además de espeleólogo. En 1806 publicó el libro *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*, obra que constituye una gran fuente de información para las investigaciones científicas de la época ante la ignorancia referente al continente americano (Pdvsa, <http://www.pdv.com>) (N. del E.).

controlada por el capital yanqui-británico de inversión. La explotación petrolera ha contribuido a mantener estacionaria nuestra producción agropecuaria en determinados renglones, a la par que hace desaparecer otros elementos de nuestra producción. Los datos estadísticos, con esa elocuencia convincente y definitiva que ellos encierran, hablan mejor que parrafadas de literatura. En el año 1910 Venezuela ocupaba el segundo lugar en la producción mundial del café y en 1932 ha llegado al décimo puesto. En 1919 la cosecha de café alcanzó a la cantidad de 81 millones de kilogramos, los cuales se reducen, en 1929, a 64 millones, y en 1936 a 71 millones de kilogramos. La exportación de cacao venezolano representa actualmente el 5,11% de la producción mundial, cifra inferior a la que corresponde a la vecina y pequeña isla de Trinidad. En la producción de azúcar hemos llegado al último puesto en los países del continente americano. Y en maíz ocupamos el séptimo lugar, a la retaguardia de Bolivia, país que siempre se cita como ejemplo de atraso en América. Datos son estos que obligan a aceptar, al más obcecado negador de nuestras consignas, la justeza de ellas en su desvelado empeño de crear una economía venezolana emancipada del contralor extranjero, base de un nacionalismo económico estabilizado y firme.

Venezuela, país semifeudal y semicolonial, con su producción agropecuaria e industrial entrabada, importadora de mercancías extranjeras en cantidades cinco veces superior a su exportación agrícola, aherrojada al imperialismo inversionista que la domina en lo económico y político, reclama una transformación de carácter económico-social, donde el latifundio sea despedazado y se eliminen las causas que impiden nuestra marcha de superación. La democracia agraria propugnada por el movimiento democrático no es consigna de mentalidades extranjeras, traída a nuestro país por el afán de nacionalizar reivindicaciones extrañas. Es un reclamo urgido y doloroso que surge de la propia entraña nacional y cuyo cumplimiento ha de ser realizado para la formación de una economía saneada, nuestra y venezolana.

La democracia agraria será base económica para la democracia política, porque aquel hermoso principio de que la soberanía reside en el pueblo, y aquella afirmación de los revolucionarios franceses según la cual los hombres nacen libres e iguales en derechos será una declaración romántica, de antología política, mientras las condiciones económicas no la conviertan en realidad.

Reclamo de la historia

Venimos dialogando con el lector sobre problemas político-económicos, deshilvanando las consignas programáticas del movimiento democrático venezolano sobre el escabroso problema de la tierra, en lenguaje que no puede ser de beligerancia ni de serenidad socorrida ni de concesiones hacia grupo alguno, porque para viajar doctrinariamente en torno al programa político de Acción Democrática no podría enarbolar diatribas ni socavar trincheras.

Hablábamos de democracia agraria. De la profunda y resuelta transformación económica que reclama la organización de la propiedad rural, en beneficio de nuestra producción agropecuaria. Transformación que ha de arrancar de la parcelación del latifundio, “la lacra social”, como la llamó nuestro máximo poeta Andrés Bello una tarde memorable del Congreso Nacional. Parcelación que debe ser complementada con la reforma del crédito agropecuario, distribución planificada de las tierras de la nación, su colonización. Ley agraria para el problema de los pisatarios, plan nacional de irrigación, red comunicativa entre mercados, fomento de inmigración y realización del Consejo de Economía acordado por la Constitución Nacional, suerte de mesa redonda adonde irán los representantes de producción y consumo a confeccionar el plan de la economía nacional.

Esta reforma no es producto del apresuramiento caldeado de los dirigentes de un partido ni consignas transportadas de otras latitudes. Es la respuesta para el gran problema que ha estado presente en nuestra vida económica, desde la Independencia. Aquella guerra nada logró para la formación económica de la

nacionalidad. Hubo el cambio de amos, de señores. Las tierras continuaron en propiedad de los blancos criollos. Y después Páez, con sus maniobras de acaparador de los bonos emitidos en cumplimiento de la Ley de Haberes Militares⁵¹, se convirtió en el primer terrateniente de Venezuela, mientras las montoneras anónimas que jalonaron la larga lucha de la Independencia, batallando tras la espada heroica del Libertador, rumiaban inconformidades en el fondo mísero de sus ranchos. La Independencia no alteró la organización social de la Colonia. Las promesas de distribuir las tierras entre los soldados fue consigna que arrebató el viento de la demagogia. Intactos quedaron nuestros sistemas de producción, fundamentalmente el agrario. La minoría oligárquica, detentadora de tierras, utilizó el Poder Público como instrumento político de sus intereses de clase. Hasta el día en que surge la figura arrebatadora de Ezequiel Zamora, acaudillando la revuelta popular de la larga Guerra de la Federación, cuando tras del grito de Martín Espinoza de: "Hagamos patria para los negros y para los indios", se alistan las clases desposeídas, solicitando el señuelo de la tierra imposible. Pero de la Federación retornaron los hombres del pueblo con la espada agobiada de sangre y batallas, a contener su desesperación, después que los liberales cruzaron el puente de plata en el Tratado de Coche para abrazarse a los conservadores en un pacto oscuro y entreguista. Y de nuevo la tierra continuó en manos del grupo minoritario, absorbiendo el esfuerzo de la colectividad, frenando el desarrollo de la producción. Ese proceso se acentúa a través de nuestros últimos años, hasta arribar a los gobiernos de los generales Castro y Gómez, cuando la propiedad rural se concentró bajo el puño de un hombre.

Tal es el problema histórico, esquematizado en volanderos golpes de maquinilla. La tierra como factor de dominio económico ha servido para sostener políticamente regímenes de negación absoluta, de privación humana. La economía de los pueblos

51 Ley promulgada por Simón Bolívar en Angostura en el año 1817 que permitía la entrega de tierras a oficiales de alto rango como reconocimiento por su participación en la Guerra de Independencia (N. del E.).

determina su vida política y social. Y de una economía eminentemente agraria como lo es la nuestra, que descansa sobre el dominio latifundista, no puede surgir otro sistema político que no sea de contención popular, de minorías privilegiadas, de oligarquías financieras. Muerto el presidente Gómez, muchos pensaron que había llegado la hora de la transformación política del país por la desaparición física de un hombre. Criterio superficial el de los que así enjuiciaron nuestro problema. La muerte de los hombres nada significa mientras no se alteren y trastornen las bases económicas de los estados sociales. Eliminar funcionarios, cambiar hombres no es solución de problemas si antes no se modifican los fundamentos económicos. Si se hubiese golpeado a fondo contra el latifundio y el imperialismo, logrando su modificación de fuerzas poderosas, se habría formado una base para una democracia orgánica y estable. Pero esta no puede edificarse sobre una economía viciada, donde el latifundio y los altos intereses de la banca y el capital inversionista dirigen nuestra vida pública.

Retornaremos al tema para proseguir desglosando conceptos e interpretaciones, y demostrar que el movimiento democrático venezolano lucha por una transformación a fondo, que arranca de la raíz profunda de la nacionalidad.

Balance comercial

Hablar de la deformación de nuestra economía bajo el influjo imperialista, obliga a discriminar cifras y desintegrar datos numéricos. En esta columna hemos evadido estas citas. Escritas en tono elástico, evitamos aquel lenguaje rígido que convierte en tediosa toda exposición frente al lector. Para prescindir de una literatura vacía y ahorrar parrafadas a destajo, realizaremos una rápida y volandera incursión por el terreno de la cifras. Solo así podemos apreciar la magnitud de este fenómeno, de elocuencia convincente para los reacios en aceptar los estragos de la industria del petróleo en nuestra vida económica.

Tan pronto el imperialismo hace acto de presencia en nuestro país, se inicia la etapa de la deformación económica. Hasta entonces fuimos una nación exportadora de productos agrícolas, sin deudas externas, pagadora de las mercancías importadas con el numerario producido por la colocación de nuestro café y cacao. Disponíamos así de una balanza comercial favorable. Nuestras exportaciones eran superiores a las cantidades importadas. Desde el año 1830 hasta 1916, esa balanza comercial se mantuvo con el fiel inclinado hacia nuestras exportaciones. Solo en tiempos de guerras civiles, sus estragos se reflejaban en esa balanza, disminuyendo así nuestras exportaciones agropecuarias. El más fuerte de todos aquellos desequilibrios lo causó el año económico 1876-1877, durante el cual nuestras importaciones superaron a las exportaciones en la cantidad de 15 millones 737 mil bolívares.

Veamos ahora los datos pertenecientes a los años de la explotación petrolera, para constatar los hechos por nosotros afirmados. Ya en el año 1916 empieza la explotación petrolera a dejar sentir sus efectos en nuestra economía. En aquel año nuestras importaciones superan a las exportaciones en la cantidad de 10 millones de bolívares. Durante los años de la Gran Guerra⁵² la balanza comercial se mantiene en equilibrio, superando algunas veces las exportaciones a las importaciones, no por aumento de la producción, sino por el simple hecho de que nuestros frutos exportables –café y cacao–, se encarecieron. Pero ya en años de la postguerra, salvada esa zona de positiva reacción económica que sigue a todo proceso de sacudimiento colectivo, nuestra balanza de comercio se vuelve desfavorable, acusando altos déficits. En los años económicos 1911, 1912 y 1913, nuestras exportaciones se mantuvieron en la cifra de los 130 a 150 millones de bolívares. Y en el año 1920, época de la postguerra, bajo el influjo de una alza violenta del café, llegan hasta la cantidad de 200 millones de bolívares. Pero tan pronto terminan los efectos “saludables” de la guerra, se inicia el descenso de las exportaciones agropecuarias, las cuales, en el año 1931,

52 La Primera Guerra Mundial (1914-1918) (N. del E.).

apenas fueron de 87 millones de bolívares; en 1932, de 80 millones y en 1934, de 55 millones de bolívares. Solo en 1937 se acusa una reacción favorable, habiendo ascendido en esa época a los 100 millones de bolívares. Y mientras nuestras exportaciones se reducen, crecen las cantidades importadas en igual proporción. En el año 1937, el doctor Néstor Luis Pérez, ministro de Fomento, se expresaba en la Memoria del Despacho en estos términos: "El equilibrio de nuestra balanza de comercio debe ser ya objeto de especial preocupación. Nuestra importación en 1936 aumentó en más de un 25%". Durante el año 1937-1938, nuestras importaciones superaron a las exportaciones en la cantidad de 119 millones de bolívares.

Los datos numéricos sintetizan cualquier especulación de carácter literario que pudiera hacerse en torno a ese proceso de deformación. En estas cifras queda concretada la manera como nuestras exportaciones agropecuarias se reducen, ocasionándose así saldos desfavorables en la balanza comercial. Desequilibrio este que implica, además, la desaparición de numerosos renglones de producción agropecuaria y la espantosa reducción de otros. Aun cuando estas cifras, volanderamente ofrecidas, dan una noción panorámica del problema, se hace imprescindible estudiar los datos concretos sobre la producción agraria, para así constatar cómo nuestra agricultura se ha anquilosado bajo la presencia del petróleo, subordinándonos día a día a esta industria.

Leeremos más luego el descenso de nuestra producción agropecuaria, en cifras, para fijar criterio sobre ese proceso, efecto del superdesarrollo de la industria petrolera, mediatizadora de nuestra economía nacional.

Golpe imperialista

Para la mejor comprensión del descenso de nuestra producción agropecuaria se hace imprescindible examinar los renglones más interesantes de los frutos venezolanos. Examen que servirá para sintetizarnos la realidad de una situación que, o permanece estacionada a través de largos años, o sufre altas caídas. Entre esos

frutos, cuyo estudio reclama análisis detenido y atento, ocupan lugares preferentes el café y el cacao, soportes como han sido y continúan siendo, de nuestra agricultura.

En el año 1889 nuestras exportaciones de café superaban la cantidad del millón de sacos de 50 kilogramos. Se mantiene así, con pequeñas variaciones, hasta 1911. Cuando el imperialismo inicia su etapa de penetración, aún no se sienten los rigores de la industria del petróleo, con todo su poderoso peso, sobre aquel fruto. Pero tan pronto finaliza la Gran Guerra y se tramonta esa zona inmediata de reacción económica, que siguió al conflicto armado, el descenso se acentúa, habiendo alcanzado la exportación de café en el año 1933-1934 apenas a la cantidad de 771.000 sacos. En 1936-1937, aquel marasmo es vencido pasajeramente y el renglón de la exportación vuelve al millón de sacos. Venezuela ha visto así reducida o estancada su exportación de café, mientras países que antes ocuparon lugares secundarios en el mismo renglón han ascendido a posiciones más ventajosas. Nuestra situación americana como nación cafetera podría sintetizarse en la forma siguiente: tercer lugar en la producción total, sexto en relación por habitante y último por hectárea. Y sobre este tercer dato es interesante saber que Colombia —país que hace treinta años marchaba a nuestra retaguardia como productor y exportador de café— produce hoy 610 kilogramos por hectárea, mientras en tierras venezolanas apenas hay un rendimiento de 219 kilogramos por hectárea.

El cacao, durante el siglo anterior, ascendía paulatinamente. Y esa curva de ascenso culminó en el año 1910 con una exportación de 300.000 sacos de 60 kilogramos. Los efectos de la explotación petrolera se reflejan igualmente sobre este producto, cuyo descenso se agudizó en el año 1936-1937, con una exportación de 257.000 sacos de 60 kilos. En la actualidad Brasil está produciendo 700 kilogramos de cacao por hectárea; Colombia, 490; mientras que Venezuela produce 309 kilogramos por hectárea.

El azúcar se exportó en Venezuela, durante el año 1916, en cantidad de 12 millones de kilos, descendiendo paulatinamente hasta

la presente situación, dentro de la cual nos hemos visto obligados a importarlo en cantidad que ya llegó a los 15 millones de bolívares en el año 1938, para poder atender nuestras necesidades de consumo. Se ha dicho, por cuadros estadísticos, que Venezuela ocupa el último lugar de América en la producción de azúcar. Nuestra actual producción, que llega a los 200 quintales, representa por término medio 6 kilogramos por habitante. Y Guayana Inglesa tiene una producción de 593 kilos por habitante; Trinidad, 357 kilogramos, y Barbados, 723 kilogramos.

Podríamos prolongar esta labor de exposición de cifras. Pero bastan los datos citados, dando ahora cabida a cifras de interesante valor, relacionadas con las exportaciones de cueros de res y carnes. En 1916, esa exportación acusó la cantidad de 378.453 unidades, viéndose reducida en el año económico 1935-1936 a la cantidad de 132.148 unidades. Las carnes fueron exportadas en cantidad de 464.000 kilogramos en el año 1914, habiendo alcanzado ese renglón en 1935-1936 la cantidad de 50.000 kilogramos.

Estos datos recogidos al azar, de especial relieve, sirven para demostrarnos la forma sorpresiva y a veces violenta como determinados renglones de nuestra exportación se restringen a medida que aumenta la producción del petróleo. Y es razonable y de claridad meridiana la explicación de este proceso. La industria agropecuaria va debilitándose día a día, subordinándose nuestra economía a la del petróleo. La intensificación de esa industria hace crecer la renta minera en tal forma que hoy día nuestro presupuesto nacional se ve prácticamente alimentado por un alto porcentaje de ingresos por concepto del petróleo.

Este proceso de deformación no puede ser estudiado aisladamente. Ya retornaremos al tema para vincularlo al panorama general de las finanzas públicas. De allí obtendremos el convencimiento de que el movimiento democrático venezolano no exagera en su afán de nacionalismo económico. Y que sus consignas surgen de la entraña venezolana como expresión de una realidad descarnada.

Petróleo: patrimonio nacional

La incorporación progresiva de las fuentes de producción al patrimonio nacional, inscrita como consigna en la vasta plataforma del nacionalismo económico sustentada por el pensamiento democrático, reclama una revisión a fondo de nuestro problema petrolero. Revisión cuyo cumplimiento continúa en pie, no obstante la pregonada política de reforma, en torno a la cual se ha venido clarificando detenidamente. Con responsable serenidad y madurez, el movimiento democrático ha enjuiciado las dimensiones históricas y nacionalistas de aquella reforma, ubicándola en el justo lugar que le corresponde.

Sería sectarismo de la peor especie desconocer las ventajas derivadas de los nuevos estatutos legales que rigen las relaciones del Estado venezolano y las empresas petroleras. El hecho de que este gobierno no hubiese recabado para la nación todo cuanto en justicia le corresponde dentro de la industria del petróleo, no resta eficacia a esa labor. Un régimen económicamente enraizado en sectores reaccionarios, con amplio respaldo del latifundio y el capital inversionista está dialécticamente incapacitado para adoptar una actitud polemizante frente a aquellos estratos. Sus actuaciones tienen que estar lógicamente limitadas por el marco de los intereses económicos que le son adeptos. Por eso se ha dicho, en afirmación de larga vigencia, que solo un gobierno sentidamente venezolanista, sin oscuras vinculaciones, representante de los grupos sociales menos favorecidos económicamente, está capacitado para observar una digna y resuelta conducta frente al jactancioso rol de las compañías de aceite. Por eso nadie podía llamarse a engaño sobre el alcance y sentido de una revisión petrolera cumplida bajo el signo de un gobierno supeditado a esos intereses. Sus límites históricos y económicos ya están trazados de antemano. Y no era gesto de descubridores de enigmas el que se hacía por llevar en aquella jornada hasta las más firmes actitudes a este régimen de gobierno. Ese respaldo multitudinario que ofrecieron las organizaciones democráticas a la consigna de reforma petrolera obedecía a actitud consecuente

ante sus principios, porque para el movimiento democrático no hay empeño egoísta en hacer de su exclusivo ejercicio la transformación nacional. Allí donde haya una voz dispuesta a luchar por la emancipación económica de la nación estará el pensamiento democrático aportando sus fuerzas de respaldo.

Se ha reconocido qué ventajas de orden técnico y económico se derivan de la nueva Ley de Hidrocarburos. Técnicas por cuanto han sido uniformadas orgánicamente las relaciones contractuales entre las empresas y el Estado, librándolas de aquel régimen heterogéneo y múltiple que presidió los contratos. Las ventajas económicas se concretan en el tímido aumento de los impuestos, obligación de las compañías de llevar la contabilidad en el país y posibilidades de instalar sus refinerías en territorio nacional. Sin embargo, se incluyó en ese articulado de ley una disposición de carácter benigno, suerte de absolución irrazonada, por la cual la nación renunció a toda acción para reclamar de las empresas lo que le corresponde por concepto de una legislación viciada, hecha y aplicada al amparo de las más antinacionales prácticas. Es del dominio público la forma impune como las compañías burlaron el Fisco Nacional, dejando de pagar altos impuestos, evadiendo contribuciones legales y utilizando el fraude para su provecho. En el momento de sancionar una nueva legislación, la nación ha debido estimar aquellos intereses lesionados, montantes a una cantidad apreciable de millones de bolívares, cuya utilización en la agricultura y la industria habría dejado sentir sus favorables efectos.

El aumento de los ingresos nacionales, por virtud de los nuevos impuestos en la explotación del petróleo, será de tres millones y medio de bolívares mensuales, los cuales –se ha dicho– “bastarán apenas para que el Estado cubra su déficit periódico, reproducido de mes en mes, y generando en la merma de la renta aduanera y aun en la de la propia renta minera, por disminución del volumen de la producción petrolera en comparación con lo que se extraía de los pozos venezolanos en años anteriores”. Y es que esos nuevos impuestos no interpretan la deseada participación nacional en la explotación del petróleo. Por lo cual se halla vigente aún la consigna venezolanista de

convertir la industria petrolera en riqueza nacional, incorporándola día a día a nuestro patrimonio público, como condición indispensable para la liberación económica del país. La palabra definitiva sobre la revisión petrolera será realidad bajo un gobierno venezolano de tipo y extracción populares.

Latinoamérica y la paz

Tema discriminado con lentitud dialéctica es este de la posguerra y América. El enfoque múltiple, la diversidad del criterio en discusión están demostrando la urgencia rigurosa de colocar aquel apasionante tema entre los primeros en el “orden del día” continental. Para ser examinado con la crudeza desintegradora de un lenguaje vivo, desnudo de reticencias, por el cual abandonaremos esa discreción misteriosa en el planteamiento de un problema de generaciones. El lenguaje de las cancillerías, tibiamente modificado después de surgido en la literatura internacional el principio dorado de la autodeterminación de los pueblos, no es la mejor garantía para ese examen. Un rencoroso miedo a las palabras y la tradicional inferioridad de nuestros pueblos para achicarse intelectualmente en su hora de reclamos son razones determinantes en la elaboración de una táctica de Latinoamérica en las conferencias de paz.

Ha girado el pensamiento de las comunidades en torno a la *Carta del Atlántico*⁵³. Aquel documento, como expresión intelectual e idealista, no va a ser puesto en vigencia por el poder exclusivo de las grandes potencias. El autodeterminismo de los pueblos débiles –comprometedor del destino común de las pequeñas nacionalidades– no

53 Declaración suscrita el 14 de agosto de 1941, en la que intervinieron el presidente de EE.UU., Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, por parte de Gran Bretaña. En ella se manifiesta haber juzgado conveniente “hacer conocer ciertos principios comunes en la política nacional de sus respectivos países, en los cuales descansan sus esperanzas de lograr un porvenir mejor para el mundo”. Era una afirmación de “ciertos principios comunes en la política nacional de nuestros países respectivos, en los cuales radican las esperanzas de un mejor porvenir para la humanidad” (*Historia de las Naciones Unidas*. Página oficial de la ONU) (N. del E.).

será prefijado dogmáticamente por los distribuidores de un nuevo mundo. La revisión de los métodos imperialistas, el reajuste y rectificación de la política colonial tampoco serán dictados cándidamente por los magnates de Inglaterra o Estados Unidos del Norte. La presencia de Latinoamérica en esas conferencias ha de estar robustecida por la solidaridad previa y los acuerdos comunes. La identidad de nuestros intereses, el aporte común a la humanidad en días de paz y en agitados minutos de guerra, todo ello nos obliga a adoptar una actitud internamente discutida. Una presencia desarticulada, con pensamientos parcelados, desmigajando el gran problema del continente, no es prometedora para los personales destinos de nuestras repúblicas.

Latinoamérica ha contribuido con su aporte de riquezas definidoras en esta batalla. No somos pueblos mercenarios u oportunistas que vamos a reclamar en efectivo de libertad lo que entregamos en esfuerzo y material bélico. Pero la contribución dada en petróleo, salitre, estaño, platino, caucho, trigo, etc., sirvió para salvaguardar el destino de la humanidad y guarnecer las cuatro libertades enunciadas. Se ha hablado de la riqueza de los pueblos latinoamericanos como propiedad común de los mismos. Y se ha reclamado la formación de un cartel de ventas para ofrecernos conjugados a los clientes del Norte y Europa. La desleal competencia que las oligarquías internas de cada país han realizado para emularse en la enajenación de nuestras grandes riquezas tendrá que ser cancelada. La aplicación de un criterio de comunidad americana nos llevaría a defender nuestras riquezas, a venderlas en igualdad de condiciones, formando un frente común de resistencia económica a la penetración imperialista o su intensificación. Pero esta conclusión presupone la existencia del acuerdo previo, el pacto interamericano de la asociación.

Estos dos objetivos –emancipación económica y libertad política– son reivindicaciones suficientes para la formación del pensamiento americano hacia las conferencias de paz. La asistencia desvinculada de los pequeños países latinoamericanos a esas reuniones nada podrá garantizar en el terreno de las eficacias. Seremos los convidados de piedra, con voz y voto descalificados e inseguros. Por eso

toda conversación entre las fuerzas superadoras de nuestros pueblos tendrá que estar sometida a aquellas dos consignas. No han sido las cancillerías –voceras, muchas de ellas, de regímenes dictatoriales– las que hasta ahora hayan abordado con claridad y sin reticencia la verdad de esta preocupación. Corresponde al pensamiento joven y revolucionario del continente congregarse en la definición de principios y discusión de tesis. Solo un Congreso de partidos revolucionarios de América, donde estén representadas todas las corrientes progresistas del continente, podrá desnudar despiadadamente el problema y enjuiciarlo sin miopías. El frente democrático de América ya es imprescindible como paso superador en la lucha. Si las fronteras nos han sido paredes convencionales en las parcelas del continente, nos corresponde ahora convertirlas en puentes de acceso entre los pueblos. El pensamiento democrático y revolucionario de América, congregado en ese Congreso de partidos, señalaría conclusiones de orden táctico para las jornadas por la libertad, la economía y la dignificación de todas nuestras comunidades. Las conferencias de paz y su integración serán convertidas en preocupación central de los partidos populares en Latinoamérica. Su deber de fuerzas lealmente antifascistas y antiimperialistas ha de concluir en la integración continental para la discusión común de los pueblos que irán a leer su destino en la ancha *Carta del Atlántico*.

Tierra ajena

Desde el oriente venezolano llega el reclamo transido de una comunidad indígena⁵⁴ conminada a desocupar sus tierras de labranza por el apetito voraz de cierta compañía del petróleo. No es este un episodio específicamente venezolano. Ya es problema de la tierra, de la comunidad y del hombre desposeído de México, Norteamérica o Perú. La misma intriga menuda, donde el código y la propiedad

54 Ruiz Pineda se refiere a los cumanagotos, ubicados en el municipio Sotillo, parroquia Pozuelos del estado Anzoátegui (N. del E.).

cumplen su misión crucificadora. John Steinbeck⁵⁵, en su apasionante novela *Las uvas de la ira* (1939), describe soberbiamente la rapacidad despojadora de los despojadores de tierras. Compañías, acciones, dólares, dividendos. Y el tractor desmantelando el surco, derrotando el esfuerzo del sembrador que alzó frutos donde antes estuvo la tierra ociosa en sueño de soledad. A las orillas de los caminos marchan las caravanas humanas desposeídas, la escoria de un mundo donde la tierra siempre es ajena. Ciro Alegría⁵⁶, en su novela *El mundo es ancho y ajeno* (1941), nos retrata la angustia indígena de los comuneros de Rumi cuando se les arrebató, tras la argucia abogadil del despojador, la tierra que fue savia y vientre de la comunidad. Son las mismas páginas que ahora encuentran capítulo vivo en la arrogancia de las compañías petroleras en el oriente venezolano, reclamando como suyas las tierras enternecidas por las manos de la comunidad de Pozuelos.

Es difícil hallar en nuestros mapas el sitio de la comunidad indígena de Pozuelos. Para el Gobierno venezolano es un rincón de la tierra donde los indígenas conviven bajo el signo del atraso. Pozuelos difícilmente tendrá escuelas o dispensarios. Está ignorada para nuestro mundo de la política. Allí solo hay un grupo anónimo de analfabetos, sin valor electoral. Nada representan para las combinaciones de alto burocratismo. Indígenas a la deriva, los últimos miembros de una raza madre de la nacionalidad. Pero un día llegaron allí los geólogos rubios de las empresas petroleras e instalaron los sismógrafos que señalaron la presencia del santo raudal de aceite. Pozuelos ya no fue ignorada. Ocupó un punto en el mapa de la empresa. Y en Wall Street, entre libaciones de whisky caro, los magnates, hablando de dividendos, en su charla dorada, se asomaron sobre el mapa para mirar el nombre de la comunidad. El estorbo humano, los indígenas, nada representan para las cabrias y las altas torres azules de acero. La sangre indígena nada vale

55 John Steinbeck (1902-1968). Escritor estadounidense ganador del premio Nobel de Literatura en 1962 (N. del E.).

56 Ciro Alegría (1909-1967). Escritor peruano. Uno de los máximos representantes de la narrativa indigenista latinoamericana (N. del E.).

comparada con el poder milagroso del petróleo: él moverá el mando del aire y de los marineros; impulsará los automóviles de los accionistas en sus largos veraneos por California y alumbrará las noches de insomnio dorado. Pobre sangre indígena dormida en un rincón venezolano, en Pozuelos del dolor y la esperanza.

Los indígenas tendrán que abandonar sus tierras. Desocuparlas hacia más lejos, en su romería de azar. Irán a otras tierras donde también llegará un día el geólogo con sus aparatos y su risa rubia, chisteando en inglés sobre el destino amargo de esta gente. Y de allí reiniciarán su odisea, por otro rumbo, porque esta tierra está signada por los nuevos límites que le trazan las empresas del petróleo. De nuevo será el capítulo de *Ciro Alegría*. ¿Adónde ir? La tierra siempre es ajena. Siempre está la voz inglesa de las petroleras gritando. Ya hay una república dentro de otra república. Dentro de nuestro pueblo, el pueblo de los dólares y de los saltos bruscos de los altos chorros de petróleo. Todo un ejército extranjero instalado bajo nuestro cielo. Sin ametralladoras pero con taladros que destrozan la tierra, con las cabrias que horadan y los oleoductos que se llevan la sangre de la tierra y el dolor del indígena. Acá queda la comunidad exhausta, la tierra languidecida y enclenque.

La estampa de los conquistadores vuelve a incorporarse a nuestro libro de la historia. Pero ayer el abuelo indígena tuvo sus flechas que afiló con el calor de la sangre. Y el oro que le arrancaron de sus manos iba fresco de muerte. Estos nuevos conquistadores ya no encontraron la resistencia del indígena. La intriga del político, la ambición del vendedor de patrias, el ensueño meloso del abogado, todo ello confundido, les hizo acreedores en esta rapiña donde nuestra soberanía se desintegró en piltrafas. La tierra que ayer defendieron los viejos y altivos indígenas ya no tuvo el mismo calor del combate y se rindió complaciente a la ambición del conquistador. Por todos los rumbos llegaron los capataces, los ingenieros, el teodolito, la intriga y el halago tocando con el dólar las puertas de la ambición criolla. No hubo remisos al llamado. Los que estuvieron al frente del destino nos lo enajenaron por toda una vida. Por eso fue aquí, en este drama azaroso de las negociaciones, donde encontré

Giovanni Papini⁵⁷ –alguien lo ha dicho– la fuente inspiradora para escribir aquel capítulo suyo de *Gog* (1931): “Una república en venta”.

El grito de Pozuelos tendrá que ser oído. Si con petróleo nuestro estamos contribuyendo a la derrota del nazismo y a la edificación de un mundo menos ajeno, donde los indígenas también sean ciudadanos y tengan derecho a labrar tierras, no podrá alzarse la torre de acero allí donde está acurrucada la figura magra de la comunidad que es el signo de una raza vendida.

El Ejército

Con el aniversario de la Batalla de Carabobo celebra la República su Día del Ejército⁵⁸. Una fecha digna de ser convertida en enseñanza popular para desentrañar de ella toda la intimidad de su contenido. Porque este Día del Ejército no puede estar convertido en una glosa de alegría militar dentro del calendario venezolano. El Ejército pide algo más concreto y eficaz que los discursos. El Ejército es el pueblo vestido de uniforme, disciplinado y marcial.

La manera como en nuestro país se conmemoran las fechas clásicas anquilosa el espíritu y niega acción a los hechos. Y así sucede con este aniversario de la Batalla de Carabobo. La han hermanado al Día del Ejército, encasillándola dentro de marcos rígidos como si fuese una estampa militar. Es el viejo criterio de quienes todavía

57 Giovanni Papini (1881-1956). Escritor italiano en cuyos libros abordó varias áreas del conocimiento como literatura, filosofía, religión y política. *Gog*, es una colección de relatos filosóficos donde el autor hace fuertes críticas a la religión, al sistema político-económico y a las costumbres establecidas de la civilización (N. del E.).

58 El Día del Ejército empezó a celebrarse el 24 de junio a partir del año de 1949, por decreto del coronel Carlos Delgado Chalbaud. En esa época el Ejército aglomeraba todas las fuerzas militares de Venezuela. En 1958, a raíz de la caída de Pérez Jiménez, estas fuerzas se dividieron en Ejército, Marina (la Armada), Aviación y Guardia Nacional (Fuerzas Armadas de Cooperación). A partir de entonces, el Día del Ejército está referido solamente al componente terrestre de la Fuerzas Armadas, como heredero directo del Ejército Libertador, el que figuraba como Ejército Nacional desde 1811 (Contraloría General de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, <http://www.congefam.mil.ve>) (N. del E.).

quieren ver en la Independencia el episodio guerrero, el desfile de soldaditos desharrapados por entre el humo diluido de pólvora y caballos agónicos, como en los cuadros de Martín Tovar y Tovar. Y el movimiento de la Independencia debe ser trasplantado de sus linderos militares para examinarlo como un hecho social en nuestra vida de pueblo. La Batalla de Carabobo no puede ser adjudicada exclusivamente a los militares. Esta batalla –como todas las batallas de la Independencia– ha de ser colocada, página abierta, ante la conciencia venezolana, y deslastrarla de su contenido épico, marginando las trompetas marciales y los sables hacia un ángulo de la estampa. Ya no somos el pueblo épico. Ahora debemos desentrañar la lección creadora de aquella larga odisea de la Independencia. Y ello solo se logra examinando los hechos en su interpretación justa y acertada.

La Batalla de Carabobo, conmemorada como un hecho social, de calle, vinculándola a su pueblo, lograría que el Ejército se sintiese menos extraño dentro de su gente en este día. Nuestro Ejército sublimiza el concepto y arriba a la creencia de que sus hombres no forman parte del pueblo. Y aquella es una desviación tremenda y peligrosa. porque al Ejército hay que buscarle su camino hacia el pueblo: de allí viene y a él ha de retornar. Nuestro pueblo aún sospecha que el Ejército es un cuerpo extraño dentro de su vida. Se lo imagina ajeno a sus preocupaciones, desvinculado de sus problemas. Y es que aún no hemos aprendido a ver al Ejército como salido de la entraña venezolana. Hacia allí deben converger todos los esfuerzos: quebrantar las murallas, los altos linderos que dividen y separan al Ejército de su pueblo.


Ya hoy no resulta aventurado hablar del Ejército. Tres años atrás se cometía pecado de vilipendio al nombrarlo. El Ejército pertenecía a los dogmas de la patria viva. Lo cercaba una muralla inaccesible de espadas. Una palabra equívoca dicha a su sombra, un comentario buido eran suficientes para hacer funcionar los tribunales militares. Aquello fue una táctica. Se quería abrir distancias entre el Ejército y el movimiento democrático, acusando a este como enemigo de aquel. Y por eso se examinaba con lupa todo cuanto algún periodista

demócrata escribía sobre el Ejército, para ser luego sentenciado de vilipendio y presentarlo ante las instituciones armadas como ciudadano que apedrea al Ejército y hace diatribas contra él. Esos juicios se popularizaron en el país. Y todos los acusados fueron hombres de las filas democráticas. Pero aquella táctica resultaba peligrosa porque soldados y oficiales curioseaban leyendo prensa democrática para descubrir vilipendios. Ya hoy se habla del Ejército como de un tema normal. Ya no es el tabú de los venezolanos. Y no es necesario andar con muletas cuando se escribe sobre las instituciones armadas. El propio presidente Medina hablaba en días anteriores, sin reticencias, sobre el deber histórico del Ejército. Deber histórico que las organizaciones y gentes democráticas nunca hemos dejado de plantear. Porque junto a la dignificación de las instituciones armadas, aplicación del servicio militar obligatorio, se ha reclamado la elevación de vida de soldados, clases y oficiales y se ha pedido la impersonalización del Ejército para que ya este no sea propiedad de un hombre sino patrimonio de la República y de sus instituciones.

Y esto último fue el vilipendio de años anteriores. Cuando se reclamaba impersonalización del Ejército se abrían los códigos militares y se buceaba en sus largos artículos para castigar la insolencia. Hoy ya nadie se alarma. La socarronería no está en vigencia y nuestros gobernantes no tienen miedo a los problemas. Se reclama la dignificación del Ejército como se pide pureza electoral, se lucha contra el peculado o por la creación de la carrera administrativa.

ÍNDICE

AUTOBIOGRAFÍA	9
DISCURSO “EL VERDADERO LIBERTADOR”	85
VENTANAS AL MUNDO: ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS	95
Congreso y petróleo	97
Exoneraciones	99
Absolución a las petroleras	101
Éxodo campesino	104
Libertad de esclavos	106
Urgencia de la incompatibilidad	108
Reacción e incompatibilidad	110
Clasificaciones	111
Derechos políticos para la mujer	113
La Constitución	115
Las minorías en la vida nacional	117
Día Panamericano	119
España	121
Política electoral	123
“El pensamiento no delinque”	126
República dorada	128
Frente a la vida cara	131
Día del Estudiante	133
Principio de autoridad	136
Remiendos ministeriales	138
Elecciones y cemento armado	140
El Congreso	143
La reacción	145
Democracia agraria	147
Reclamo de la historia	150
Balance comercial	152
Golpe imperialista	154
Petróleo: patrimonio nacional	157
Latinoamérica y la paz	159
Tierra ajena	161
El Ejército	164



Edición digital
febrero de 2018
Caracas, Venezuela

Ventanas al mundo es una compilación de escritos de Ruiz Pineda: su autobiografía inconclusa, escrita en prisión en 1948, un discurso sobre Bolívar y una selección de artículos periodísticos que publicó en los diarios *El Centinela y Fronteras*, en una columna llamada “Ventanas al mundo”, desde el año 1943. Su autobiografía es una ventana a su infancia en San Cristóbal en plena dictadura de Juan Vicente Gómez, tierra sin ley donde Eustoquio Gómez, elemento represivo del régimen, cometió atropellos incomprensibles a la mirada de un niño; allí crece y crecen sus aspiraciones por conocer el mundo a través de la lectura y formarse en un ambiente con mayores oportunidades como Caracas. Su discurso sobre el Libertador nos invita a entender los logros del padre de la patria de una manera más humana. Los artículos periodísticos son ventanas al país y al mundo donde Ruiz Pineda denuncia temas como el encarecimiento de la vida, la escasa producción nacional, el latifundio, las leyes corruptas que permitieron el saqueo de nuestro petróleo, la necesidad de una reforma constitucional y del voto directo en las elecciones presidenciales; mirando más allá de nuestras fronteras, critica el fascismo y el imperialismo, siempre abogando por un pacifismo militante, no de brazos cruzados. Su compañero Ramón J. Velásquez lo recuerda como “aquel guerrillero de la libertad, capitán de la esperanza (que)...en la noche tremenda de la recaída tiránica, abrió caminos y juntó voluntades para decirnos (...) señalando el lejano castillo de la libertad secuestrada: 'Si todos nos unimos, llegaremos allá arriba'”.

LEONARDO RUIZ PINEDA (Rubio, Edo. Táchira, 1916-Caracas, 1952)

Abogado y político venezolano, fue uno de los fundadores del partido Acción Democrática (AD). Estudia Derecho en la UCV, donde se inicia como periodista en 1937, dirigiendo *La Voz del Estudiante*, diario de militancia política que sería clausurado por el gobierno de Eleazar López Contreras (1935-1941). Continúa su labor periodística desde 1943 en San Cristóbal con los diarios *El Centinela y Fronteras*. Fue gobernador del Táchira en 1945 -donde realizó varias obras sociales- y ministro de Comunicaciones en 1948 durante el gobierno de Rómulo Gallegos. Al producirse el golpe de Estado liderado por Carlos Delgado Chalbaud (1948-1950), Ruiz Pineda es hecho preso por un período de seis meses; luego, en la clandestinidad, lucha contra ese gobierno y el de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958). Murió asesinado a los 36 años por la Dirección de Seguridad Nacional mientras se dirigía a una reunión de AD, partido que llamaba a la abstención para las elecciones convocadas por Pérez Jiménez para legitimar su gobierno. La posteridad lo recuerda como el “mártir de la democracia”.

